BASTANTE SEGURO

Y OTROS CUENTOS

LEE CHILD

blatt & ríos



LEE CHILD

BASTANTE SEGURO

Y OTROS CUENTOS

TRADUCCIÓN DE ALDO GIACOMETTI

blatt & ríos

Índice

Cubierta
Portada
Dedicatoria
Prólogo
El guardaespaldas
El mejor truco de todos
Diez kilos
Bastante seguro
Completamente normal
La solución calibre .50
Transporte público
Mr. Rafferty y yo
Sección 7 (A) (Operativa)
Adicto a la dulzura
La liga de los cabezas huecas
Me contaron una historia romántica
Mi primer juicio por drogas
Empapado de lluvia

La verdad sobre lo que pasó
Pierre, Lucien y yo
Nuevo documento en blanco
Shorty y el maletín
Morir por un cigarrillo
Los números del devorador de serpientes
Sobre el autor
Créditos

Para mi viejo amigo Otto Penzler, de quien fue la idea.

PRÓLOGO

A principios de la década de 1990 ya hacía quince años que trabajaba como productor de televisión, pero habían empezado a soplar vientos de cambio y sentí que la buena racha no podía durar para siempre. ¿A qué me dedicaría después? Se me ocurrió vagamente el plan de ponerme a escribir novelas, pero me fui olvidando, porque día a día y mes a mes seguía estando muy ocupado. Hasta que en un momento, como dijo Hemingway sobre la bancarrota, el final que al principio había estado acercándose gradualmente llegó de repente. Un día era un directivo con mucha experiencia; al día siguiente estaba en paro.

Había llegado el momento de poner en marcha el plan que tenía en pausa.

Aprendí a leer a los tres años, de manera autodidacta, y a los cuatro ya leía libros sin ilustraciones, y desde aquel entonces había leído probablemente diez mil obras narrativas de formato largo. Tenía cuarenta mil horas de experiencia en televisión, tanto en ficción como en documentales. Sentí que tenía un buen conocimiento práctico del entretenimiento popular, de sus ritmos y de sus estructuras, de lo que le gusta al público masivo, de los motivos por los que ese público reacciona de determinada manera y de los motivos por los que algunas cosas para ese público funcionan y otras no. Estaba familiarizado con lo que nosotros llamamos las profesiones con agente. Me imaginé que los editores encargados de

conseguir manuscritos en las editoriales serían algo parecido a los productores de televisión encargados de seleccionar contenidos. Entendía todo lo que tenía que ver con cuestiones de promoción y publicidad. Leer siempre fue mi primer y gran amor y sentí que la combinación de una pasión personal con una amplia experiencia en la industria del entretenimiento me podía ayudar. Había aprendido a golpes que en el mundo del espectáculo no hay nada garantizado pero, en conjunto, sentí que tenía una posibilidad razonable de llegar a tener éxito como novelista. Probablemente podía ser tan bueno como cualquier otro, y quizás mejor que varios. Estaba preparado. Lo había pensado bien y había reflexionado mucho al respecto. Sentí que tenía casi todo resuelto. Estaba listo para empezar.

El género cuento lo había pasado completamente por alto.

Obviamente sabía lo que era un cuento. Había leído y había disfrutado cientos de cuentos. Los mejores me parecían pequeñas piezas intrincadas y perfectamente concebidas, como los huevos de Fabergé. Un par de cuentos me habían quedado grabados en la memoria durante décadas, y sin duda quedarán allí para siempre. Pero nunca había pensado en escribir cuentos. Instintivamente no veía una conexión entre el formato largo y el formato breve. Pensaba que esa conexión no existía. Pensaba que eran cosas de las que se encargaban personas totalmente distintas. Nunca se me ocurrió que a un autor de género como yo le iban a pedir que probara suerte con ambos formatos.

Terminé mi primera novela y la entregué a la industria, donde afortunadamente la aceptaron y se programó su publicación para dieciocho meses después. Sabía que si quería publicar un libro por año iba a tener que escribir un libro por año, por lo que dediqué esa

demora de dieciocho meses a escribir mi segunda novela y la mayor parte de la tercera. (Estaba siguiendo el consejo de un exentrenador deportivo, que me dijo: No puedes incrementar tu talento, pero sí puedes asegurarte de trabajar más duro que los demás). Las tres novelas superaban cómodamente las cien mil palabras cada una, llenas, esperaba yo, de acción y suspense atrapantes y emocionantes, pero también de luces y sombras, con escenas tranquilas y pequeñas digresiones, todas las cosas que hacen que las novelas sean lienzos tan espaciosos y acogedores, muy agradables primero para el autor y después (de nuevo, eso esperaba yo) para el lector.

Mi primera novela salió en la primavera de 1997. Fue la presentación oficial de Jack Reacher. Él tuvo una recepción bastante exitosa y el libro fue considerado como la primera entrega de lo que podía convertirse en una saga exitosa. Esos veredictos provocaron dos resultados inmediatos: primero, una oferta de Hollywood para llevar la novela al cine, y segundo, una propuesta para escribir un cuento. Con Hollywood estaba más o menos familiarizado (en su momento, la empresa de televisión para la que trabajaba había creado una productora de cine y había ganado dos Oscar en su primera incursión), pero necesitaba un curso acelerado sobre el ecosistema del cuento.

Me introdujeron en el mundo de las antologías. Algunas eran claros intentos editoriales de obtener una pequeña ganancia; otras eran celebraciones retrospectivas de "los mejores cuentos" recientemente publicados, recopilados de distintos lugares y seleccionados por especialistas; algunas otras eran iniciativas benéficas que tenían como objetivo utilizar contenido donado por los

autores para recaudar dinero para buenas causas. Pero la mayoría eran recaudaciones de fondos organizadas por asociaciones de escritores –Mystery Writers of America, International Thriller Writers, y otras tantas– que tenían la intención de pagar sus cuentas con los ingresos por regalías que obtendrían con la venta de dichos volúmenes (eso esperaban).

Naturalmente esos ingresos serían mayores si en esos libros participaran superestrellas ya establecidas en el mercado, pero las asociaciones de escritores están para ayudarnos a todos, por lo que la regla parecía ser repartir 50-50 entre nombres conocidos y nombres nuevos. Los lectores devotos comprarían las antologías por los nombres conocidos y los nombres nuevos se beneficiarían (eso esperábamos) con la vinculación y la exposición. La última información que recolecté fue que, por todos esos motivos, escribir cuentos era básicamente *pro bono.* Con los cuentos ningún escritor ganaba nunca una cantidad de dinero significativa. Algo que después me confirmó mi propia experiencia, en la cual mi cuento más exitoso ha recaudado miles de veces menos que mi novela menos exitosa. A la larga, al menos para mí, esa disparidad resultó ser lo mejor de los cuentos.

Así que con toda esa información, dos novelas y parte de una tercera ya escritas y una publicada hasta el momento, entregué un cuento para una antología de literatura policial. Después alguien me pidió otro, y alguien otro más, y así, hasta que me encontré escribiendo cinco o seis por año. O diez. A veces más, probablemente. Cada vez tenía que tomar una decisión binaria básica: si escribir un cuento de Jack Reacher o uno que no fuera de Jack Reacher.

Alterné desde el principio. Usar a Reacher tenía sus ventajas: un personaje y una estructura ya elaborados, una voz y una gramática ya establecidas, la posibilidad de utilizar ideas o partes de argumentos no lo suficientemente extensos como para una novela, etcétera.

Pero el verdadero placer para mí estaba en los cuentos que no eran de Reacher. El libro que estás leyendo ahora es una selección de esos cuentos, preparada por el editor. Para mí la alegría residía en salir y tratar de hacer cada vez algo distinto. Algo nuevo. Época, lugar, nacionalidad, personalidad, todo. Era liberador. Y divertido. Lo que lo hacía incluso mejor era una certeza que mi subconsciente más profundo estaba interpretando totalmente mal. Como he mencionado, ninguno de estos cuentos daba nada de dinero. Por lo tanto, decía mi subconsciente entrenado a base del éxito en la recaudación, nadie los leía. Si no hay público, no hay dinero. Así funciona el mundo del espectáculo.

La ilusión de que nadie estaba mirando fue lo mejor del mundo. Hacía que no hubiera ningún tipo de presión. Podía probar cualquier cosa que se me ocurriera. Algunos cuentos fracasaban, pero otros realmente captaban la voz que tenía en la cabeza. Estaba contento con los resultados. Aunque no estoy seguro de haber aprendido realmente a escribir cuentos. A escribirlos bien. Huevos de Fabergé no son. Los grandes escritores de cuentos logran hacer algo misterioso que es propio del género. Nunca resolví esa cuestión. Mis cuentos son novelas muy, muy, muy breves. Pero eso no hace que sean peores que las novelas. Tienen principio y nudo y desenlace. Pasa algo sorprendente. O se revela algo.

Lo que me permiten ver ahora estos cuentos es no solo el innegable flujo y la energía creados por los nuevos territorios sino también –en retrospectiva– creados por la ausencia de una sensación subliminal por parte del escritor de que hay mucho, mucho más por venir. De que hay que empujar una roca cuesta arriba. En los cuentos no hay que tomar ninguna precaución con respecto a ir dosificando las cosas. No hay ninguna necesidad de guardar nada para el capítulo 17. Está todo ahí, en ese instante, avanzando rápido y sin moderación, a menudo escrito de una sola vez en una sola sentada. Como he dicho, era divertido.

Lee Child
Colorado
2024

EL GUARDAESPALDAS

Como todo lo demás, el mundo de los guardaespaldas también está dividido entre lo verdadero y lo falso. Los guardaespaldas falsos no son más que chóferes pretenciosos, grandotes de traje a los que solo se elige por su altura y su físico y su aspecto, no muy bien pagados ni muy útiles cuando las cosas se ponen feas. Los guardaespaldas de verdad son técnicos, pensadores, hombres entrenados y experimentados. Pueden no ser gran cosa a nivel físico, siempre y cuando sepan usar la cabeza y tengan resistencia. Siempre y cuando sean útiles cuando llegue el momento.

Yo soy un guardaespaldas de verdad.

O al menos, eso fui.

Me formé en uno de esos escuadrones secretos del Ejército en los que la defensa personal es parte del plan de estudios. Ejercí ese oficio, entre muchos otros, durante largo tiempo, en todas partes del mundo. Soy un hombre de estatura media, delgado, rápido, con mucha resistencia. No exactamente un maratonista, pero nada que ver con un levantador de pesas. Me fui del Ejército después de quince años de servicio y conseguía mis trabajos a través de la agencia de un amigo. La mayor parte de los trabajos eran en Sudamérica y en Centroamérica. La mayor parte de los encargos eran por poco tiempo.

Entré en el negocio justo cuando se estaba volviendo una locura.

Los secuestros para cobrar un rescate se estaban convirtiendo en deporte nacional en la mayoría de los países sudamericanos. Si eras rico o tenías conexiones políticas, automáticamente te convertías en un objetivo. Trabajaba para clientes corporativos británicos y norteamericanos. Tenían gerentes y ejecutivos en lugares como Panamá y Brasil y Colombia. A esas personas se las consideraba infinitamente ricas e infinitamente conectadas. Ricas, porque lo más probable era que las empresas para las que trabajaban estuvieran dispuestas a pagar el rescate, y esas corporaciones estaban valoradas en cientos de miles de millones. Conectadas, porque en última instancia los gobiernos occidentales intervendrían. No había mayor sensación de conexión política que la que sentía uno de los malos sabiendo que podía estar sentado en un claro de una selva en algún lado y ser escuchado en el número 10 de Downing Street o en la Casa Blanca.

Pero yo nunca perdí un cliente. Era un buen técnico, y tenía buenos clientes. Todos sabían qué era lo que estaba en juego. Trabajaban conmigo. Eran dóciles y obedientes. Querían cumplir con sus dos años en medio del clima tórrido y volver con vida a sus sedes centrales y a los ascensos que los esperaban. Mantenían un perfil bajo, no salían de noche, en realidad no iban a ningún lado salvo a sus oficinas y a los lugares de trabajo. Todos los traslados se realizaban a alta velocidad y en vehículos blindados, por distintas rutas y en horarios impredecibles. Mis clientes nunca se quejaban. Porque estaban trabajando, tendían a aceptar un equivalente aproximado de la disciplina militar. Durante un tiempo, todo fue relativamente fácil.

Después empecé a trabajar por mi cuenta.

Ganaba más dinero. Los contratos eran mejores. El trabajo era peor. Aprendí a mantenerme alejado de la gente que quería un guardaespaldas solo como símbolo de estatus. Había mucha gente así. Me deprimían, porque a fin de cuentas yo no tenía mucho que hacer. Demasiadas veces terminaba haciendo recados mientras mis capacidades se deterioraban. También aprendí a mantenerme alejado de la gente que no tenía una necesidad verdadera. Londres es una ciudad peligrosa y Nueva York es todavía peor, pero nadie necesita verdaderamente un guardaespaldas en ninguno de esos dos lugares. De nuevo, no hay mucho que hacer. Es aburrido, y desgastante. Admito aquí abiertamente que mi adicción al riesgo era lo que guiaba mis decisiones.

Incluida mi decisión de trabajar para Anna.

Todavía no se me permite mencionar su apellido. Era una cláusula del contrato, y ese contrato tiene vigencia hasta el día de mi muerte. Un amigo de un amigo me hizo saber que el puesto estaba vacante. Me llevaron en avión a París para la entrevista. Anna resultó ser una mujer de veintidós años, increíblemente guapa, morena, delgada, misteriosa. La primera sorpresa fue que ella misma llevó a cabo la entrevista. Por lo general, en una situación así, el que maneja las cosas es el padre. Como si contratar a un guardaespaldas fuera lo mismo que comprar un Mercedes descapotable como regalo de cumpleaños. O que organizar unas clases de equitación.

Pero Anna era distinta.

Era rica por derecho propio. Había heredado de otra rama de la familia. De hecho, creo que era más rica que su padre, que ya era bastante rico. La madre también era rica. Dinero propio, de nuevo. Eran brasileños. El padre era empresario y político. La madre era una

estrella de la televisión de su país. Era un triple desafío. Océanos de dinero, conexiones, Brasil.

No debería haberlo aceptado.

Pero lo acepté. Supongo que quería enfrentar el reto. Y Anna era cautivadora. Claro que una relación íntima y personal con ella no habría sido apropiada. Era una clienta y yo tenía casi el doble de su edad. Pero desde los primeros momentos supe que sería divertido estar cerca de ella. La entrevista salió bien. No puso en duda ninguna de mis cualificaciones. Tengo cicatrices y medallas y condecoraciones. Nunca había perdido un cliente. De haber sido de otro modo, jamás habría hablado conmigo, por supuesto. Me preguntó sobre mi visión del mundo, mis opiniones, mis gustos, mis preferencias. Le interesaban las cuestiones de compatibilidad. Era evidente que ya había contratado antes a otros guardaespaldas.

Me preguntó cuánta libertad pensaba darle.

Me dijo que hacía obras de caridad en Brasil, trabajo social. Derechos humanos, reducción de pobreza, las cosas habituales. Horas y días de viajes por las favelas y las selvas de las periferias. Le conté de mis clientes anteriores en Sudamérica. Los empresarios, los petroleros, los gerentes de empresas mineras. Le dije que mientras menos cosas hacían, más a salvo estaban. Le describí un día normal de esas personas. Casa, coche, oficina, coche, casa.

No aceptó esa propuesta.

—Tenemos que encontrar un equilibrio —dijo.

Su lengua materna era el portugués, y su inglés era bueno pero con un poco de acento. Su manera de hablar era incluso más atractiva que su aspecto físico, que ya era de por sí espectacular. No era una de esas chicas ricas que se visten de manera informal. No

llevaba vaqueros rotos. Para la entrevista se había puesto un pantalón negro liso y una camisa blanca. Ambas prendas parecían nuevas, y estoy seguro de que eran de una tienda parisina exclusiva.

—Elija un porcentaje —le dije—. Puedo mantenerla cien por cien fuera de peligro dejándola veinticuatro siete dentro de su apartamento o puede estar cien por cien en peligro andando todo el día sola por las calles de Río de Janeiro.

—Setenta y cinco por ciento fuera de peligro —dijo. Después negó con la cabeza—. No, ochenta por ciento.

Yo sabía de lo que estaba hablando. Estaba asustada, pero quería tener una vida. No estaba siendo realista.

—Ochenta por ciento significa que vive de lunes a jueves y muere el viernes —dije.

Se quedó callada.

—Usted representa un objetivo de la más alta calidad —dije—. Es rica, su madre es rica, su padre es rico, y además es político. Será el mejor objetivo de todo Brasil. Y los secuestros son un negocio complicado. Por lo general fallan. Por lo general son lo mismo que un asesinato, pero apenas aplazado. A veces ni siquiera muy aplazado.

Ella no dijo nada.

—Y a veces es muy desagradable —dije—. Pánico, estrés, desesperación. No la tendrán encerrada en una jaula de oro. La encerrarán en una choza en la selva con un grupo de matones.

—No quiero una jaula de oro —dijo ella—. Y usted estará allí.

Yo sabía de lo que estaba hablando. Anna tenía veintidós años.

—Haremos todo lo que podamos —dije.

Me contrató en el acto. Me pagó un anticipo de un sueldo muy generoso y me pidió que hiciera una lista de todas las cosas que necesitaba. Armas, ropa, coches. No pedí nada. Pensé que tenía lo que necesitaba.

Pensé que sabía lo que estaba haciendo.

Una semana después ya estábamos en Brasil. Volamos siempre en primera clase, de París a Londres, de Londres a Miami, de Miami a Río. Yo elegí la ruta. Indirecta e impredecible. Trece horas en el aire, cinco en salas de espera de aeropuertos. Era una compañera agradable, y una clienta que cooperaba. En Río nos fue a buscar uno de mis amigos. Anna tenía presupuesto de sobra, por lo que decidí usar un chófer exclusivo en todo momento. Así yo podría concentrarme más. Contraté a un ruso que había conocido en México. Era el mejor conductor defensivo que jamás hubiera visto. Los rusos son muy buenos con los coches. Están obligados. Solo Moscú era peor que Río en cuanto al caos.

Anna tenía su propio apartamento. Yo me esperaba un lugar cerrado en las afueras, pero vivía en el medio de la ciudad. Lo cual era algo bueno, en cierto sentido. Una entrada desde la calle, un portero, un conserje, muchas miradas sobre los visitantes incluso antes de llegar a los ascensores. La puerta del apartamento era de acero y tenía tres cerraduras y un portero eléctrico con pantalla de vídeo. Prefiero mil veces los porteros con pantalla de vídeo a las mirillas. Las mirillas son una muy mala idea. Alguien puede quedarse esperando en el pasillo y en cuanto el cristal se pone oscuro puede disparar un arma de gran calibre apuntando directo a la mirilla,

directo a tu ojo, directo a tu cerebro y, por la parte de atrás de tu cráneo, directo a tu cliente, en caso de que se hubiera quedado de pie detrás de ti.

Así que era una buena situación. Mi amigo ruso aparcó en el garaje del edificio y fuimos directos hacia arriba en el ascensor y entramos y cerramos con llave las tres cerraduras y nos instalamos. Yo tenía una habitación entre la de Anna y la puerta de entrada. Tengo el sueño ligero. Estaba todo bien.

Todo siguió estando bien durante menos de veinticuatro horas.

Cuando se viaja hacia el oeste el *jet lag* te despierta temprano. A las siete de la mañana ya estábamos levantados los dos. Anna quiso ir a desayunar fuera. Después tenía planeado ir de compras. Dudé. La primera decisión es la que marca el tono. Pero yo era su guardaespaldas, no su carcelero. Por lo que acepté. Desayuno, y después compras.

El desayuno estuvo bien. Fuimos a un hotel, donde desayunamos sin prisas en el salón comedor. El lugar estaba lleno de guardaespaldas. Algunos eran de verdad, otros eran falsos. Algunos estaban en mesas separadas, otros estaban comiendo con sus clientes. Yo comí con Anna. Frutas, café, *croissants*. Ella comió más que yo. Estaba llena de energía y con muchas ganas de empezar el día.

Con las compras salió todo mal.

Después me di cuenta de que mi amigo ruso me había vendido. Porque el primer día suele ser el más fácil. Nadie sabe que estás en la ciudad siquiera. Pero él debe haber llamado a alguien en el momento oportuno. Anna y yo salimos de una tienda y nuestro coche no estaba junto a la acera. Anna llevaba sus propias bolsas.

Yo le había dejado en claro que sería así desde el principio. Soy guardaespaldas, no botones, y necesito tener las manos libres. Miré hacia la izquierda y no vi nada. Miré hacia la derecha y vi a cuatro hombres con armas.

Estaban cerca de nosotros y las armas eran automáticas y pequeñas, negras, nuevas, todavía brillantes y lustrosas. Los tipos eran bajos, rápidos, fibrosos. En la calle había mucho movimiento. Mucha gente detrás de mí, mucha gente detrás de ellos cuatro. Tráfico a mi izquierda, la entrada de la tienda a mi derecha. Si sacaba el arma y empezaba a disparar habría ciertos daños colaterales. Los tiroteos prolongados siempre producen muchas balas perdidas. Las víctimas inocentes habrían sido elevadas.

Y de todos modos yo no tenía ninguna posibilidad.

Ganar enfrentamientos armados de cuatro contra uno es algo que solo pasa en las películas. Mi trabajo era mantener a Anna con vida, aunque fuera tan solo un día más. O una hora más. Los tipos se acercaron y me sacaron el arma y le arrebataron los paquetes a Anna y la agarraron de los brazos. Un coche blanco frenó de manera sincronizada y nos subieron a la fuerza. Primero Anna, después yo. Estábamos en el asiento de atrás atrapados entre dos hombres que nos clavaban sus armas en las costillas. Otro en el asiento de delante se dio la vuelta y nos apuntó con su arma. El conductor arrancó rápido. En menos de un minuto ya nos habíamos perdido en un laberinto de calles internas.

Me había equivocado respecto a lo de la choza en la selva. Nos llevaron a un edificio abandonado, dentro de los límites de la ciudad. Era de ladrillo y estaba pintado de un blanco polvoriento. Respecto a los matones había acertado. El edificio estaba lleno. Había una

pandilla entera. Al menos cuarenta. Estaban sucios y desaliñados y la mayoría miraba a Anna de manera lasciva. Tuve la esperanza de que no nos separaran.

Nos separaron de inmediato. A mí me tiraron en una celda que en algún momento había sido una oficina. En la ventana había una reja gruesa de hierro y en la puerta había una cerradura bien grande. Una cama, y un balde. Eso era todo. La cama era un catre de hospital hecho de tubos metálicos. El balde estaba vacío, pero no había estado vacío mucho tiempo. Apestaba. Me esposaron con los brazos en la espalda. Me pusieron cadenas en los tobillos y me tiraron al suelo. Me dejaron solo durante tres horas.

Y entonces empezó la pesadilla.

Se oyó un ruido en la cerradura y la puerta se abrió y entró un hombre. Tenía aspecto de ser el jefe. Alto, moreno, con una boca grande y seria y llena de dientes de oro. Me pegó dos patadas en las costillas y me explicó que se trataba de un secuestro político. Se esperaba como compensación cierto rédito económico, pero el verdadero objetivo era usar a Anna para ejercer presión contra su padre y que se frenara una investigación gubernamental. Ella era el as que tenían en la manga. Yo era prescindible. Me matarían dentro de algunas horas. Nada personal, dijo el tipo. Después dijo que me iban a matar de alguna manera que a sus muchachos les resultara entretenida. Estaban aburridos, y él les debía una distracción. Tenía planeado dejar que ellos decidieran la manera exacta de mi muerte.

Después me quedé de nuevo solo.

Mucho después supe que Anna estaba encerrada en una habitación similar, a dos pisos de distancia. Ella no estaba esposada ni le habían puesto cadenas en los tobillos. Se podía mover libremente, acorde con su estatus más elevado. Su mobiliario era básicamente el mismo que el mío. Una cama de hospital, de hierro, pero allí no había balde. Ella tenía un baño normal. Y una mesa, y una silla. Le iban a dar de comer. Era valiosa para ellos.

Y era valiente.

En cuanto cerraron la puerta empezó a buscar un arma. La silla era una posibilidad. O podía romper el lavabo del baño y usar como cuchillo un pedazo afilado de cerámica. Pero ella quería algo mejor. Miró la cama. Estaba hecha con tubos de hierro atornillados entre sí, anchos y aplanados en las puntas. El colchón casi no tenía grosor y estaba recubierto con una tela a rayas. Lo levantó y lo tiró al suelo. La base de la cama era una malla metálica sujetada entre dos tubos largos. Los tubos largos tenían un solo tornillo en cada extremo.

Si podía sacar uno tendría una lanza de dos metros de largo. Pero el armazón de la cama estaba pintado y era imposible desajustar las tuercas. Intentó sacarlas con los dedos, pero no hubo manera. En la habitación hacía calor y Anna tenía una capa de sudor en la piel y los dedos le resbalaban. Puso el colchón en su lugar y dirigió su atención a la mesa.

La mesa tenía cuatro patas y un tablero de poco menos de un metro cuadrado. Alrededor tenía un angosto faldón de refuerzo. Dada la vuelta habría parecido una caja muy poco profunda. Las patas estaban atornilladas a unas punteras de metal fijadas al faldón. Los tornillos eran de acero barato, de color más o menos cobrizo. Las tuercas eran tuercas mariposa. Se podían girar

fácilmente con la mano. Desajustó una pata y escondió el tornillo y la tuerca. Dejó la pata en su lugar, apoyada en posición vertical.

Después se sentó en la cama y esperó.

Una hora más tarde escuchó pasos en el pasillo. Escuchó cómo giraba la llave en la cerradura. Entró un hombre a la habitación, con una bandeja de comida. Era joven. Presumiblemente de la parte baja del tótem, relegado a tareas de cocina. Llevaba un arma en la cintura. Una pistola negra automática, grande y cuadrada y reluciente.

Anna se puso de pie y dijo:

—Apoya la bandeja en la cama. Creo que la mesa está rota.

El joven dejó la bandeja sobre el colchón.

—¿Dónde está mi amigo? —le preguntó Anna.

—¿Qué amigo?

—Mi guardaespaldas.

—En su habitación —dijo el tipo—. Pero no por mucho tiempo. Pronto estará en la planta baja y nos vamos a divertir un poco con él.

—¿De qué manera pensáis divertiros con él?

—No estoy seguro. Pero sí estoy seguro de que será algo bastante creativo.

—¿Un juego?

—No exactamente. Lo vamos a matar.

—¿Por qué?

—Porque no lo necesitamos.

Anna no dijo nada.

—¿Qué le pasa a la mesa? —dijo el muchacho.

—Tiene una pata floja.

—¿Cuál?

—Esta —dijo Anna, y sacó la pata.

La sacudió como un bate de béisbol y le dio al tipo de lleno en la cara. Le pegó en el tabique, con el borde del ángulo, y al tipo se le incrustó un pedazo de cráneo en el cerebro. Murió antes de caer al suelo. Anna le sacó el arma de la cintura y esquivó el cuerpo y fue hacia la puerta.

En un lateral del arma decía *Glock.* No tenía ningún mecanismo de seguridad. Anna enganchó el dedo alrededor del gatillo y salió al pasillo. *En la planta baja,* había dicho el muchacho. Encontró una escalera y empezó a bajar.

Para ese momento a mí ya me habían llevado a rastras a un salón grande en la planta baja. Quizás en algún momento eso había sido una sala de conferencias. Había treinta y nueve personas allí. Había un pequeño escenario elevado, con dos sillas. En una estaba sentado el jefe. A mí me pusieron en la otra. Después todos empezaron a discutir algo en portugués. Cómo matarme, imaginé. Cómo maximizar su entretenimiento. A mitad de la discusión al fondo de la sala se abrió una puerta. Entró Anna, empuñando una pistola grande y moviéndola de un lado para otro. La reacción fue inmediata. Treinta y ocho hombres desenfundaron sus propias armas y le apuntaron.

Pero el jefe no. En vez de hacer eso dio un fuerte grito de advertencia. Yo no hablaba su idioma, pero sabía lo que estaba diciendo. Estaba diciendo *¡No le disparéis! ¡La necesitamos viva! ¡Es valiosa para nosotros!* Los treinta y ocho hombres bajaron sus armas

y miraron cómo Anna avanzaba por entre medio de ellos. Llegó al escenario. El jefe sonrió.

—Tienes diecisiete cartuchos en esa pistola —dijo—. Somos treinta y nueve. No puedes matarnos a todos.

Anna asintió.

—Lo sé —dijo. Después dio la vuelta al arma y la apuntó hacia su propio pecho—. Pero puedo matarme a mí.

Después de eso, fue fácil. Hizo que me quitaran las esposas y las cadenas. Yo le quité el arma al tipo que tenía más cerca y empezamos a alejarnos andando hacia atrás. Y logramos irnos. No amenazando con disparar a nuestros perseguidores, sino con Anna amenazando con dispararse a sí misma, y conmigo escoltándola. Cinco minutos después estábamos en un taxi. Treinta minutos después estábamos en su casa.

Un día después renuncié a mi carrera de guardaespaldas. Porque lo tomé como una señal. Alguien que necesita que lo rescate su cliente no tiene ningún futuro, salvo como guardaespaldas falso.

EL MEJOR TRUCO DE TODOS

Podría haberte disparado desde una distancia de mil metros y hacer que el disparo te entrara por una oreja y te saliera por la otra. Podría haber pasado a tu lado apenas rozándote en medio de una multitud y no te habrías dado cuenta de que te habían cortado la garganta hasta el momento en que asintieras y tu cabeza saliera rodando por la calle, dejándote allí de pie. Yo era esa persona en la que pensabas inquieto después de haber cerrado la puerta con llave y haber posicionado a tus guardias y haber subido la escalera para ir a tu dormitorio, solo para encontrarte con que yo había llegado allí antes, y estaba apoyado en la cómoda, esperándote en la oscuridad.

Yo era el que siempre encontraba una manera de hacerlo.

Yo era al que nadie podía detener.

Nada de lo que hacía era original. Estudié a los mejores de los mejores, hace mucho tiempo. Aprendí de todos ellos. Un movimiento de aquí, otro de allá, todos cuidadosamente unidos. Todos los trucos. Incluso el mejor truco de todos, que aprendí de un hombre llamado Ryland. En su momento Ryland trabajaba en todas partes, pero principalmente donde había petróleo, o cocaína, o dinero, o mujeres, o juegos de cartas con apuestas muy altas. Después se hizo viejo, y lentamente se fue retirando. Finalmente encontró el mercado matrimonial. Quizás lo inventó, aunque lo dudo. Pero definitivamente lo mejoró. Lo convirtió en un negocio. Estuvo en el momento indicado en el lugar indicado. Se estaba haciendo viejo y

se estaba volviendo cada vez más lento, justo cuando todos esos abogados de California transformaban el divorcio en un premio de lotería. Justo cuando en todas partes del mundo muchos hombres se empezaron a poner nerviosos con esa situación.

La teoría era simple: una esposa con vida va a ver a un abogado, pero una esposa muerta no va a ninguna parte. Salvo al cementerio. Problema resuelto. Una esposa muerta recibe cierto grado de atención por parte de la policía, por supuesto, pero Ryland se movía en un mundo en el que un tipo iba a sentirse mil veces más contento de recibir una llamada de un policía que de un abogado de divorcios. Los policías iban a tener que tratar las cosas con cuidado por el tema del duelo, y habitualmente se suponía que, en cuanto al coeficiente intelectual, los policías no estaban entre los más favorecidos. Mientras que ese era justamente el punto fuerte de los abogados. Y por supuesto, parte del atractivo de un tipo como Ryland era que prácticamente no iban a quedar pruebas. No había ninguna duda, una esposa muerta a manos de Ryland se consideraba un premio de lotería al revés.

Trabajaba duro. Id a buscar los microfilms y corroboradlo. Consultad los periódicos de todas partes de los Estados Unidos y de Centroamérica y de Sudamérica. Buscad en Europa, en Alemania, en Italia, en cualquier lugar en el que hubiera grandes fortunas en juego. Fijaos en cuántas mujeres desaparecieron. Fijaos en qué edad tenían, y desde hacía cuánto tiempo estaban casadas. Después buscad el seguimiento de esas noticias, los artículos, los párrafos posteriores, y observad cuántos indicios había de conflictos matrimoniales en ciernes. Buscadlo, y veréis que hay un patrón.

La policía también vio el patrón, claro. Pero Ryland era un fantasma. Había sobrevivido al petróleo y a las drogas y al lavado de dinero y a la prostitución y a las apuestas. No había manera de que lo tumbaran maridos avaros y esposas aburridas. Prosperó, y apuesto a que su nombre nunca apareció en un expediente de la policía. En ningún lado, ni una sola vez. Era así de bueno.

Le tocó trabajar en una época en la que no había muchos multimillonarios. En aquel entonces, se consideraba que cien millones era la cifra que marcaba el límite. Por debajo de cien millones, eras pobre. Por encima, eras respetable. Cien millones eran una unidad, así lo llamaban, y la mayor parte de los clientes de Ryland tenía fortunas de tres o cuatro unidades. Y Ryland notó algo: a marido rico, mujer rica. Las mujeres no eran ricas en el sentido en el que lo eran sus maridos, claro. No tenían sus propias unidades. Pero tenían dinero para gastar. Es lógico, me dijo Ryland. Ellos les abrían cuentas bancarias y les daban tarjetas de crédito. A los hombres que tienen fortunas de tres o cuatro unidades no les interesa molestarse por trivialidades que están en el nivel de las seis cifras.

Pero ese era el nivel en el que trabajaba Ryland, el de las seis cifras.

Y notó que la sangre que derramaba caía sobre abrigos de visón y collares de diamantes y vestidos de París y asientos con tapizado de cuero perforado de coches Mercedes Benz. Después de un tiempo empezó a revisar las carteras. La mayoría tenía mucho dinero en sus cuentas, y tarjetas platino. No robó nada, por supuesto. Eso habría sido fatal, y de tontos, y Ryland no era tonto. No era para nada tonto. Pero sí era creativo.

O eso decía.

En realidad, me gusta pensar que la idea se la dio una de las mujeres. Quizás una un poco más combativa de lo normal. Quizás, cuando quedó claro lo que estaba a punto de suceder, ella le hizo una contraoferta. Me gusta pensar que todo empezó así. Quizás ella dijo: "Ese maldito bastardo. Debería pagarte yo para que lo mataras a él". Sé que eso a Ryland le habría quedado resonando. Cualquier cosa que implicara algún tipo de pago despertaba su interés. Habría hecho el cálculo a la misma hipervelocidad a la que hacía cualquier tipo de cálculo, desde la trayectoria de una bala hasta una evaluación de riesgos. Habría pensado: esta mujer tiene el dinero para permitirse un abrigo de seis cifras, por lo que tiene el dinero para permitirse un asesinato de seis cifras.

Y así fue como surgió el mejor truco de todos.

Cobrar dos veces.

Me lo contó después de enfermar de cáncer, y yo lo tomé como una especie de unción. Estaba nombrando a un heredero. Estaba pasando el bastón. Quería que yo fuera el nuevo Ryland. A mí me pareció bien. También lo tomé como una petición silenciosa de que no lo dejara sufrir y languidecer. Lo cual también me pareció bien. En ese momento Ryland ya estaba frágil. Luchó como loco contra la almohada, pero las luces se le apagaron lo suficientemente rápido. Y así fue. El viejo Ryland había muerto, y el nuevo Ryland estaba listo para empezar con energías renovadas.

La primera que me tocó fue una mujer robusta de cuarenta y pico años, de Essen, en Alemania. Casada con un magnate del acero que recientemente había descubierto que le resultaba aburrida. Cien mil dólares en mi bolsillo le iban a ahorrar cien millones en los de ella.

Lo clásico, por supuesto, habría sido iniciar la cacería y dar el golpe antes de que ella pudiese tener la más mínima noticia de tu existencia en el planeta Tierra. En otros tiempos, esa habría sido la marca distintiva de un trabajo bien hecho.

Pero ya no.

Fui con ella a Gstaad. No viajé con ella. Aparecí allí al día siguiente. La conocí un poco. Era una bruja. La habría matado gratis sin ningún problema. Pero no lo hice. Hablé con ella. La trabajé hasta el punto en que me llegó a decir: "Mi marido cree que estoy demasiado vieja". Después me miró desde abajo de sus pestañas. El mismo discursito de siempre en busca de consuelo. Quería que yo le dijera: "¿Tú? ¿Demasiado vieja? ¿Cómo puede pensar eso de una mujer tan guapa?".

Pero no se lo dije.

En vez de eso, le dije:

—Quiere deshacerse de ti.

Lo tomó como una pregunta.

—Sí, creo que sí —contestó.

—No, yo sé que sí —dije—. Me ha ofrecido dinero para matarte.

Pensadlo un segundo. ¿Cómo iba a reaccionar? No empezó a gritar. No salió corriendo en busca de la policía suiza. Se quedó completamente muda, bajo el peso de la sorpresa más grande que podría haber escuchado. Primero, por supuesto, vino la pregunta conceptual: "¿Eres un asesino?". Ella sabía que existía gente como yo. Se había movido en el mundo de su marido durante muchos años. Demasiados, según él. Después, finalmente, por supuesto, la pregunta inevitable: "¿Cuánto te ha ofrecido?".

Ryland me había dicho que exagerara un poco. Según él, escuchar una cifra elevada hacía que las víctimas sintieran un pequeño placer perverso. Hacía que tuvieran la posibilidad de sentirse necesitadas por última vez, de una manera enrevesada. Ya no las querían, pero al menos para deshacerse de ellas se pagaba un precio muy elevado. Una suerte de estatus.

—Doscientos mil dólares —dije.

La zorra gorda de Essen lo asimiló y después empezó por el camino equivocado.

—Podría darte lo mismo, pero para que no lo hicieras —dijo.

—No me serviría —dije—. No puedo dejar un trabajo a medias. Él se lo diría a otra gente, y mi reputación quedaría destruida. Un hombre como yo lo único que tiene es su reputación.

Gstaad era un buen lugar para estar teniendo esa conversación. Era una localidad aislada y como de otro mundo. Era como si estuviésemos los dos solos en todo el planeta. Me senté a su lado e intenté emanar simpatía. Como un dentista, quizás. Cuando tiene que perforar un diente con el torno. Lo siento… pero hay que hacerlo. Su rabia poco a poco empezó a crecer. Lentamente, pero al final llegó. Finalmente tomó el camino correcto.

—Tú trabajas por dinero —dijo.

Asentí.

—Trabajas para cualquiera que pueda pagar el precio —dijo.

—Como un taxi —dije.

—Te pagaré para que lo mates —dijo.

Había rabia en esas palabras, por supuesto, pero también había consideraciones financieras. Se estaban abriendo paso en su mente de manera lenta, no tan claras, pero básicamente eran el reverso

exacto de las consideraciones que yo había visto en los pensamientos de su marido una semana antes. Para las personas como ellos, las cosas se reducen a cuatro palabras: todo el dinero, mío.

—¿Cuánto? —me preguntó.

—Lo mismo —le dije—. Doscientos mil.

Estábamos en Suiza, lo que hizo que los arreglos bancarios fueran sencillos. Me quedé con ella, apoyándola, y observé cómo ponía sus zarpas gordas rosadas sobre doscientos mil dólares, billetes nuevos y crujientes de la reserva central de algún país europeo. Me los dio y me empezó a explicar dónde iba a estar su marido, y cuándo.

—Sé dónde está —dije—. Tenemos una reunión ya programada. Para que me pague.

La ironía la hizo reír. Acceso garantizado a la víctima. No era tonta. Esa era la mayor fortaleza de la idea de Ryland.

Fuimos a dar un paseo, solos, por un camino cubierto de nieve que los esquiadores prácticamente no frecuentaban. La maté allí quebrándole el cuello gordo y dejándola en una postura que sugería un resbalón y una caída. Después cogí el tren de vuelta a Essen y llegué a mi reunión con su marido. Obviamente él había tomado muchas precauciones para mantener en secreto nuestros encuentros. Estaba en un lugar al que normalmente él no hubiera ido. Un disparo de calibre .22 con silenciador, en la cabeza. Para las personas como Ryland y como yo era una cuestión de principios. Si te pagan, tienes que hacer el trabajo.

Así que dos honorarios, y todas esas unidades de la industria del acero cayendo en cascada sobre herederos conflictivos que en no mucho tiempo también me estarían llamando. Todo el dinero, mío.

Las cosas siguieron así durante dos años. Corroboradlo en los microfilms. Buscad en los periódicos. América del Norte, Centroamérica, Sudamérica, todas partes de Europa. La policía conmocionada con la idea de anarquistas que atacaban a parejas de millonarios. Esa era otra fortaleza de la idea de Ryland. Hacía que el motivo fuera inexplicable.

Y entonces recibí una oferta desde Brasil. Me sorprendió un poco. Por algún motivo me imaginaba que sus leyes de divorcio serían anticuadas y tradicionales. Nunca pensé que un brasileño podía necesitar el tipo de ayuda que yo tenía para ofrecer. Pero alguien contactó conmigo y terminé frente a frente con un hombre que tenía una gran cantidad de unidades provenientes de yacimientos mineros y una mujer actriz que se acostaba con cualquiera. Eso al tipo le dolía. Quizás por eso me llamó. No era estrictamente necesario. Pero tuvo ganas de llamarme.

Era rico y estaba enfadado, por lo que le pasé el doble de mis honorarios habituales. Eso no era ningún problema. Le expliqué cómo funcionaba. El pago se efectuaba después del hecho, en algún lugar discreto, satisfacción garantizada. Después me dijo que su mujer iba a estar en un tren, haciendo un largo viaje por las montañas en una suerte de vagón privado. Eso era un problema. En los trenes no hay bancos. Por lo que decidí no usar el truco de Ryland, solo por esa vez. Haría el trabajo a la manera tradicional, para un solo cliente. Al viejo estilo. Miré un mapa y vi que me podía subir al tren con el viaje ya iniciado y bajarme antes de que llegara a destino. La esposa estaría muerta en su camarote cuando el tren llegara a Río. Para entonces yo ya habría desaparecido hacía rato.

Era reconfortante pensar en trabajar al viejo estilo, al menos por una vez.

La localicé en el tren y me mantuve a distancia. Pero incluso desde lejos vi el anillo que llevaba en el dedo. Era una piedra gigantesca. Un diamante tan grande que probablemente no había una cantidad estándar de quilates para medirlo.

Tenía un banco allí mismo, en su propio dedo.

Era fácil de rastrear, teóricamente, pero no pasando por ciertas partes de Ámsterdam o Johannesburgo o Freetown, Sierra Leona. Era un problema potencial para pasar por las aduanas, pero me lo podía tragar.

Avancé por el tren.

Era una mujer muy guapa. Piel como miel de lavanda, pelo largo negro brillante, ojos como estanques. Piernas largas, cintura diminuta, unos pechos que casi se le salían de la camisa. Me senté en el sillón que estaba frente al suyo y dije: "Hola". Supuse que una mujer que se acostaba con muchos hombres me dedicaría al menos una mirada. Tengo ciertas características rudas. Algunas cicatrices, la clase de aspecto desaliñado que sugiere aventura. Ella no necesitaba dinero. Estaba casada con una fortuna. Quizás lo único que necesitaba era una distracción.

Al principio fue bien y encontré motivos para dar la vuelta a la mesa y sentarme a su lado. Después en menos de una hora ya estábamos sumidos en esa modalidad característica de los trenes en la que ella se inclinaba hacia la izquierda y yo me inclinaba hacia la derecha y compartíamos intimidades, con el ruido del viento y el traqueteo de las ruedas de fondo. Mencionó brevemente su matrimonio y después cambió de tema. Yo lo retomé. Le señalé el

anillo y le pregunté al respecto. Ella desplegó su mano como una estrella de mar y me dejó mirarlo.

—Me lo dio mi marido —dijo.

—Como deber ser —dije—. Es un hombre afortunado.

—Es un hombre enfadado —dijo—. Yo no me porto demasiado bien, me temo.

No dije nada.

—Creo que quiere hacer que me maten —dijo ella.

Y allí estaba, la apertura a la que a menudo era tan difícil llegar. Yo debería haber dicho: "Así es", y debería haber abierto las negociaciones. Pero no lo hice.

—Miro a los hombres que voy conociendo y me pregunto: ¿será este? —dijo.

Así que ahí sí abrí la boca y dije:

—Es este.

—¿De verdad? —dijo ella.

—Me temo que sí —dije yo.

—Pero tengo un seguro —dijo ella.

Levantó de nuevo la mano y lo único que vi fue el diamante. Difícil echarme la culpa, porque el diamante era enorme y la hoja del estilete era muy delgada. Realmente ni siquiera la vi. No noté su existencia hasta que la punta me traspasó la camisa y se me hundió en la piel. Después ella echó su peso encima del estilete con una fuerza sorprendente. Era frío. Y largo. Un objeto hecho a medida. Me atravesó de lado a lado y me clavó al asiento. Hizo presión con la palma de la mano y se encargó de que quedara bien ajustado. Después me agarró la corbata y la usó para limpiar las huellas del mango.

—Adiós —dijo.

Se puso de pie y me dejó allí. Yo no me podía mover. Dos centímetros hacia la izquierda o dos centímetros hacia la derecha y se me destrozarían las tripas. Me quedé sentado y fui sintiendo cómo la mancha de sangre me llegaba al regazo. Todavía sigo aquí sentado, diez minutos después. En algún momento podría haberte disparado desde una distancia de mil metros y hacer que el disparo te entrara por una oreja y te saliera por la otra. O podría haber pasado a tu lado apenas rozándote en medio de una multitud y no te habrías dado cuenta de que te habían cortado la garganta hasta el momento en que asintieras con la cabeza y tu cabeza saliera rodando por la calle, dejándote a ti allí de pie. Yo era esa persona en la que pensabas inquieto después de haber cerrado la puerta con llave y haber posicionado a tus guardias y haber subido la escalera para ir a tu dormitorio, solo para encontrarte con que yo había llegado allí antes, y estaba apoyado en la cómoda, esperándote en la oscuridad.

Yo era el que siempre encontraba una manera de hacerlo.

Yo era al que nadie podía detener.

Hasta que conocí a Ryland.

Y ahora todo eso ha terminado.

DIEZ KILOS

Por lo general la vida es una mierda, pero a veces las cosas te llegan solas, no pasa con mucha frecuencia, pero pasa la suficiente cantidad de veces como para acabar de una vez por todas con la desesperación. Pero no puedes empezar con pensamientos de redención. Sería inapropiado. Esas situaciones no son algo personal. Las cosas te llegan solas no porque tú seas bueno, sino porque otros son malos. Y estúpidos.

Un hombre entra a un bar, lo cual parece el principio de un chiste, y eso es lo que fue, realmente, en todos los aspectos. El bar era un antro sin nombre con la pintura de la puerta toda descascarada y sin ningún cartel fuera. Por eso era familiar para mí, el tío este y la gente como nosotros. Yo ya estaba dentro, en una mesa en la que ya me había sentado otras veces. Vi entrar al tío. Lo conocía en el sentido de que lo había visto allí algunas veces y por lo tanto él me conocía a mí, porque si asumimos una cierta cantidad de reciprocidad en el universo, él me había visto a mí allí la misma cantidad de veces que yo a él. Yo lo veo, él me ve. No éramos amigos. No sabía cómo se llamaba. Cosa que tampoco habría esperado saber. Un tío así, cualquier nombre que te diga seguro que es mentira. Y sin duda cualquier nombre que yo le hubiese dicho a él también habría sido mentira. ¿Qué éramos entonces el uno para el otro? Éramos conocidos, más o menos, supongo. Lo suficientemente cercanos y lo suficientemente lejanos como para que dado el

problema en el que él estaba metido, yo fuera la clase de hombre con el que él estaría dispuesto a hablar. Como dos norteamericanos atrapados en un aeropuerto extranjero. Uno asume una intimidad que en realidad no existe, y hace que sea más fácil abrirse. Uno dice cosas que en circunstancias normales no diría. Fue lo que hizo este tío. Se sentó en mi mesa y empezó a contar toda una historia. No de inmediato, por supuesto. Tuve que darle pie.

—¿Estás bien? —le pregunté.

No me respondió. No lo presioné. Era como arrancar un coche que ha estado un mes aparcado. No metes la llave y empiezas a girarla como un bruto. Le das tiempo, para no ahogar el carburador o lo que sea que tengan ahora los coches. Hay que tener paciencia. En mi oficio, la paciencia es una gran virtud.

—¿Quieres beber algo? —pregunté.

—Una Heineken —dijo él.

Enseguida supe que estaba distraído. Un tío así, si le ofreces algo para beber, debería pedir algo caro y color ámbar servido en un vaso pesado. No una cerveza. No estaba pensando. No estaba calculando. Pero yo sí.

Una veterana vestida con una falda corta trajo dos botellas de cerveza, una para él y otra para mí. Él cogió la suya y le dio un largo trago y la apoyó de nuevo en la mesa y lo vi sentir el primer cambio complejo de nuestra nueva dinámica social. Yo le había comprado algo de beber, por lo que él me debía conversación. Había aceptado caridad, por lo que se debía a sí mismo la posibilidad de recuperar su estatus. Vi cómo ensayaba el principio de lo que iba a contarme, que iba a consistir en decirme que él era un hombre muy importante.

—Nunca se vuelve más fácil —dijo.

Era blanco, flaco, debía tener unos treinta y cinco años, era un poco bizco, el producto de demasiadas generaciones de gente árida y endogámica del monte, con el ADN reducido a los componentes más básicos, brazos, piernas, ojos, boca. Era un átomo, adecuado, pero totalmente intercambiable con otros diez mil iguales que él.

—Dímelo a mí —dije, resignado, como si entendiera su conflicto.

—Un hombre se arriesga —dijo—. Trata de salir adelante. A veces funciona, a veces no.

No dije nada.

—Empecé trabajando de mula —dijo—. Hace mucho tiempo. ¿Sabías?

Asentí. No era ninguna sorpresa. Estábamos a cinco kilómetros de la autopista I-95, y todos empezaban trabajando de mulas, llevando kilos de cocaína desde Miami o Jax en dirección al norte hasta Nueva York o Boston. Cualquiera que tuviese una cara convincente y un coche discreto empezaba trabajando de mula, un solo kilo en el maletero la primera vez, después dos, después cinco, después diez. La confianza se ganaba y el éxito era recompensado, especialmente si conseguías pasar el peaje de Nueva Jersey sin que te detuvieran. En aquel entonces la Policía Estatal de Nueva Jersey era el gran filtro.

—Todas las veces impecable —dijo el tipo—. Sin ningún problema, nunca.

—Así que ascendiste —dije.

—Venta —dijo.

Asentí de nuevo. Era el siguiente paso lógico. Le habrían dicho que llevara su cara convincente y su coche discreto hasta zonas

profundas de ciertos vecindarios de destino y que se reuniera directamente con ciertos distribuidores locales. La cadena se habría acortado un eslabón. Menos manos en el producto, menos manos en el dinero, más rapidez, más velocidad, un mejor vector, menos incertidumbre.

—¿Para quién? —pregunté.

—Para los hermanos Martínez.

—Impresionante —dije, y le brillaron un poco los ojos.

—Llegué al punto de estar manejando diez kilos puros cada vez —dijo.

Mi cerveza se estaba entibiando, pero le di un trago de todas formas. Sabía qué era lo que venía a continuación.

—Llevaba la cocaína hacia el norte y el dinero hacia el sur —dijo.

Yo no dije nada.

—¿Has visto alguna vez todo ese dinero junto? —preguntó—. O sea, ¿lo *has visto* de verdad?

—No —dije.

—Casi no lo puedes levantar. Te podrías herniar por levantar una caja así.

Yo no dije nada.

—Hacía dos viajes por semana —dijo—. Estaba todo el tiempo en la carretera. Dejé surcos en el asfalto. Y había docenas de tíos como yo.

—En conjunto mucho dinero en efectivo —dije, porque el hombre necesitaba que yo le abriera la puerta a la siguiente revelación. Necesitaba que lo entendiera. Necesitaba mi permiso para continuar.

—Como un río —dijo.

Yo no dije nada.

—Qué demonios —dijo—. Había tanto dinero que para ellos no significaba nada. ¿Cómo podía significar algo? Estaban podridos de dinero.

—Un hombre se arriesga —dije.

El tío no respondió. No al principio. Miré a la veterana de la falda y levanté dos dedos y vi cómo ponía otras dos botellas de Heineken en una bandeja de corcho.

—Me quedé con una parte —dijo.

La veterana nos dio nuestras dos botellas nuevas y se llevó las dos viejas. Me dije a mí mismo *cuatro importadas,* como para poder revisar mi cuenta al final de la noche. Hoy en día todos son estafadores.

—¿Cuánto fue lo que te quedaste? —le pregunté al tío.

—Bueno, me quedé todo. Todo lo que les dan por diez kilos.

—¿Y eso cuánto era?

—Un millón de dólares. En efectivo.

—Vale —dije, entusiasmado, complaciente, como diciéndole *guau, eres el mejor.*

—Y también me quedé el producto —dijo.

Solo lo miré.

—De Boston —dijo—. Los tíos allí están paranoicos. Guardan el dinero y la cocaína en lugares distintos. Y la ciudad está toda en obras. Por cómo son ahora los recorridos, es más fácil cobrar primero y entregar luego. Después de un tiempo, empezaron a confiar en mí y me dejaban hacer eso.

—Pero esta vez cogiste el dinero y desapareciste antes de entregar el producto.

Asintió.

—Genial —dije.

—Les dije a los Martínez que me robaron.

—¿Te creyeron?

—Quizás no —dijo.

—Eso es un problema —dije.

—Pero no veo por qué —dijo—. De verdad que no. ¿Cuánto dinero tienes tú ahora mismo en el bolsillo?

—Doscientos y algo —dije—. Acabo de pasar por un cajero.

—¿Y cómo te sentirías si se te cae una moneda de un centavo en una alcantarilla? ¿Un simple centavo?

—No me importaría un carajo —dije.

—Exactamente. Esto es lo mismo que alguien que tiene doscientos dólares en el bolsillo y pierde un centavo entre los almohadones del sillón. ¿Cuánto le puede importar?

—Con estos tíos, no es una cuestión de dinero —dije.

—Ya lo sé —dijo.

Nos quedamos callados y bebimos nuestras cervezas. La mía se sintió gaseosa contra mis dientes. No sé cómo se sintió la suya. Probablemente no le estaba prestando atención a eso.

—Tienen a este otro tío —dijo—. Uno que se llama Octavian. Es su investigador. Y su sicario. Va a venir a buscarme.

—A la gente le roban —dije—. Son cosas que pasan.

—Dicen que Octavian da miedo de verdad. He escuchado cosas muy feas.

—Te robaron. ¿Qué puede hacer?

—Se puede asegurar de que esté diciendo la verdad, eso es lo que puede hacer. Escuché que tiene una manera de hacer las preguntas que hace que uno quiera responderle.

—Te mantienes firme, no puede sacar agua de las piedras.

—Me mostraron a un tío en silla de ruedas. La historia que se cuenta es que Octavian lo tuvo toda una semana andando de rodillas por un terreno de grava. El paseo por la playa, lo llama. Dicen que el dolor es insoportable. Y después al tío le dio gangrena, perdió las piernas.

—¿Quién es este Octavian?

—Nunca lo he visto.

—¿También es colombiano?

—No sé.

—¿El de la silla de ruedas no contó eso?

—No tenía lengua. Dicen que Octavian se la cortó.

—Necesitas un plan —dije.

—Podría entrar aquí ahora mismo. Y yo no me enteraría.

—Entonces necesitas un plan, rápido.

—Podría irme a Los Ángeles.

—¿Sí?

—En realidad no —dijo el hombre—. Octavian me encontraría. No quiero estar dándome la vuelta para mirar por encima del hombro durante el resto de mi vida.

Hice una pausa. Cogí aire.

—A la gente le roban, ¿no? —dije.

—Pasa, sí —dijo—. No es nada tan fuera de lo común.

—Así que podrías echarle la culpa a la gente de Boston. Empezar una guerra allí. Sacarte la presión de encima. Podrías salir de todo esto como una víctima inocente. El primer damnificado. Casi como un héroe.

—Si consigo convencer a este Octavian.

—Hay maneras.

—¿Como cuál?

—Debes convencerte primero a ti mismo. Tú has sido la víctima. Si realmente crees eso, mentalmente, este Octavian también se lo va a creer. Es como interpretar un personaje.

—No va a ser fácil.

—Un millón de dólares lo vale. Dos millones, suponiendo que vas a vender los diez kilos.

—No sé.

—No te salgas del guion. No sabes nada. Fueron los tíos de Boston. Sea quien sea, el trabajo de Octavian es conseguir resultados, no perder el tiempo en un callejón sin salida. Te mantienes firme, y él les dirá a los hermanos Martínez que estás limpio y pasarán a otra cosa.

—Quizás.

—Solo tienes que pensar una historia y no salirte de eso. Tienes que *ser* esa historia. El método Stanislavski de actuación, como hacía el gordo ese que acaba de morir.

—¿Marlon Brando?

—Ese mismo. Haz como él. Estarás bien.

—Quizás.

—Pero Octavian buscará en tu guarida.

—Eso sin ninguna duda —dijo el tío—. Va a revolver todo.

—Así que no puedes tener nada guardado allí.

—No *está* allí.

—Bien —dije, y después me quedé callado.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Dónde está? —pregunté.

—No te lo voy a decir —dijo.

—Me parece bien —dije—. No lo quiero saber. ¿Por qué demonios querría saberlo? Pero la cuestión es que tú tampoco puedes permitirte saberlo.

—¿Cómo no lo voy a saber yo?

—Ese es exactamente el problema —dije—. Este Octavian lo va a ver en tu mirada. Va a ver que tú lo *sabes.* Va a estar golpeándote o haciéndote lo que sea que te haga y tiene que ver que en tu mirada no hay nada. Que no tienes ni idea. Eso es lo que tiene que ver. Pero no va a ver eso.

—¿Qué va a ver?

—Va a ver que estás aguantando y pensando, sí, mañana todo esto ya habrá terminado y yo estaré de vuelta en mi casa o en mi depósito o donde sea y entonces estaré bien. Él lo va a *saber.*

—¿Y qué debería hacer?

Terminé lo que me quedaba de cerveza. Caliente, y sin gas. Pensé en pedir dos más, pero no lo hice. Me imaginé que ya estábamos cerca del final. Me imaginé que ya no necesitaba invertir más dinero.

—Quizás deberías irte a Los Ángeles —dije.

—No —dijo.

—Entonces deberías dejarme que te guarde las cosas. Así realmente no sabrás dónde están. Vas a necesitar esa ventaja.

—Tendría que estar loco. ¿Por qué debería confiar en ti?

—No deberías. No tienes por qué hacerlo.

—Podrías desaparecer con mis dos millones.

—Podría, pero no lo voy a hacer. Porque si lo hiciera, llamarías a Octavian y le dirías que has recordado una cara. Me describirías, y entonces tu problema pasaría a ser mi problema. Y si Octavian es

tan malo como dices que es, ese es un problema que no quiero tener.

—Más te vale creerlo.

—Y lo creo.

—¿Dónde te encuentro después?

—Aquí mismo —dije—. Sabes que vengo a este sitio. Ya me has visto antes aquí.

—El método Stanislavski de actuación —dijo.

—No puedes delatar algo que no sabes —dije.

Se quedó un rato largo en silencio. Yo me quedé allí sentado y pensé en cómo sería guardar un millón de dólares en efectivo y diez kilos de cocaína pura en el maletero de mi coche.

—Está bien —dijo.

—Tendrías que pagarme un porcentaje —dije, para ser creíble.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Cincuenta mil —dije.

Sonrió.

—Está bien —dijo de nuevo.

—Como una moneda de un centavo entre los almohadones del sillón —dije.

—Eso mismo.

—Todos salimos ganando.

Se abrió la puerta del bar y entró un tipo, seguido de una ráfaga de aire caliente. Hispano, bajo y ancho, con manos grandes, con una cicatriz fea en lo alto de la mejilla.

—¿Lo conoces? —me preguntó mi nuevo mejor amigo.

—Jamás lo había visto —dije.

El recién llegado se acercó a la barra y se sentó en una banqueta.

—Deberíamos hacerlo ahora mismo —dijo mi nuevo mejor amigo.

A veces, las cosas te llegan solas.

—¿Dónde está guardado todo? —pregunté.

—En una autocaravana vieja en el bosque —dijo.

—¿Los paquetes son muy grandes? —pregunté—. Soy nuevo en esto.

—Diez kilos son exactamente eso, diez kilos —dijo el tipo—. El dinero pesa más o menos lo mismo. Dos bolsas, eso es todo.

—Vamos —dije.

Lo llevé en mi coche hacia el oeste y después hacia el sur y me hizo ir por un camino de emergencias, para casos de incendios, y por un camino de tierra que llegaba hasta un claro. Supuse que en algún momento habría sido un lugar despejado, pero ahora tenía toda la vegetación crecida, estaba lleno de cosas y apestaba a pis de animal, y la autocaravana había degenerado de una posible vivienda de vacaciones a un armatoste todo podrido. Estaba cubierta de humedad y moho y las ventanas estaban negras de materia orgánica. Forcejeó con la puerta y entró. Yo abrí el maletero y esperé. Salió con una bolsa en cada mano. Las cargó hasta donde yo estaba.

—¿Cuál es cuál? —pregunté.

Se agachó y las abrió. En una había ladrillos de dinero usado, en la otra había unos ladrillos sólidos de polvo blanco compactos y bien empaquetados en plástico transparente.

—Vale —dije.

Se levantó de nuevo y metió las bolsas en el maletero y yo me moví hacia un lado y le di dos disparos en la cabeza. Salieron pájaros volando de todas partes y gorjearon y graznaron y volvieron

a las ramas. Yo me volví a guardar la pistola en el bolsillo y saqué el móvil. Marqué un número.

—¿Sí? —preguntaron los hermanos Martínez, los dos juntos. Usaban siempre el altavoz. Los dos tenían miedo de que el otro lo traicionara, y por eso nunca permitían las llamadas privadas.

—Habla Octavian —dije—. Ya he terminado aquí. He recuperado el dinero y me he encargado del tío.

—¿Ya?

—He tenido suerte —dije—. Me ha llegado solo.

—¿Y los diez kilos?

—No están —dije—. Han desaparecido.

BASTANTE SEGURO

Wolfe era un chico de ciudad. Desde que nació su mundo había sido de hormigón y hierro, primero una manzana de la ciudad, después dos, después cuatro, después ocho. Árboles solo había visto desde la azotea del edificio, a lo lejos, del otro lado del East River, tan remotos como leyendas de otros tiempos. Hasta los veintiocho años el único césped cortado que había visto en su vida era el del campo de béisbol del estadio de los New York Yankees. No era consciente del sabor a cloro del agua de la ciudad, y para él el ruido del tráfico era lo mismo que un silencio absoluto y tranquilo.

Ahora vivía en el campo.

Cualquier otra persona habría dicho que vivía en las afueras, pero entre las casas había espacios amplios, y no había manera de saber qué estaba cocinando tu vecino a no ser que te invitara a cenar, y en los jardines había un mundo de insectos, y ciervos silvestres, y la posibilidad de que hubiera ratones en los sótanos, y montones de hojas caídas en otoño, y la electricidad llegaba por cables colgados de postes y el agua era de pozo.

Para Wolfe, eso era el campo.

Esa era la frontera salvaje.

Ese era el final de un camino largo y sinuoso.

El camino había empezado a ponerse sinuoso hacía veintitrés años en una escuela primaria del Bronx. En aquellos lejanos días rudimentarios a los niños se los encasillaba desde muy pequeños.

Vándalo, vago, artesano, genio, la etiqueta quedaba firmemente pegada y duraba para toda la vida. Wolfe se había portado razonablemente bien y se las había arreglado para sacar buenas notas en Taller y en Aritmética, por lo que quedó en la categoría de artesano y se esperaba que terminara siendo fontanero o electricista o técnico de aire acondicionado. Se esperaba que consiguiera a alguien que lo apadrinara en la sección indicada del sindicato y que fuera admitido como aprendiz y que después de eso trabajara durante cuarenta y cinco años. Que fue precisamente como resultó ser para Wolfe. Siguió por el camino del electricista y ya había recorrido diez años de los cuarenta y cinco asignados cuando pasó.

Lo que pasó fue que el *boom* de la construcción en las afueras acabó desbordando la capacidad de las empresas familiares de contratistas de electricidad locales. Eso era todo lo que tenían allí. Negocios pequeños, empresas familiares, flotas de una sola camioneta, la madre haciendo todo el papeleo. Lo mismo sucedía con los techadores locales y con los fontaneros y con el personal de la construcción. La demanda excedía la oferta. Pero los promotores inmobiliarios tenían dinero que ganar y no podían permitirse retrasos. Así que se tragaron su orgullo y enviaron folletos a los sindicatos de la ciudad, y después enviaron camionetas, los pasaban a buscar a las siete de la mañana, volvían a la hora de la cena. Les resultó fácil competir en salarios. Los presupuestos en la ciudad estaban estancados.

Wolfe no fue el primero en apuntarse, pero tampoco fue el último. Cada mañana a las siete en punto se subía a una Dodge Caravan llena de cosas de los hijos de algún capataz suburbano. Otros cuantos muchachos de la ciudad se subían después que él. Se

quedaban callados y taciturnos durante el viaje de una hora, pero miraban por las ventanillas con cierto grado de curiosidad. A algunos los dejaban primero en un pueblo muy bien mantenido, lleno de lotes de mil metros cuadrados. Otros seguían viajando hasta que empezaba a haber cada vez más árboles y llegaban al norte del condado.

A Wolfe lo pusieron a trabajar en la última parada del recorrido.

Cualquier persona que hubiese sabido un poco más de geografía que Wolfe habría definido correctamente el lugar como un terreno moderadamente ondulado cubierto con un bosque secundario de más de cien años y algunos bloques erráticos, con algunos arroyos menores y algunos estanques. Wolfe creía que eran las Montañas Rocosas. Para él, el escenario era espectacular. Había pájaros que cantaban y ardillas que pasaban corriendo y las piedras estaban cubiertas con líquenes grises y había montones de enredaderas por todas partes.

Su lugar de trabajo era una casa con estructura de madera que se estaba construyendo sobre un terreno de cuatro hectáreas. Todas y cada una de las cosas eran distintas con relación a la ciudad. El suelo que pisaba era de barro. La electricidad llegaba por un cable tan ancho como su muñeca, que salía de otro cable que ondulaba entre dos postes asfaltados a un lado de la carretera. La conexión nueva terminaba en un medidor y una caja de interruptores, atornillados a una tabla de madera enchapada clavada vertical en la tierra como una lápida. Era una fuente de suministro de 200 amperios. El tendido estaba enterrado en una zanja rellena con grava, del largo de la futura entrada para coches, que era más o menos tan larga como la avenida Grand Concourse del Bronx.

Después salía en el futuro sótano, por un agujero emparchado en los cimientos de hormigón.

Y a partir de ahí se tenía que encargar Wolfe.

La mayor parte del tiempo trabajaba solo. Las cuadrillas de construcción eran escasas. Estaba programado que no fuera nadie hasta que él terminara. Después iban y se encargaban de todo el trabajo de yeso y seguían su camino. Por lo que Wolfe era un pequeño engranaje en una gran maquinaria dispersa. Lo que lo alegraba mucho. Era un trabajo fácil. Y placentero. Le gustaba el olor de la madera sin trabajar. Le gustaba la facilidad con la que se perforaban los montantes de madera con el taladro en vez de la lucha a través de ladrillos o cemento con la ayuda de un martillo. Le gustaba poder estar casi siempre de pie, en vez de todo el tiempo agachándose. Le gustaba la limpieza fresca del lugar. Era mejor que andar metiéndose entre montones de caca vieja de rata.

Con el tiempo también le empezó a gustar la zona.

Todos los días se llevaba una bolsa con el almuerzo comprado en un sitio de comida preparada cerca de su casa. Al principio comía donde iba a estar el garaje, sentado en un tablón. Después se empezó a animar y se iba a sentar a una roca. Después encontró una roca mejor, cerca de un arroyo. Después encontró un lugar al otro lado del arroyo en el que había dos rocas, una como una mesa y la otra como una silla.

Después se encontró a una mujer.

La mujer iba andando rápido por el bosque. Las plantas le azotaban las piernas. Él la vio, pero ella no lo vio a él. Iba preocupada. Enfadada, o molesta. Parecía un espíritu del campo. Una diosa del bosque. Era alta, andaba bien erguida, tenía el pelo

rubio y revuelto, no llevaba maquillaje. Tenía lo que las revistas llaman pómulos definidos. Tenía ojos azules y manos blancas y delicadas.

Más adelante, hablando con el capataz, Wolfe se enteró de que el terreno en el que estaba trabajando había sido de ella. Había vendido cuatro de sus doce hectáreas a promotores inmobiliarios. Wolfe también se enteró de que su matrimonio iba mal. Según los cotilleos de la localidad su marido era un tarado. Era un tipo de Wall Street que viajaba en el tren Metro-North. No estaba nunca en casa, y cuando estaba, la maltrataba. Se decía que había intentado que no vendiera las cuatro hectáreas, pero las tierras eran de ella. Se decía que se peleaban todo el tiempo, de esa forma reprimida y medio disimulada de las personas respetables. Alguien había escuchado al marido decirle te voy a matar. Ella era un poco menos expresiva, pero se decía que también se lo había dicho a él.

Los cotilleos suburbanos estaban increíblemente expandidos. Donde vivía Wolfe, no eran necesarios. Se escuchaba todo a través de las paredes.

Le ofrecieron pagarle horas extra por trabajar los sábados y un buen dinero por instalar líneas de teléfono y de cable. Dado que estaba afiliado al sindicato, no debería haberlo hecho. Pero iba a haber módems, y un salón para ver películas, y extensiones telefónicas para cinco dormitorios que iban a compartir tres líneas. Más fax. Más opción de acceso a DSL. Así que aceptó el dinero e hizo el trabajo.

Veía a la mujer casi todos los días.

Ella no lo veía a él.

Se aprendió su rutina. Tenía un Volvo verde y él la veía pasar al fondo de la nueva entrada para coches cuando ella salía a hacer la compra. Un día vio que el coche salía y dejó las herramientas y caminó por el bosque y cruzó la línea de su propiedad y entró a su terreno. Caminó por donde había caminado ella. Había muchos árboles, pero más o menos después de veinte metros salió a un parque grande que llevaba a la casa. La primera vez, se detuvo allí, justo en el límite.

La segunda vez, avanzó un poco más.

Para la quinta vez, ya había recorrido toda la propiedad. Había explorado todo. Se había quitado los zapatos y había andado descalzo por la cocina. Ella no cerraba la puerta con llave. Nadie lo hacía, en las afueras. Era una especie de distintivo. "Nunca cerramos la puerta con llave", decían todos, con una risita.

Muy tonto por su parte.

Wolfe terminó la conexión de la caldera en el sótano y empezó con el primer piso. Todos los días se llevaba el almuerzo a las piedras gemelas. Un sábado de horas extra vio a la mujer y al marido juntos. Estaban en el parque, peleándose. No físicamente. Verbalmente. Se movían por el césped de un lado a otro al calor del sol y Wolfe los miraba por entre las ramas de los árboles como si ellos estuvieran en un escenario bajo una luz estroboscópica. Como en una discoteca. Rápidas poses secuenciales de enfado y dolor. El tío era un tarado, sin duda. Era totalmente insensato, según la opinión de Wolfe. Mientras más se enfadaba él, más encantadora parecía ella. Como un mártir en la vidriera de una iglesia. Herido, vulnerable, noble.

Y ahí el tarado le pegó.

Una especie de tortazo más bien afeminado. Prueba a hacer eso donde vivía Wolfe y tu oponente se te reiría en la cara durante un minuto antes de molerte a golpes. Pero en esa mujer funcionó lo suficientemente bien. El tarado era alto y tenía unos kilos de más y cargó el golpe con una cantidad suficiente de su masa torpe como para que ella saliera volando y cayera de espaldas en el césped. Se sentó, anonadada. Incrédula. Tenía una marca roja en la mejilla. Empezó a llorar. No con lágrimas de dolor. Ni siquiera con lágrimas de enfado. Simplemente con lágrimas de pura tristeza desgarradora por el hecho de que por más grandiosas que fueran las cosas que le había prometido la vida, todo había quedado reducido a que la sentaran de un golpe en su propio jardín, con cuatro dedos y un pulgar estampados en la cara.

Poco después de eso fue el fin de semana del 4 de Julio y Wolfe se quedó en su casa durante cuatro días.

Cuando la Dodge Caravan lo llevó de nuevo hasta ahí vio pasar por la ruta varios coches de la policía local. Probablemente venían de la casa de la mujer. No tenían las balizas encendidas. Los miró dos veces y empezó a trabajar. Segundo piso, tres circuitos de luces. Enchufes con interruptor y lámparas en los techos. Apliques de pared en los baños. Pero el ruido del taladro debió haberle hecho saber a la mujer que estaba ahí, porque fue a verlo. De hecho, era la primera vez que posaba sus ojos en él. Hasta donde él sabía. Sin duda era la primera vez que hablaban.

Se acercó haciendo crujir la grava bajo sus pies y se asomó por la placa de madera enchapada que hacía las veces de puerta principal

y gritó:

—Hola.

Wolfe la escuchó por encima del zumbido del taladro y bajó ruidosamente las escaleras. Ella había entrado al recibidor. La luz le llegaba desde atrás. Le formaba una aureola alrededor del pelo. Tenía puesto unos vaqueros viejos y una camiseta. Era una visión preciosa.

—Disculpa que te moleste —dijo ella.

Su voz era como la caricia de un ángel.

—No es ninguna molestia —dijo Wolfe.

—Mi marido ha desaparecido —dijo ella.

—¿Desaparecido? —dijo Wolfe.

—No ha venido a casa en todo el fin de semana y hoy no se ha presentado en el trabajo.

Wolfe no dijo nada.

—Va a venir a verte la policía —dijo la mujer—. He venido a pedirte disculpas por adelantado. Eso es todo, en realidad.

Pero Wolfe pudo ver que no era todo.

—¿Por qué la policía vendría a verme a mí? —preguntó.

—Creo que es lo que tienen que hacer. Creo que así es como hacen las cosas. Probablemente quieran saber si has visto algo. O si has escuchado alguna… pelea.

La manera en que dijo pelea fue en realidad una pregunta, en tiempo real, de ella a él, no solo una predicción de lo que le podían llegar a preguntar los policías en el futuro. Más bien como un ¿has escuchado la pelea? ¿Sí? ¿O no?

—Me llamo Wolfe —dijo Wolfe—. Encantado.

—Yo me llamo Mary —dijo la mujer—. Mary Lovell.

Lovell. Como amor, *love,* pero con dos letras más.

—¿Has escuchado algo?

—No —dijo Wolfe—. Solo estoy trabajando. Y yo mismo ya hago bastante ruido.

—Es que la policía está siendo un poco… distante. Yo sé que si la que desaparece es la esposa, la policía siempre sospecha del marido. Hasta que algo demuestre lo contrario. Me pregunto si se estarán preguntando más o menos lo mismo, pero en la dirección opuesta.

Wolfe no dijo nada.

—Sobre todo si ha habido alguna pelea —dijo Mary Lovell.

—Yo no he escuchado nada —dijo Wolfe.

—Sobre todo si la esposa no está muy afligida.

—¿No estás afligida?

—Estoy un poco triste. Triste de que esto me ponga contenta.

En efecto, la policía pasó por allí unas dos horas más tarde. Dos agentes. Policías del pueblo, de uniforme. Wolfe supuso que el departamento no debía ser lo suficientemente grande como para tener detectives. Los policías se dirigieron a él de manera amable y le contaron una historia larga e inconexa que básicamente recapitulaba los cotilleos locales. Marido y mujer en malos términos, siempre peleándose, famosos por eso. Le dijeron de manera honesta y de hombre a hombre que si hubiese desaparecido la mujer, habrían tenido serias preguntas para plantearle al marido. En la otra dirección era algo poco común pero no inédito y, francamente, el pueblo estaba lleno de rumores. Por lo que, preguntaron, ¿el señor

Wolfe tendría alguna información como para aclarar un poco el asunto?

No, dijo el señor Wolfe, él no tenía ninguna información.

—¿Nunca los ha visto? —preguntó el primer policía.

—Supongo que a ella la he visto —dijo Wolfe—. De vez en cuando, en su coche. Por lo menos, supongo que era ella. La dirección era la correcta.

—¿Un Volvo verde?

—Eso mismo.

—¿A él nunca lo ha visto? —preguntó el segundo policía.

—Nunca —dijo Wolfe—. Estoy trabajando, nada más.

—¿Alguna vez ha escuchado algo?

—¿Como qué?

—Como peleas, o altercados.

—Nada.

—Estamos hablando de alguien que aparentemente dejó atrás una buena carrera en la ciudad —dijo el primer policía—. Y eso no es lo que hace la gente. Lo que hacen es contratar a un abogado.

—¿Qué quieren que les diga?

—Es un comentario.

—¿Un comentario de qué?

—La parte de atrás del Volvo tiene más de dos metros de largo, los asientos se bajan.

—¿Y entonces?

—Podría ser de ayuda escucharlo decir que no miró de casualidad por la ventana y vio pasar el Volvo con algo de más o menos un metro noventa de largo, envuelto quizás en una alfombra o en una cubierta de plástico.

—No miré de casualidad por la ventana y no vi pasar nada.

—Se sabe que ella lo amenazó. Él también a ella. Es lo que le decimos, si hubiese desaparecido ella, lo estaríamos investigando a él, sin ninguna duda.

Wolfe no dijo nada.

—Por lo que tenemos que investigarla a ella —dijo el policía—. Tenemos que estar atentos a la cuestión de la igualdad. Estamos obligados.

El policía miró a Wolfe una última vez, de trabajador a trabajador, apelando a la solidaridad de clase, esperando que le diera alguna pista.

Pero lo único que Wolfe dijo fue:

—Vengo a trabajar. No veo cosas.

Wolfe vio pasar coches de policía de un lado para otro durante todo el día. Esa noche no volvió a su casa. Dejó que la Dodge Caravan se fuera sin él y fue a casa de Mary Lovell.

—He venido a ver cómo estabas —dijo él.

—Creen que lo he matado yo —dijo ella.

Lo hizo pasar a la cocina en la que él ya había estado.

—Tienen testigos que me escucharon hacer amenazas —dijo ella —. Pero eran intrascendentes. Cosas que una dice cuando se pelea.

—Todo el mundo dice ese tipo de cosas —dijo Wolfe.

—Pero lo que realmente les preocupa es su trabajo. Dicen que nadie abandona simplemente un trabajo como ese. Y tienen razón. Y si alguien lo hiciera, usaría una tarjeta de crédito para pagar un billete de avión o un hotel. Y él no lo hizo. ¿Qué está haciendo?

¿Pagando en efectivo en un hotel barato en algún lugar? ¿Por qué lo haría? Están insistiendo con eso.

Wolfe no dijo nada.

Mary Lovell dijo:

—Ha desaparecido. Así sin más. Es imposible de explicar.

Wolfe no dijo nada.

Mary Lovell dijo:

—Yo también sospecharía. Realmente.

—¿Hay algún arma en casa? —preguntó Wolfe.

—No —dijo Mary.

—¿Los cuchillos de cocina están todos en su sitio?

—Sí.

—¿Y cómo creen que lo has matado?

—No me lo han dicho.

—No tienen nada —dijo Wolfe.

Después se quedó callado.

—¿Qué? —dijo Mary.

—Lo vi pegarte —dijo Wolfe.

—¿Cuándo?

—Antes del puente. Yo estaba en el bosque, vosotros en el parque.

—¿Nos estabas espiando?

—Te estaba mirando a ti. Es diferente.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—No.

—¿Por qué no?

—Primero quería hablar contigo.

—¿De qué?

—Quería hacerte una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Lo has matado?

Hubo una mínima pausa, que apenas se notó, y después Mary Lovell dijo:

—No.

Empezó esa noche. Se sentían dos conspiradores. Mary Lovell era la clase de bohemia vanguardista suburbana que no se iba a permitir descartar así sin más a un electricista del Bronx. Y Wolfe no tenía nada en contra de las mujeres de clase alta. Nada de nada.

Wolfe nunca volvió a su casa. Los primeros tres meses fueron duros. Adoptar un nuevo amante cinco días después de que su marido fuera visto por última vez hizo que las cosas fueran aún peor para Mary Lovell. Obviamente. Mucho peor. Los rumores empezaron a correr a toda velocidad y los policías no paraban de molestarla. Pero lo superó. A la noche, con Wolfe, estaba bien. La semillita de duda que ella sabía que él debía tener la mantenía unida a Wolfe. Él nunca lo mencionó. En ningún momento dejó de mostrarse leal. Eso la hacía sentirse comprometida con él, incondicionalmente, como un hecho de la vida. Como si fuera una princesa y hubiese estado prometida a alguien desde su nacimiento. Que Wolfe le gustara hacía que todo fuera aún mejor.

Después de tres meses la policía pasó mentalmente a otra cosa. El expediente del marido de la familia Lovell empezó a coger polvo como un caso sin resolver. Los rumores cesaron. En un año era agua pasada. Mary y Wolfe se llevaban bien. La vida era buena. Wolfe se estableció como contratista independiente. Trabajaba para los promotores inmobiliarios locales con una camioneta que le compró Mary. Ella hacía el papeleo.

La relación se agrió antes de su tercera Navidad. Finalmente Mary se admitió a sí misma que más allá del atractivo bohemio, su electricista del Bronx era un poco… aburrido. No conocía ni sabía nada. Y su familia era una manada de animales salvajes. Y el hecho de que ella estuviera unida a él por la semillita de duda que él debía tener en la mente se volvió una fuente de resentimiento, no de encanto. Empezó a sentir que lejos de ser cómplices clandestinos ahora eran compañeros de celda en una prisión construida por su marido, al que ya había olvidado hacía tiempo.

Por su parte, Wolfe estaba cada vez más irritado con ella. Era tan malditamente presumida con todo. Tan engreída, tan superior. No le gustaba el béisbol. Y decía que incluso si le gustara, no seguiría a los Yankees. Que lo único que hacían era comprar todo. ¿Y acaso ella no?

Wolfe empezó a simpatizar vagamente con el marido hacía tiempo olvidado. Una vez repasó mentalmente el tortazo en el parque. El movimiento del brazo del tipo, el arco de su mano. Se imaginó la ráfaga en la palma de su propia mano y el pinchazo agudo que sentiría al hacer contacto.

Quizás se lo había merecido.

Una vez cara a cara en la cocina se encontró con su propio brazo moviéndose de la misma manera. Lo controló a muy pocos centímetros. Mary nunca se dio cuenta. Quizás ella también se estaba preparando para pegarle a él. Parecía ser tan solo una cuestión de tiempo.

Todo se derrumbó en la tercera Navidad. O para ser más precisos, como consecuencia de la tercera Navidad. La celebración en sí misma estuvo bien. En el límite. Después ella se puso quisquillosa. Como de costumbre. En el Bronx la gente se divertía y después tiraba el árbol a la calle. Pero ella siempre esperaba hasta el 6 de enero y plantaba el árbol en el jardín.

—Es una pena echar a perder algo que está vivo —decía.

Los árboles que le hacía comprar tenían raíces. Wolfe nunca antes había visto un árbol de Navidad con raíces. Para él, estaba todo mal. Eso daba muestras de previsión, y de preocupación por el largo plazo, y de una suerte de autojustificación movida por la culpa. Como si uno tuviese permitido divertirse solo si después hacía lo que correspondía. No era así en el mundo de Wolfe. En el mundo de Wolfe, divertirse era divertirse. No había antes, y no había después.

Plantar un árbol para ella era algo gracioso. Para él era una hora de excavar rompiéndose el lomo en medio del frío invernal.

Discutieron por ese tema, por supuesto. Una discusión larga, a gritos y fuerte. En pocos segundos ya todo era cuestión de clase y educación y cultura. Se insultaron con furia. El ambiente se puso tenso. Siguieron hasta que estuvieron físicamente demasiado cansados como para seguir. Wolfe se quedó muy alterado. Le había tocado una fibra. Le había tocado algo esencial: ninguna mujer

debería hablarle así a un hombre. Él sabía que era un sentimiento muy poco noble. Sabía que estaba mal, que era algo de otra época, demasiado tradicional para explicarlo con palabras.

Pero él era lo que era.

La miró y en ese mismo momento supo que la odiaba.

Fue a buscar los guantes y se envolvió en su cazadora de invierno y agarró de una rama el árbol y lo tiró por la puerta de atrás. Hizo un desvío pasando por el garaje y cogió una pala. Llevó el árbol a rastras hasta uno de los extremos del parque, bajo la sombra de un arce gigante, donde había poca nieve y el maldito árbol de Navidad moriría seguro. Despejó con el pie toda la nieve y la hojarasca y clavó la pala en la tierra. Fue tirando los terrones en dirección al bosque. Cortó raíces de arce con golpes violentos. Después de diez minutos el sudor le caía por la espalda. Después de quince minutos el pozo tenía más de medio metro de hondo.

Después de veinte minutos vio el primer hueso.

Se arrodilló. Quitó la tierra con las manos. Era de un blanco sucio, largo, con la forma de esos huesos que les dan a los perros en los dibujos animados. Tenía ligamentos secos adheridos y restos de tela de algodón podrida alrededor.

Wolfe se puso de pie. Se dio la vuelta despacio y miró la casa. Fue hacia allí. Se detuvo en la cocina. Abrió la boca.

—¿Vienes a pedirme disculpas? —dijo Mary.

Wolfe se dio la vuelta. Levantó el teléfono.

Marcó el 911.

La oficina local se comunicó con la policía estatal. A Mary la mantuvieron en una especie de arresto domiciliario no oficial en la cocina hasta que terminaron con la excavación. Apareció un teniente de la policía estatal con una orden de registro. Uno de sus muchachos corrió una cómoda vieja que estaba contra la pared del garaje y detrás encontró un martillo. Una herramienta de carpintería. Todavía tenía restos de sangre seca y pelo viejo. Lo pusieron en una bolsa transparente y lo llevaron al jardín. El perfil de la cabeza coincidía exactamente con el agujero del cráneo que encontraron en el pozo.

En ese momento Mary Lovell fue detenida por el asesinato de su marido.

A partir de ahí se encargó la ciencia. Las pruebas dentales, de sangre y de ADN confirmaron que los restos eran los del marido. No había ninguna duda. La sangre y el pelo que estaban en el martillo también eran del marido. Tampoco hubo ninguna duda respecto a eso. En el mango del martillo se encontraron las huellas dactilares de Mary. Veintitrés coincidencias de puntos característicos, más que suficiente para la policía local, la estatal y el FBI juntos.

A partir de ahí se encargaron los abogados. Al fiscal del distrito le encantó el caso. Mandar a la cárcel a una mujer blanca de clase media demostraría su ecuanimidad. Mary contrató a un abogado, el amigo de un amigo. Era bueno, pero se vio superado. No por el fiscal de distrito. Por la contundencia de las pruebas. Mary quería

declararse inocente, pero él la convenció de que aceptara los cargos por homicidio involuntario. Turbación emocional, pérdida temporal de la razón, arrepentimiento eterno y remordimiento. Por lo que un día de finales de primavera Wolfe se sentó en la corte y vio cómo la condenaban a un mínimo de diez años de prisión. Ella lo miró solo una vez durante todo el juicio.

Después Wolfe volvió a la casa de ella.

Vivió ahí, solo, durante muchos años. Siguió trabajando y él mismo hacía el papeleo. Llegó a apreciar realmente la soledad y el silencio. A veces iba en la camioneta a ver los partidos al estadio de los Yankees, pero cuando el aparcamiento llegó a veinte dólares decidió que sus días del Bronx habían terminado. Se compró una televisión de pantalla grande. Él mismo se instaló el cable, por supuesto. Empezó a ver los partidos en su casa. A veces después del último *out* se quedaba sentado en la oscuridad y repasaba mentalmente el caso. Policías, abogados, por docenas. Entre unos y otros habían hecho un trabajo bastante minucioso.

Pero habían pasado por alto dos cosas fundamentales.

Uno: con sus manos blancas y delicadas, ¿cómo podía Mary Lovell estar acostumbrada a manejar palas y martillos? ¿Por qué la policía local al comienzo de todo no había visto marcas y ampollas rojas en las palmas de sus manos?

Y dos: ¿cómo supo Wolfe dónde empezar a excavar exactamente el pozo para ese maldito árbol de Navidad? Justo después de la pelea. ¿No se supone que los policías detestan las coincidencias?

Pero en términos generales a Wolfe le pareció que estaba bastante seguro.

COMPLETAMENTE NORMAL

En 1954, el Departamento de Policía de San Francisco era tan bueno o tan malo como cualquier otra fuerza de seguridad urbana del país. Lo cual quiere decir que era una mezcla. Era en parte noble, en parte diligente, en parte obediente de mala gana, en parte perezoso y defensivo, en parte absurdamente corrupto, y abusivo, y violento. En otras palabras, era completamente normal. Incluso en todo lo que respecta al alcance de sus recursos. Ahora parecen lamentablemente escasos. En esa época eran todo lo que había. Máquinas de escribir mecánicas y papel carbón, expedientes en cajas de cartón y teléfonos de disco, firmes y orgullosos sobre escritorios metálicos fabricados con excedentes de la guerra.

Obviamente no había ordenadores. No había bases de datos. No había buscadores. No había palabras clave ni metadatos. No había identificación automática. Lo único que había eran hombres en una oficina. Con memorias falibles. Algunos bebían. La mayoría, de hecho. Otros hacían más esfuerzo para olvidar que para recordar. Eran tiempos así. El resultado era que cada delito corría el riesgo de quedar aislado, como un caso totalmente independiente. Las conexiones y las alertas y las resonancias con crímenes anteriores corrían el peligro de pasar inadvertidas.

Todos los departamentos de policía estaban en el mismo barco. No solo el de San Francisco. Todos desarrollaron la misma solución de facto. De manera separada e independiente, tanteando a ciegas,

pero todos terminaron en el mismo lugar. El encargado del archivo se convirtió en la fuente de toda sabiduría. Por lo general era un viejo veterano canoso, a veces confinado a un escritorio por haber recibido alguna herida de bala o una buena paliza, al frente de un emporio subterráneo lleno de viejas carpetas polvorientas y de viejas cajas repletas colocadas en estanterías. Por lo general hacía muchos años que estaba allí. Por lo general charlaba y cotilleaba y recordaba cosas. A veces conocía a alguien que conocía a alguien, en otra parte de la ciudad. Se convertía en una base de datos, con todas sus posibles imperfecciones, y todas esas personas que conocían a otras personas se convertían en una red, por más parcial e irregular que fuera. Tecnología de la información basada en carbono. No en silicona. Era lo que había. Lo mismo en todos lados.

Salvo que en una comisaría de San Francisco el encargado del archivo no era un viejo veterano canoso. Era un novato inadaptado que se llamaba Walter Kleb. En esa época todavía era muy joven. Era tímido y torpe y tenía maneras raras. No tartamudeaba pero a veces tenía que probar mentalmente una frase entera, quizás incluso tenía que ensayarla moviendo los labios, antes de poder decirla en voz alta. Era visto como alguien raro. Sin duda, retrasado. Con un tornillo flojo. Loco, chiflado, psicópata, espástico, trastornado, esquizofrénico, bicho raro. En 1954 no había un vocabulario mucho mejor para esas cosas. Le costó pasar la academia. Era una desgracia en la mayoría de las cosas, pero sus notas en los exámenes eran altísimas. Nunca antes vistas. Nadie podía encontrar la manera de sacárselo de encima. Finalmente recibió una asignación.

Apareció con un uniforme excesivamente almidonado y muy grande de cuello. Daba vergüenza. Llegó al archivo en tiempo récord. Sin una larga carrera previa. Sin heridas de bala ni una buena paliza. Pero él era feliz en el sótano. Estaba solo la mayor parte del tiempo. Sin nada más que hacer que leer y aprender y ordenar por orden alfabético y por fechas. Ocasionalmente algunos lo iban a ver, y se mostraban más atentos de lo normal, y más amables, porque querían algo. Devolver un expediente, o retirar un expediente, quizás sin que nadie lo supiera, o encontrar algo que se había perdido de manera accidental, o perder algo que alguien había encontrado de manera involuntaria.

Lo que nadie hacía era hacerle preguntas de bases de datos. ¿Por qué lo harían? ¿Cómo podía llegar a saber algo un novato retrasado que hacía apenas cinco minutos que había llegado allí? Lo cual era una lástima, pensaba Kleb, porque él sabía cosas. Las lecturas y el aprendizaje estaban dando resultados. Es cierto, él no tenía ninguna red de personas que conocían a personas. Esa era una carencia. No era alguien que podía llamar a un viejo veterano canoso del distrito de al lado y cotillear durante veinte minutos hablando por teléfono. O alguien que pudiera pedir un favor. O hacer un favor. No era para nada esa clase de persona. Pero era alguien que hacía listas, le gustaban las conexiones y disfrutaba con las anomalías. Creía que deberían haberle preguntado cosas. Claro está que nunca hablaba él primero. Bueno, salvo una vez. A finales de enero. Y mirad lo que pasó después de eso.

Un detective que se llamaba Cleary bajó y pidió un expediente de hacía casi un año. Kleb conocía ese expediente. Lo había leído. Era un homicidio sin resolver. Se creía que tenía alguna conexión

política. Posiblemente a nivel de agentes secretos. Había ciertos factores interesantes.

—¿Ha habido alguna novedad en el caso? —preguntó Kleb.

Cleary puso cara de haber sido abofeteado. Al principio Kleb pensó abofeteado no como por un insulto, sino como si estuviera sorprendido de que el retrasado hablara, y mostrara cierto grado de consciencia, e hiciera una pregunta. Después se dio cuenta de que no, abofeteado como si algo lo hubiera sacudido bruscamente de un pensamiento a otro. Cleary tenía la cabeza en otra parte. No había estado pensando en alguna novedad en el caso viejo. El único motivo por el cual quería el expediente era por lo tanto un caso nuevo. Con similitudes, posiblemente.

Al final Cleary cogió el expediente y se fue sin decir ni una palabra. Kleb se vio obligado a reconstruir el contenido mentalmente. Homicidio por disparo con arma de fuego, aparentemente a mucha distancia. La víctima era un inmigrante de la Unión Soviética. Se creía que era o bien un comunista reformado al que un comunista activo había asesinado a modo de castigo, o que en verdad no se había reformado y era un agente inactivo, al que había eliminado una oscura organización con una indemostrable oficina en el anillo interno del Pentágono. En 1954 cualquiera de las dos teorías era totalmente plausible.

Como siempre a la hora del almuerzo Kleb se sentó solo, pero ese día una mesa más cerca de todo el mundo, para oír mejor lo que estaban diciendo. El caso nuevo era un enigma. Un inmigrante soviético al que le habían disparado desde lejos con un rifle. Nadie sabía por qué. Probablemente era un espía. Después alguien dijo que no, que según la información extraoficial que llegaba del

Departamento de Estado no había nada sensible en este asunto. Por lo que no había ningún espía implicado. Solo gente normal, haciendo lo que sea que hiciera la gente normal, con rifles de caza en el Golden Gate Park.

Kleb volvió al sótano y se volvió a meter en su cabeza. Leyó todo el primer expediente de nuevo. Corroboró todos los detalles. Sopesó todos los aspectos. La fecha del crimen, 31 de enero de 1953, exactamente 361 días antes, la ubicación, también el Golden Gate Park, a una hora solitaria del día, con pocos testigos potenciales, con cero testigos presenciales. Los fragmentos de bala sugerían un cartucho de rifle de calibre medio y de alta velocidad. Se pensaba que el lugar desde donde se había disparado era un trozo de tierra removida detrás de un árbol a quinientos metros de distancia.

Cleary volvió a primera hora de la tarde.

—Me has hecho una pregunta —dijo.

Kleb asintió, pero no habló.

—Sabías que era un caso sin resolver —dijo Cleary.

De nuevo Kleb asintió, pero no habló.

—Has leído el expediente.

—Sí —dijo Kleb.

—Lees todos los expedientes.

—Sí —dijo Kleb de nuevo.

—¿Tenemos algún otro parecido a este?

Una pregunta de base de datos.

La primera que le hacían.

—No —dijo Kleb.

—Qué pena.

—Pero los dos casos se parecen mucho.

—Por eso esperaba que hubiera un tercero.

—Yo creo que la distancia de quinientos metros es importante —dijo Kleb.

—¿Ahora eres detective?

—No, pero percibo patrones. Ha habido muchos homicidios con armas de fuego en el parque. Casi todos han sido desde distancias muy cortas. Es más fácil acercarse a alguien en algún camino sinuoso. Disparar con un rifle desde muy lejos es una anomalía. Estaría sugiriendo una fuerte preferencia. O alguna familiaridad. O posiblemente entrenamiento. Quizás esa sea la única manera en la que hubiera podido saber cómo hacerlo.

—¿Crees que es exmilitar?

—Creo que es probable.

—Yo pienso lo mismo, Einstein. Entre la Segunda Guerra Mundial y Corea, la mitad de la población es exmilitar. Eso cubriría todo el arco que va desde un vagabundo que vive debajo de un puente hasta los hombres importantes que trabajan en el Pentágono. El presidente de Estados Unidos es exmilitar. Exmilitar no nos lleva a ningún lado. Sigue pensando, genio. Para eso es para lo que sirves.

—¿Hay alguna conexión entre las víctimas?

—¿Más allá de ser comunistas? —dijo Cleary.

—¿Eran comunistas?

—Decían que no. En algunas ocasiones hablaron en contra del comunismo. No tienen nada más en común. Nunca se encontraron y hasta donde sabemos ninguno estaba al tanto de la existencia del otro.

—Así es como se vería, si hubiesen sido espías.

—Exactamente —dijo Cleary.

—También se vería así si no hubiesen sido espías.

—Por lo que esta línea de investigación tampoco nos lleva a ninguna parte. Sigue pensando, cerebrito.

—¿Cómo describirías la situación de ser un inmigrante soviético y un comunista reformado?

—¿Cómo lo describiría? —dijo Cleary—. Como algo inteligente.

—Pero difícil —dijo Kleb—. ¿No lo crees? Tendrías que esforzarte constantemente. Se esperaría que lo reafirmaras con cierta frecuencia. Como tú dijiste, en algunas ocasiones hablaban en contra del comunismo. Debían haber adquirido un pequeño grado de fama local.

—¿Eso importa?

—Me preguntaba cómo habrá sido que la persona que disparó supo que eran rusos, estando a quinientos metros de distancia.

—Quizás que fueran rusos fue una coincidencia. Quizás eran solo dos personas que estaban paseando por el parque. Víctimas por conveniencia.

—No es una nacionalidad muy común en estos lugares. Las probabilidades son muy bajas. Pero sin duda es posible. Aunque siento que no debería ser así. Es casi una disquisición filosófica.

—¿El qué?

Kleb probó la frase en su mente, y después moviendo los labios. Cuando habló en voz alta dijo:

—Hay una segunda cuestión que podría ser una coincidencia o no. ¿Es una coincidencia demasiado grande que dos cosas distintas puedan ser coincidencias o no? ¿O las tres cosas se refuerzan entre sí y hacen que sea más probable que el indicio sea verdadero en vez de falso? Es un asunto existencial.

—Habla en inglés, lunático.

—Yo creo que las fechas podrían llegar a ser importantes. Podrían explicar el hecho de que las víctimas fueran rusos. O no, por supuesto, si todo no es más que una gran coincidencia. De ser así mi teoría se desmorona como un castillo de naipes.

—¿Qué fechas?

—Las fechas de los homicidios. 31 de enero de 1953 y hoy, que es 27 de enero de 1954.

—¿Qué tienen en común?

Kleb probó otra frase en su mente, y moviendo los labios. Era una frase larga. Sintió que estaba bien. Cuando habló en voz alta dijo:

—Creo que deberían buscar a un ciudadano alemán de entre treinta y cuarenta años. Casi seguro residente de esta localidad. Casi seguro exprisionero de guerra, retenido en Kansas o en Iowa o en algún lugar. Casi seguro soldado de infantería, probablemente francotirador. Casi seguro se casó con una chica norteamericana y se quedó a vivir aquí. Pero nunca abandonó su fe. Nunca dejó de creer. Ciertas cosas lo hacen sentir mal. Como el 31 de enero de 1953.

—¿Por qué motivo?

—Fue el décimo aniversario de la rendición final de los alemanes en Stalingrado. 31 de enero de 1943. Su primera derrota. Catastrófica. Fue el principio del fin. Nuestro creyente quería vengarse. Encontró a un rojo en el barrio. Quizás lo había escuchado hablar en la sede de la Legión Estadounidense. Le disparó en el parque.

—La fecha podría ser tan solo una coincidencia.

—Entonces hoy también tendría que ser una coincidencia. Eso es lo que estoy tratando de dilucidar. ¿El hecho de que las dos fechas

podrían ser importantes implica que tienen que ser importantes?

—¿Qué es hoy?

—El décimo aniversario del día en que se levantó el sitio de Leningrado. Otra retirada catastrófica para los alemanes. Otro enorme fracaso simbólico. Stalin, Lenin. Sus ciudades sobrevivieron. A nuestro creyente no le gustó.

—¿Cuántos aniversarios más tenemos en los próximos días?

—Muchos y muy seguidos —dijo Kleb—. De allí en adelante fue el Armagedón. El 2 de mayo del año que viene va a ser el aniversario del día en que cayó Berlín.

Cleary se quedó un rato callado.

Después guiñó un ojo.

—Sigue pensando, chico listo. Para eso es para lo que eres bueno —dijo.

Y después se fue.

En las últimas horas del día siguiente Kleb escuchó que Cleary repentinamente había ordenado un cambio de rumbo en la investigación, que dio buenos resultados casi enseguida. Llevaron a cabo una detención casi de inmediato. Un ciudadano alemán, de treinta y cuatro años, residente de la localidad, exprisionero de guerra que había sido retenido en Kansas, previamente francotirador en un regimiento de elite, ahora casado con una mujer nacida en Kansas y domiciliado en California. Cleary recibió una medalla y una distinción y salió su nombre en el periódico. Jamás mencionó la ayuda que le brindó Kleb. Ni siquiera se lo mencionó al mismo Kleb. Lo cual resultó ser representativo. Kleb trabajó cuarenta y seis años en ese sótano, tímido, torpe, con maneras raras, ampliamente ignorado, ampliamente evitado, y de acuerdo con sus propios

cálculos objetivos habiendo proporcionado ayuda material en cuarenta y siete casos distintos. Una media apenas por encima de más de un caso por año. Nunca se lo agradecieron y nunca recibió ningún reconocimiento. Se jubiló sin ningún regalo y sin ningún discurso y sin ninguna fiesta de despedida, pero así y todo fue un día feliz para él, porque era el aniversario de la llegada del hombre a la luna, lo cual quería decir que, mismo día, otro año, también era el aniversario del primer vehículo en Marte. Que era la clase de conexiones que a él le gustaban.

LA SOLUCIÓN CALIBRE .50

La mayoría de las veces evalúo al cliente y después al objetivo y justo entonces decido el precio. Es una cuestión de sentido común y variables. Si el cliente es rico, pido más dinero. Si el objetivo es difícil, pido más dinero. Si hay que incurrir en gastos importantes, pido más dinero. Así que si tengo que trabajar fuera del país contratado por un multimillonario para buscar a un tío que está escondido en un lugar muy apartado y que cuenta con un equipo de seguridad competente, probablemente pida cien veces más de lo que le pediría a una chica local que quiere resolver sus problemas maritales de manera rápida y sucia. Variables, y sentido común.

Pero esa vez la negociación empezó de otra manera.

El hombre que vino a verme era rico. Eso estaba claro. La riqueza le salía por los poros. No era solo su ropa. No era solo su coche. Estamos hablando de un hombre que había sido rico desde siempre. Quizás desde hacía muchas generaciones. Era alto y canoso y seguro de sí mismo. Era un patricio. Se veía inmediatamente en su manera de proceder, en su manera de hablar, en su manera de hacer las cosas.

Lo primero de lo que habló fue de la elección del arma.

—Entiendo que ha utilizado un Barrett Modelo Noventa en más de una ocasión —dijo.

—Entiende bien —dije yo.

—¿Le gusta esa pieza?

—Es un buen fusil.

—Entonces lo usará para mí.

—El arma la elijo yo —dije.

—¿En qué se basa la elección?

—En la necesidad.

—La necesitará.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Mucha distancia?

—Aproximadamente unos doscientos metros.

—No necesito un Barrett Noventa para disparar desde doscientos metros.

—Es lo que yo deseo.

—¿El objetivo tendrá puesto algún tipo de armadura o chaleco antibalas?

—No.

—¿Estará dentro de un vehículo?

—Estará al aire libre.

—Entonces utilizaré un tres cero ocho. O algo europeo.

—Quiero que use ese cartucho calibre cincuenta.

—Un tres cero ocho o un cartucho OTAN lo van a dejar igual de muerto desde doscientos metros de distancia.

—Quizás no.

Con solo mirarlo me quedó bastante claro que era alguien que jamás en su vida había disparado un Barrett .50. O un Remington .308. O un M16, o un FN, o un Heckler & Koch. O el fusil que sea. Probablemente nunca había ni siquiera disparado, más allá de una pistola de aire comprimido siendo todavía un niño.

—El Barrett es un arma incómoda —dije—. Mide un metro veinte de largo y no se desmonta. Pesa diez kilos. Tiene bípode, por el

amor de Dios. Es como una pieza de artillería. Es difícil de esconder. Y hace mucho ruido. Quizás sea el fusil más ruidoso de la historia del mundo.

—Me gusta ese cartucho calibre cincuenta —dijo.

—Yo le daré uno —dije—. Lo puede bañar en oro y ponerle una cadena y llevarlo colgado del cuello.

—Quiero que use ese cartucho.

Después empecé a pensar que quizás el tipo era una especie de sádico. El calibre .50 es una fracción decimal, solo otra forma de decir media pulgada. Una bala de plomo de media pulgada de diámetro es muy grande. Pesa más o menos sesenta gramos, y cualquier carga decente la dispara a tres mil kilómetros por hora. Podría alcanzar y derribar a un avión de combate supersónico. A una persona a doscientos metros de distancia, la partiría en dos. Sería como obligar al tipo a que se tragara una bomba y hacerla estallar.

—Usted quiere montar un espectáculo —dije—. Podría usar un cuchillo. Ya sabe, si quiere enviar un mensaje.

—Esa no es la cuestión —dijo—. No se trata de enviar un mensaje. Se trata de conseguir el resultado que estoy buscando.

—No puede ser —dije—. Desde doscientos metros de distancia puedo ofrecerle resultados con cualquier cosa. Algo corto con culata rebatible, después puedo salir de allí andando con el fusil escondido debajo del abrigo. O lo puedo hacer tirándole una piedra.

—Quiero que use el Barrett.

—Es caro —dije—. Tendría que abandonar el fusil allí. Lo cual implica pagar una fortuna para conseguir uno que no se pueda rastrear. Solo de artillería costará más que un coche importado. Incluso antes de que hablemos de mis honorarios.

—Está bien —dijo, sin dudar ni siquiera un segundo.

—Es ridículo —dije yo.

Él no dijo nada. Yo pensé: *Doscientos metros, sin chaleco antibalas, al aire libre. No tiene ningún sentido.* Así que pregunté.

—¿Quién es el objetivo? —dije.

—Un caballo —dijo.

Me quedé callado durante un momento.

—¿Qué clase de caballo?

—Un pura sangre de carrera.

—¿Usted tiene caballos de carrera? —pregunté.

—Muchos —dijo.

—¿Buenos?

—De los mejores que hay.

—¿Y el objetivo qué es, un rival?

—Es una espina que tengo clavada.

Después de eso, todo tuvo mucho más sentido.

—No soy idiota —dijo el hombre—. He pensado en todo con mucho detalle. Tiene que parecer un accidente. No podemos sencillamente matar al caballo de un tiro en la cabeza. Sería demasiado obvio. Tiene que parecer que el verdadero objetivo era el propietario, pero que fallaste el disparo y el caballo fue un daño colateral. Por lo que el disparo no puede parecer un impacto preciso. Tiene que parecer accidental. En el cuello, en el lomo, donde sea. Pero necesito que el caballo muera o que quede para siempre inhabilitado.

—Lo que explica su preferencia por el Barrett —dije.

Él asintió. Yo también. Un pura sangre pesa alrededor de media tonelada. Un cartucho calibre .308 o uno OTAN disparado al azar al

centro de masa podrían no llevar a cabo la tarea. No en cuanto a que el caballo muera o quede para siempre inhabilitado. Pero una bala grande de calibre .50 casi sin duda cumpliría con el cometido. Incluso si uno pesa media tonelada, es bastante difícil seguir andando con un agujero del tamaño de un cubo de basura en alguna parte del cuerpo.

—¿De quién es el caballo? —pregunté—. ¿Es alguien que pueda ser un objetivo plausible?

El hombre me dijo de quién era el caballo, y coincidimos en que podía ser un objetivo plausible. Rumores, contactos turbios.

—¿Y qué pasa con usted? —dije después—. ¿Ustedes dos son enemigos, de manera personal?

—¿Se refiere al hecho de si alguien podría sospechar que yo he ordenado este golpe fallido?

—Exactamente.

—Para nada —dijo—. No nos conocemos.

—Salvo como dos personas que compiten con sus caballos.

—Hay cientos de personas que compiten con sus caballos.

—Si el caballo de este señor no gana, ¿ganaría un caballo suyo?

—Sin duda eso espero.

—Entonces sí sospecharán de usted.

—No si parece que quisieron matar al hombre, no al caballo.

—¿Cuándo? —pregunté.

Me dijo que en cualquier momento dentro de los cuatro días siguientes.

—¿Dónde? —pregunté.

Me dijo que el caballo estaba en un establecimiento ubicado más al sur. Una zona de caballos, obviamente, campos grandes, pasto

abundante, vallas blancas, colinas sinuosas. Me habló de unos caminos largos que cruzaban el campo, a los que llaman pistas, donde entrenan los caballos poco después del amanecer. Me habló del silencio y de la niebla que se levanta a esa hora. Me dijo que en la semana previa a una carrera importante el dueño del caballo estaría allí cada mañana para evaluar el estado del animal, para deleitarse con su potencia y con su velocidad y con su elegancia y con su apetito. Me habló de unos bosquecitos que había por todas partes y que serían un excelente escondite. Después se quedó callado. Me hizo sentir un poco tonto, pero se lo pregunté de todas formas:

—¿Tiene una foto? ¿Del objetivo?

Sacó un sobre del bolsillo interno del saco. Me lo dio. Dentro del sobre había una foto a color de un caballo, impresa en papel brillante. Parecía estar posando, como para algún tipo de promoción. Como los actores y las actrices, que se hacen retratos con fines publicitarios. Este caballo en particular era un animal magnífico. Alto, reluciente, musculoso, prácticamente negro azabache, con una marca blanca en la cara. Muy bonito.

—Vale —dije.

Después el hombre me hizo su pregunta.

Me preguntó:

—¿Cuánto?

Era una cuestión interesante. Técnicamente solo estábamos confabulando para matar a un caballo. En la mayoría de los estados eso es un delito contra la propiedad. Está muy lejos de un homicidio. Y yo ya tenía un Barrett Noventa que no se podía rastrear. De hecho, tenía tres. Sus números de serie llegaban hasta el Ejército israelí y

allí se detenían. Uno estaba muy usado. Ya estaba para cambiarle el cañón. Iba a ser un arma perfecta para descartar. Disparar en frío con un cañón tan usado no es algo a lo que me habría arriesgado si el objetivo hubiese sido un ser humano, pero disparar desde doscientos metros de distancia a algo del tamaño de un caballo no sería un problema. Si le apuntaba a la parte más gruesa del animal me podía permitir fallar el disparo por más de treinta centímetros.

Al hombre no le dije nada de todo eso, por supuesto. En vez de eso le estuve hablando durante un rato del precio del fusil y del dinero extra que iba a tener que pagar para conseguir papeles que no llevaran a ningún lado. Después empecé a hablar del riesgo, y esperé a ver si me frenaba. Pero no me frenó. El tío estaba obsesionado. Tenía una meta. Quería que ganara su caballo, y ese hecho lo estaba cegando respecto a la realidad, de la misma manera en que algunas personas no pueden sacarse de la cabeza traiciones y adulterios y sociedades comerciales.

Miré la foto de nuevo.

—Cien mil dólares —dije.

No dijo nada.

—En efectivo —dije.

No dijo nada.

—Por adelantado —dije.

Asintió.

—Con una condición —dijo—. Quiero estar presente. Quiero verlo con mis propios ojos.

Lo miré y miré la foto y pensé en cien mil dólares en efectivo.

—Vale —dije—. Puede venir conmigo.

Abrió el maletín que tenía en el suelo al lado de la pierna y sacó un ladrillo de billetes. Tenía el aspecto correcto, y el olor correcto, y el peso correcto. Probablemente en el maletín había más, pero no me importó. Dadas las circunstancias, cien mil dólares era suficiente.

—Pasado mañana —dije.

Acordamos un lugar para encontrarnos, hacia el sur, en zona de caballos, y se fue.

Escondí el dinero donde lo escondo siempre, que es en un baúl de metal que tengo en el trastero que alquilo. Dentro del baúl lo primero que uno ve es un cráneo humano dentro de una bolsa Ziploc. En el espacio en blanco donde se supone que uno tiene que escribir qué es lo que está congelando pone: *Esta persona trató de estafarme.* No es verdad, por supuesto. El cráneo lo conseguí en una casa de antigüedades. Probablemente era un objeto de alguna vieja escuela de medicina del subcontinente indio.

Al lado del baúl del dinero estaba el baúl de las armas. Saqué el Barrett usado y lo revisé. Lo desmonté, lo limpié, lo aceité, lo lustré y después lo monté otra vez usando guantes de látex. Llené un cargador nuevo, todavía con los guantes puestos. Después puse el cargador en el fusil y metí el fusil en una bolsa para palos de golf vieja, con la culata para abajo. Después guardé en el maletero de mi coche la bolsa para palos de golf y la dejé allí.

En mi casa apoyé la foto del caballo sobre la repisa de la chimenea. Me quedé mucho tiempo mirándola.

Me encontré con el hombre en el lugar y a la hora que habíamos acordado. Era un cruce de rutas solitario, cerca de un camino que atravesaba el campo y que llevaba a un bosquecito apartado, una hora antes del amanecer. Hacía frío. El hombre tenía puestos guantes y abrigo, y llevaba unos prismáticos colgando del cuello. Yo también tenía guantes puestos. De látex. Pero no llevaba prismáticos. Tenía una mira Leupold & Stevens en el Barrett, en la bolsa para palos de golf.

Estaba tranquilo, sentía lo que siempre siento cuando estoy a punto de matar algo, que es como decir que casi no sentía nada. Pero mi cliente estaba intranquilo. Estaba temblando con una expectativa de intensidad casi pornográfica. Como un pedófilo en un avión a Tailandia. No me gustó mucho.

Caminamos uno al lado del otro sobre el rocío. El suelo era duro y estaba lleno de pisadas. De ida y de vuelta.

—¿Quién ha estado? —pregunté.

—Informantes de hipódromos —dijo—. Periodistas deportivos, gente que apuesta y anda en busca de alguna información privilegiada.

—Parece Times Square —dije—. No me gusta.

—Hoy no va a pasar nada. Ya nadie viene a buscar aquí. Todos conocen a este caballo. Todos saben que puede ganar con los ojos vendados.

Seguimos caminando en silencio. Llegamos al bosquecito. Tenía forma ovalada, era más estrecho en el extremo norte. Caminamos de un lado para otro hasta encontrar un lugar con una línea directa a través de los troncos. En el cielo se veía la luz del amanecer. A doscientos metros de distancia y un poco en declive había un

terreno de hierba despejado con muchas marcas de neumáticos. En el aire flotaba una fina niebla gris.

—¿Es aquí? —dije.

El hombre asintió.

—Los caballos llegan desde el sur. Los coches llegan desde el oeste. Se encuentran justo allí.

—¿Por qué?

—No hay un verdadero motivo. Es más que nada un ritual. Se felicitan entre sí y hablan de tonterías. El orgullo de ser dueño.

Saqué el Barrett de la bolsa para los palos de golf. Ya había decidido cómo iba a preparar el disparo. No iba a usar bípode. Quería tener el arma baja y suelta. Apoyé una rodilla en el suelo y el cañón del fusil en la horquilla de una rama. Observé por la mira. Corrí el cerrojo y sentí cómo el primer poderoso cartucho calibre .50 entraba con fuerza en la recámara.

—Ahora esperamos —dijo el hombre.

Se quedó de pie junto a mi hombro, más o menos un metro a mi derecha y un metro atrás.

Los coches llegaron primero. Eran SUV, en realidad. Vehículos de trabajo, viejos, llenos de barro y abollados. Un Jeep y dos Land Rover. Se bajaron cinco hombres. Cuatro parecían pobres y uno parecía rico.

—El entrenador, los mozos de cuadra y el dueño —dijo el hombre —. El dueño es el que tiene el abrigo largo.

Los cinco se movían de aquí para allá y el vapor de su aliento formaba remolinos alrededor de sus cabezas.

—Escucha —dijo el hombre.

Escuché algo a lo lejos, a mi izquierda. Hacia el sur. Un tamborileo grave y un sonido como el de un fuelle gigante tosiendo y bombeando. Cascos, y enormes pulmones equinos haciendo circular litros de aire matutino, dulce y fresco.

Me balanceé hacia atrás hasta quedar sentado en el suelo.

—Prepárate —dijo el hombre, desde arriba y detrás de mí.

Había en total diez caballos. Venían en una formación irregular de punta de flecha, frenando, desviándose, sacudiendo las cabezas, exhalando por delante volutas de vapor de un metro de largo y con forma de trompeta.

—¿Qué es esto? —pregunté—. ¿El equipo completo?

—Tropilla —dijo el hombre—. Lo llamamos así. Esta es su tropilla principal completa.

A la luz gris del amanecer y bajo el vapor, para mí todos los caballos parecían exactamente iguales.

Pero no importaba.

—¿Preparado? —me dijo el hombre—. No estarán aquí durante mucho tiempo.

—Abra la boca —le dije.

—¿Qué?

—Abra la boca, bien grande. Como si estuviera bostezando.

—¿Para qué?

—Para igualar la presión. Como en un avión. Ya se lo dije, esta arma hace mucho ruido. Si no abre bien grande la boca le van a reventar los tímpanos. Se quedará sordo durante un mes.

Me di la vuelta y miré. Había abierto la boca, pero como sin ganas, como alguien que está esperando que el dentista vuelva

después de haberse alejado para revisar la ficha.

—No, así —dije.

Le enseñé cómo hacerlo. Abrí la boca todo lo que pude y llevé el mentón bien contra el cuello hasta que sentí que los tendones me tiraban en la mandíbula.

Él hizo lo mismo.

Giré el cañón del Barret y lo levanté rápido, con un movimiento preciso, como un cazador de patos apuntándole al pájaro que acaba de salir volando. Después apreté el gatillo. Le disparé al hombre en el paladar. El fusil gigante resonó y pateó y la tapa del cráneo del hombre explotó como la cáscara de un huevo duro. El cuerpo cayó y se despatarró. Tiré el fusil encima del cuerpo y le quité el zapato derecho. Tiré el zapato al suelo y empecé a correr. Dos minutos después estaba de vuelta en mi coche. Cuatro minutos después ya estaba a dos kilómetros de allí.

Yo había ganado cien mil dólares fáciles, pero el mundo había perdido a un empresario industrial, a un filántropo, a un dueño de caballos de carrera. Eso decían los periódicos del domingo. Se había suicidado. Por lo que había podido reconstruir la policía, estaba totalmente atormentado por el hecho de que su mejor caballo siempre saliera segundo. Había estado espiando cómo entrenaba su rival, con la esperanza quizás de encontrar algún punto débil. No había encontrado nada. Así que de alguna manera había logrado conseguir un fusil de francotirador, cuyo último dueño legal habían sido las Fuerzas de Defensa de Israel. Quizás había planeado matar al caballo rival, pero en el último minuto no había podido hacerlo.

Así que, atormentado y deprimido, había dado la vuelta al fusil, se había puesto el cañón en la boca, se había quitado el zapato y había apretado el gatillo con el dedo gordo del pie. Un agente de policía de una estatura similar había participado en una reconstrucción del hecho para demostrar que era posible hacer algo como eso, incluso con un arma tan larga como el Barrett.

Casi al final del periódico estaban los resultados de las carreras. El gran caballo negro había ganado por siete cuerpos de ventaja. Al caballo de mi cliente lo tuvieron que retirar de la carrera.

Tuve la foto del caballo sobre la repisa de la chimenea durante mucho tiempo. Una mujer que conocí mucho después vio que era la única foto que tenía en toda la casa. Me preguntó si me gustaban más los animales que las personas. Le dije que por lo general sí. Eso le gustó de mí. Pero no lo suficiente como para quedarse conmigo mucho tiempo.

TRANSPORTE PÚBLICO

Me dijo que no iba a contarme nada. Le pregunté por qué. Me dijo que porque él era policía y yo periodista. Le dije que hablaba como alguien que tenía algo que esconder. Me dijo que no, que no tenía nada que esconder.

—Entonces cuéntame —le dije, y sabía que algo iba a terminar contándome.

Dio algunas vueltas más durante unos minutos, con las manos apoyadas en la barra, tamborileando con los dedos, moviéndose un poco en la banqueta. Yo lo conocía bastante bien. Estaba dejando atrás el verano de su carrera y empezaba a entrar en el otoño. Ya había pasado sus mejores años. Estaba en el valle, frente a unos largos diez años antes de jubilarse. Le gustaba ganar, pero perder no le preocupaba demasiado. Era una persona realista. Pero le gustaba estar seguro. Lo que detestaba era no saber realmente si había ganado o si había perdido.

—Desde el principio —dije.

Se encogió de hombros y bebió un trago de cerveza y suspiró y exhaló hacia el espejo que teníamos enfrente. Después empezó por la llamada al 911. La casa, pasando Chandler, al sur y al este de la ciudad. Una finca larga y baja, próspera, rodeada por un muro, la piscina con las luces apagadas, la oscuridad. Los padres, que volvían a casa después de una fiesta. El silencio. La ventana rota, la cama vacía. El rastro de sangre en el pasillo. El cuerpo de la hija, todo

lleno de cortes. Catorce años, herida de una forma que él todavía no podía describir.

—Ocultasteis algunos detalles —dije.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Es lo que hacéis siempre. Para evaluar.

Asintió.

—¿Cuántas confesiones recibisteis? —pregunté.

—Ciento ocho.

—¿Todas falsas?

—Claro.

—¿Cuál fue la información que ocultasteis?

—No te lo voy a decir.

—¿Por qué no? ¿Crees que no cogieron a la persona correcta?

No contestó.

—Sigue —dije.

Y él me siguió contando. La escena del crimen estaba claramente fresca. Los padres habían vuelto quizás tan solo unos momentos después de que se hubiera ido el perpetrador. La respuesta policial había sido rápida. La sangre en la alfombra del pasillo todavía estaba líquida. Rojo oscuro, no negra, contra la piel blanca de la chica. La piel blanca de la chica fue un problema desde el principio. Todos lo sabían. Estaban en posición de actuar rápido y con fuerza, de modo que eso era lo que iban a hacer, y sabían que después se diría que la velocidad se había debido al hecho de que la chica fuera blanca, y no negra o marrón. No fue así. Fue una cuestión de suerte y coordinación. Llegaron al lugar del hecho momentos después de que se hubiera cometido el crimen y hubo algunas cosas que jugaron a su favor. Asentí, como indicando que aceptaba su punto de vista. Lo

cual era así. Yo era periodista, y me gustaban las cosas enrevesadas como a todos los periodistas, pero a veces las cosas eran claras.

—Continúa —dije.

Había fotos de la chica por toda la casa. Era hija única. Era luminosa y muy guapa. Era deslumbrante, de la manera en que a menudo lo son las chicas blancas de catorce años de Arizona.

—Continúa —dije.

Lo primero que jugó a su favor fue el clima. Dos días antes había habido una lluvia torrencial, y después el calor había vuelto con fuerza. La lluvia había dejado la calle cubierta de barro y arena y el calor había transformado eso en una película de polvo, y las únicas marcas de neumáticos que había en el polvo eran las del vehículo de los padres y los coches de policía y la ambulancia. Por lo tanto el perpetrador había llegado allí a pie. Y se había ido a pie. Había marcas claras en el polvo. Zapatillas, quizás de la talla cuarenta y tres, con suelas bastante genéricas. Les sacaron fotos a las huellas y se enviaron por correo electrónico y todos confiaban en que con el tiempo alguna base de datos de alguna parte iba a identificar la marca y el modelo. Pero lo más importante era que tenían a un sospechoso que acababa de irse a pie de la escena de un crimen, en un lugar en el que nadie caminaba. Por lo que se emitieron órdenes de captura y se transmitieron alertas en un radio de tres kilómetros. Era medianoche y hacía cuarenta grados y no iba a haber muchos peatones. Hacía demasiado calor como para caminar. Sin duda hacía demasiado calor como para correr. Cualquier clase de actividad física sostenida sería casi un intento de suicidio. Toda el área de las afueras de Phoenix era ese tipo de lugar, especialmente en verano.

Pasaron diez minutos y nadie encontró a ningún fugitivo.

Entonces sucedió otra cosa que también jugó a su favor. Los padres estaban razonablemente lúcidos. En medio de todos los llantos y los gritos se dieron cuenta de que había desaparecido el teléfono móvil de su hija. Era su tesoro más preciado. Un iPhone, con un plan de AT&T con minutos ilimitados que ella explotaba al máximo. En ese entonces los iPhones eran nuevos y geniales. La policía supuso que el delincuente se lo había robado. Supusieron que alguien que no tenía coche en Arizona habría quedado fascinado con un objeto pequeño y brillante como un iPhone. O en el caso de que fuera un pervertido peligroso, quizás coleccionaba objetos de recuerdo. Quizás el archivo de fotos de las amigas de la chica le parecía excitante. O los mensajes de texto almacenados en la memoria.

—Continúa —dije.

La tercera cosa que jugó a su favor tuvo que ver exclusivamente con padres de clase media e hijas de catorce años. Los padres habían contratado un servicio con el que podían rastrear el chip GPS del iPhone desde su ordenador. No era un servicio barato, pero eran de esas personas que querían saber que su hija les estaba diciendo la verdad cuando les decía que se quedaba a dormir en la casa de una amiga o que estaba yendo a la biblioteca con algún compañero del instituto. La policía consiguió la clave de acceso y se conectó allí mismo y vieron que el teléfono se movía despacio hacia el norte, con dirección a Tempe. Iba demasiado rápido como para que estuviera andando. Demasiado rápido como para que estuviera corriendo. Demasiado lento como para que fuera en un coche.

—¿Va en bicicleta? —dijo uno de ellos.

—Hace demasiado calor —contestó otro—. Además de que no había marcas de neumáticos en la entrada para coches.

El hombre que estaba contando la historia sentado a mi lado en la barra era el que se había dado cuenta.

—Un autobús —dijo—. Está viajando en autobús.

En la zona de las afueras de Phoenix hay muchos autobuses. Para trabajadores a los que les pagan demasiado poco como para que tengan coches propios. Llevan gente para todos lados, especialmente temprano por la mañana y tarde por la noche. Esa ciudad gigantesca sin los autobuses habría quedado paralizada. No habría habido nadie para preparar las comidas, para limpiar las piscinas, para hacer las camas, para recoger la basura. Inmediatamente todos los policías imaginaron el mismo perfil. Un hombre de piel oscura, probablemente bajo, probablemente loco, moviéndose inquieto en el asiento mientras el autobús se dirigía hacia el norte. Jugueteando con el iPhone, revisando los archivos de música, viendo las fotos. Quizás con el cuchillo todavía en el bolsillo, aunque pedir eso sin duda ya era demasiado.

Un policía se quedó en la casa mirando la pantalla y describiendo la escena como un comentarista deportivo. Se cancelaron todas las alertas y las órdenes de captura y no hubo coche que no saliera aullando a perseguir el autobús. Tardaron diez minutos en encontrarlo. Diez segundos en detenerlo. Quedó acorralado en un anillo de coches. Las luces parpadeaban y centelleaban y los policías estaban agazapados detrás de capós y puertas y maleteros apuntando con sus armas, pistolas Glock y escopetas, decenas.

En el autobús iban el chófer y tres pasajeros.

El chófer era una mujer. Los tres pasajeros también eran todas mujeres. Las tres, señoras mayores. Una era blanca. La chófer era una mujer hispana de treinta años, muy delgada.

—Continúa —dije.

El hombre que estaba a mi lado bebió un trago de cerveza y suspiró. Había llegado al punto en el que la investigación se había estancado. Habían pasado casi veinte minutos interrogando a las cuatro mujeres, registrándolas, haciéndolas andar de un lado a otro mientras el policía que se había quedado en la casa controlaba el movimiento del GPS en la pantalla. Pero el cursor no se movía. El teléfono estaba quieto en el autobús. Pero el autobús estaba vacío. Buscaron debajo de los asientos. Nada. Buscaron dentro de los asientos.

Encontraron el teléfono.

En el penúltimo asiento del fondo a la derecha habían hecho un corte con un cuchillo. El teléfono estaba metido ahí de canto, entre la gomaespuma del almohadón. Escondido y emitiendo sus silenciosas señales. Había sido una persecución inútil. Un señuelo.

En el corte del asiento había unos débiles rastros de sangre. Era el mismo cuchillo.

La chófer y las tres pasajeras recordaron a un hombre blanco que se había subido al autobús al sur de Chandler. Se había sentado al fondo y se había bajado en la siguiente parada. Lo describieron como una persona que iba bien vestida y de mediana edad. Se acordaban de él porque no pertenecía al grupo demográfico indicado. No era la típica persona que viaja en autobús.

—¿Llevaba puestas zapatillas deportivas? —preguntaron los policías.

Ninguna de las cuatro lo pudo confirmar.

—¿Tenía manchas de sangre?

Ninguna de las cuatro se acordaba.

La búsqueda recomenzó al sur de Chandler. Supusieron que, dado que el señuelo se había plantado como para que se moviera hacia el norte, entonces el perpetrador debería estar yendo hacia el sur. Una buena teoría, pero que terminó en nada. No encontraron a nadie. Un helicóptero se sumó a la búsqueda. La noche seguía estando oscura pero el helicóptero estaba equipado con cámaras térmicas infrarrojas. No servían. Apuntaran donde apuntaran, todo irradiaba calor.

Amaneció y el helicóptero se reabasteció de combustible y volvió para llevar a cabo una inspección visual. Y otra vez, y otra vez, durante muchos días. Al final de un fin de semana largo encontraron algo.

—Continúa —dije.

El helicóptero encontró un cadáver. Hombre blanco, con zapatillas. De entre veinte y veinticinco años. Fue identificado como un estudiante universitario, visto por última vez el día anterior. Al día siguiente el médico forense presentó su informe. El joven había muerto de insolación y deshidratación.

—¿Es compatible con alguien que pueda haber estado huyendo de la escena de un crimen? —preguntaron los policías.

—Entre otras tantas posibilidades —contestó el médico forense.

La pantalla con los resultados toxicológicos era barroca. Éxtasis, marihuana, alcohol.

—¿En cantidades suficientes como para que estuviera inestable? —preguntaron los policías.

—En cantidades suficientes como para hacer que un elefante estuviera inestable —contestó el médico forense.

El hombre a mi lado se terminó la cerveza. Pedí otra haciendo un gesto.

—¿Caso cerrado? —pregunté.

El hombre a mi lado asintió:

—Porque el chico era blanco. Necesitábamos un resultado.

—¿No te convenció?

—No era de mediana edad. No estaba bien vestido. Las zapatillas no coincidían. No había ninguna señal del cuchillo. Además de que un tío que está tan drogado como para ponerse a correr bajo el calor del sol hasta morir jamás habría pensado en armar el señuelo con el teléfono.

—¿Y quién era?

—Solo un chaval de alguna fraternidad al que le gustaba demasiado salir de fiesta.

—¿Hay alguien que comparta tu opinión?

—Todos.

—¿Hay alguien que esté haciendo algo al respecto?

—El caso está cerrado.

—¿Y qué fue lo que pasó en realidad?

—Yo creo que el señuelo sugiere un crimen premeditado. Y creo que fue un engaño doble. Creo que el perpetrador se bajó del autobús y siguió hacia el norte, quizás en un coche que tenía aparcado allí.

Asentí. Eso era lo que había hecho el perpetrador. En ese mismo momento el coche que había usado estaba aparcado en el aparcamiento de detrás del bar. Las llaves estaban en mi bolsillo.

—A veces se gana, a veces se pierde —dije.

MR. RAFFERTY Y YO

Puedo saber qué clase de noche tuve según el lugar en el que me despierto. Si me porté bien, estoy en la cama. Si me porté mal, estoy en el sofá. Bien o mal, se entiende, solo en el sentido convencional de esas palabras. En sentido moral. En sentido legal. En términos de desempeño siempre estoy bien. Soy siempre cuidadoso, siempre meticuloso, siempre imbatible. Eso que quede claro. Pero digamos que algunas actividades nocturnas específicas me estresan más que otras, me cansan, me agotan, me dejan expuesto a un colapso inmediato apenas cruzo la puerta de mi casa y estoy dentro de mi santuario.

Esta mañana me despierto tirado en el pasillo.

Tengo la cara aplastada contra la alfombra. Puedo sentir en mis labios el sabor de las fibras. Necesito un cigarrillo. Abro un ojo, despacio, y muevo el globo ocular, despacio, hacia la izquierda y hacia la derecha, arriba y abajo, en busca de lo que necesito. Pero antes de que sigamos, que quede claro: por más pausadamente que leas estas palabras, por más generosamente que estés interpretando la palabra *despacio,* por más profunda y 16 RPM y *l-e-n-t-a* que sea tu voz, por mucho que estés intentando meterte en el personaje, no hay duda de que estás yendo demasiado rápido, estás galopando a lo loco, estás yendo casi a la *velocidad de la luz,* comparado con lo que me está pasando a mí en términos de movimiento ocular. Solo la parte de levantar el párpado debe haber llevado cerca de cinco

minutos. La rotación del globo ocular, en las cuatro direcciones de la brújula, al menos cinco minutos cada una.

Una mala noche.

Estoy bastante seguro de que tengo un paquete nuevo de cigarrillos en la mesa baja del salón. Me concentro todo lo que puedo en esa dirección. Los veo. Me decepciono. No es un paquete nuevo. Es un paquete casi nuevo. Un paquete, de hecho, que está en la condición que menos me gusta: recién abierto, con la tapita de cartón levantada y un cigarrillo menos en la fila de delante. Odio eso por dos motivos: primero, parece que alguien hubiese violado el paquete. Como un amigo muy, muy querido al que le han partido de un golpe una paleta. Feo. Y segundo, por más que intente evitarlo, ver eso me hace viajar directo a un problema de matemáticas de la escuela primaria: en un paquete nuevo hay veinte cigarrillos, dispuestos en tres filas, y veinte *no se puede dividir por tres.* Veo un paquete así e instantáneamente me lleno de rabia y paranoia: las empresas tabacaleras me mienten. Lo cual, claro está, sin duda harían. Tienen un largo historial en esa área. Durante cuarenta años he estado pagando por veinte cigarrillos, y me han estado dando siempre dieciocho. Dieciocho se puede dividir por tres. Lo mismo que veintiuno, pero ¿seriamente se puede pensar que las empresas tabacaleras van a darle a alguien *más* cigarrillos de los que el paquete dice que tiene, que es la cantidad por la que uno está pagando?

Por lo que estoy ahí tirado y jadeo, pero de nuevo, que quede claro: el perro más viejo y más cansado que jamás hayas visto en tu vida respira cien millones de veces más rápido de lo que yo estaba jadeando. Estamos hablando de inhalaciones y exhalaciones

glaciales. Especies enteras podrían surgir y evolucionar y extinguirse por cada respiración matutina mía.

Había dejado colillas de cigarrillos en el lugar de los hechos. Dos, Camel, cerca pero no dentro del charco de sangre en expansión. Deliberadamente, claro. Sé exactamente cómo se juega a este juego. No soy nuevo en estas lides. La policía necesita tener la ilusión de que avanza. No necesariamente necesita avanzar *de verdad,* pero necesitan algo que decirles a los periodistas, necesitan mostrar sonrisas y vídeos de alguien que lleva a algún lado cosas importantes envueltas en bolsas opacas para evidencias. Así que yo sigo el juego. A mí me conviene darles lo que necesitan. Le doy a Mr. Rafferty cosas que lo pongan contento, y estoy totalmente seguro de que sabe que son regalos.

Pero no sirven para nada. Un cigarrillo fumado con cuidado en medio de un aire seco prácticamente no conserva saliva. No tiene ADN. Tampoco huellas dactilares. El papel es inadecuado, y de todos modos la mayor parte se quema, a una temperatura cercana a los mil grados. Por lo que esos regalos no me cuestan nada, y me dan la satisfacción de saber que estoy cumpliendo con mi parte para hacer que el espectáculo siga en marcha.

Muevo los dedos de la mano derecha y formo una garra y empiezo a rasparlos microscópicamente contra la resistencia de la alfombra. Tengo que organizar planes a futuro: arrodillarme, levantarme, desvestirme, ducharme, vestirme de nuevo. Muchas actividades, y muchas horas de trabajo. Nada de desayunar, por supuesto. Decidí hace mucho tiempo que el respeto por los estándares mínimos de decencia me prohibía comer después de matar. Tengo hambre, no nos equivoquemos, pero el cigarrillo prometido ayudará con eso.

Más el café. Prepararé una jarra y la beberé toda y compararé su consistencia liviana con la de la sangre. La sangre es menos viscosa de lo que se cree, especialmente cuando se la genera en cantidades como las que produce mi trabajo. Salpica y mancha y sale y se escurre. Es espectacular, lo cual es el objetivo: obviamente Mr. Rafferty no quiere trabajar en casos comunes, o triviales, o simplemente sórdidos. Mr. Rafferty quiere un lienzo grande, y un lienzo grande es lo que yo le doy.

Empujo el suelo con la palma de la mano izquierda y levanto los hombros un par de centímetros. Se me alivia la presión en la mejilla. Estoy seguro de que allí la piel me quedará roja y con puntos. No soy joven. Mi cara es blanca y carnosa. Ya no le queda nada de tono. Pero puedo hacer pasar esas marcas por irritación de la afeitada, o por copas de bourbon. Me enfoco otra vez en el paquete casi nuevo a tres metros de distancia. Tentador, y de momento tan lejano como la luna. Pero llegaré allí. Creedme.

No tengo un recuerdo claro de los hechos de anoche. Los detalles los tendrá que descubrir Mr. Rafferty. Yo siembro, él cosecha. Es una sociedad. Pero para que no me malentendáis: mis víctimas merecen morir. No soy un monstruo. Tengo muchas reglas inflexibles. Apunto solo a cierta clase de criminales repulsivos; nunca hago daño a mujeres o a niños. Busco a la gente a la que Mr. Rafferty no puede llegar. Y no estamos hablando tampoco de desgraciados proxenetas callejeros de poca monta o representantes de escorts: apunto un poco más alto. Aunque no demasiado alto: porque ahí es donde uno se frustra. Ni Mr. Rafferty ni yo podemos llegar a los que mueven los hilos de verdad. Pero entre ambos extremos hay un estrato grande de personas culpables y presumidas. Ahí es donde yo cazo. Por dos

motivos: puedo sentir un fulgor de servicio público y, más importante aún, esa cuidadosa selección pone a Mr. Rafferty en un dilema delicioso. Gana perdiendo. Pierde ganando. Mientras más tiempo tarde en encontrarme, de más personas malas se deshace la ciudad. Los periodistas con los que habla lo entienden, aunque no lo dicen en voz alta. Todos –yo, Mr. Rafferty, los ciudadanos, los residentes– nos beneficiamos de ese perfecto equilibrio.

Que dure por mucho tiempo.

Ahora tengo que decidir si rodar hacia la derecha o hacia la izquierda. Tiene que ser una u otra. Es la única manera en la que me puedo levantar. No soy joven. Ya no soy ágil. Decido rodar hacia la izquierda. Estiro el brazo izquierdo bien hacia arriba para que el hombro no me entorpezca y empujo con el derecho. Me giro y quedo boca arriba. Una victoria importante. Ahora estoy bien encaminado hacia ponerme de pie. Sé que Mr. Rafferty también se está levantando, listo para comenzar el día. Pronto recibirá la llamada: ¡otro! Colgado boca abajo, por lo que recuerdo, atado a una alambrada que rodea una construcción hace tiempo abandonada, amordazado, golpeado, con cortes en cien lugares distintos, venas, arterias, garganta. No me acuerdo específicamente, pero me imagino que terminé con la arteria femoral, donde pasa cerca de la superficie en la ingle. Es un vaso sanguíneo grueso y, con la presión adecuada de un corazón sano, hace salir un chorro alto que forma un maravilloso arco color rubí. Me imagino que el hombre llevó el mentón contra el pecho para mirar horrorizado; me imagino que le pregunté si estaba disfrutando de su BMW *ahora, imbécil,* y de su enorme casa y de sus vacaciones en el Caribe y de sus sesiones gratis con las pobres chicas rumanas que importa con

todo tipo de promesas falsas de trabajos en Saks Quinta Avenida, antes de soltarlas para que lleven a cabo actos repugnantes por seiscientos dólares la hora, de los cuales se queda la mayor parte, hasta que las chicas están demasiado adictas y demacradas como para poder ganar un centavo más.

No es que Rumanía o las chicas me importen. No siento nada de entusiasmo por ninguna parte de Europa del Este, y la prostitución es algo que nos acompaña desde siempre. Aunque sé que el hombre que até a la alambrada también maneja chicas brasileñas, y ellas sí me importan hasta cierto punto. Criaturas dulces, morenas, tímidas. De hecho, participo en ese ámbito con frecuencia, que fue lo que me llevó hasta el hombre en cuestión. Una chica que pagué, de menos de la mitad de mi edad, recitó bajo petición el menú de servicios que ofrecía, algunos de los cuales eran verdaderamente exóticos, y le pregunté si le gustaba realmente hacer esas cosas. Como todas las buenas putas al principio actuó con mucho entusiasmo, pero yo me mantuve implacablemente escéptico: ¿Te *gusta* meter la lengua hasta el fondo en el ano de un desconocido? Finamente confesó que estaba obligada, bajo amenaza de recibir una paliza. En ese momento el destino del hombre quedó sellado, e imagino que antes de usar el cuchillo usé un palo. Me importa el tema de la justicia, como podéis ver, y toda esa cuestión de que todo vuelve.

Pero lo que más me importa es el equilibrio, y la colaboración, y que Mr. Rafferty siga trabajando. Es un policía de homicidios muy experimentado, tiene exactamente mi misma edad, y me gusta pensar que nos entendemos, y que me necesita.

Ya es momento de que me siente. Y dado que la narrativa escrita tiene sus propias convenciones, necesito que quede claro de nuevo:

ha pasado mucho tiempo. Mis pensamientos, más allá de cómo aparezcan representados en la página, han sido oscilantes e inconexos y han tardado mucho en formarse. No estamos hablando aquí de una impetuosa explosión de energía. Este proceso es lento. Llevo las manos hacia atrás por encima de la cintura, levanto la cabeza, giro y hago palanca, me siento.

Después descanso.

Y lo confieso: todo esto es tan solo una cuestión de equilibrio y colaboración. Es una competición. Mr. Rafferty y yo. Él contra mí. ¿Quién ganará? Tal vez ninguno de los dos, nunca. Parecemos estar perfectamente a la misma altura. Tal vez el equilibrio sea un resultado, no una meta. Tal vez los dos disfrutamos el viaje, y tal vez los dos le tememos al lugar de destino.

Tal vez podamos hacer que esto dure para siempre.

Repaso mis tareas matutinas. El objetivo final, como para tantos otros, es llegar puntual al trabajo. Mi trabajo de nueve a seis, supongo que debería llamarlo así. Se espera puntualidad. Por lo que menos de una hora después de haberme sentado apoyo la planta de los pies y me levanto, con las manos hacia fuera para agarrarme de las paredes, doy dos pasos tambaleantes para estabilizarme, hago un movimiento brusco en dirección al salón y el premio es mío: mi cigarrillo matutino. Saco un cigarrillo del paquete y le cierro la tapa para no ver que le faltan dos dientes; miro alrededor, confiando en la verdad eterna de que donde hay cigarrillos también hay un mechero cerca. Encuentro un Bic amarillo a un metro de distancia y hago girar la ruedita con el pulgar; enciendo el cigarrillo y aspiro profundamente, agradecido, y después toso y parpadeo, y el día finalmente se acelera.

La ducha me reconforta: uso jabón desinfectante, un producto carbólico parecido al que se usa en ambientes médicos. No porque tenga rastros de pruebas; no soy nuevo en esto. Pero me gusta la pulcritud. Me miro en el espejo observando mi cuerpo con mucha atención. La irritación de la alfombra en mi mejilla es muy evidente, pero es algo genérico, como un rubor irlandés normal; es perfectamente apropiado. Me peino con raya al lado y aplasto bien el pelo contra el cráneo. Abro una camisa nueva y me la pongo. Elijo un traje: no es nuevo ni tampoco está limpio, es de una gabardina gruesa que huele levemente a sudor y a cigarrillo y a los otros mil olores que absorbe alguien que vive en una ciudad. Me hago el nudo de la corbata, me calzo los zapatos, voy recopilando todas las cosas que tiene que llevar encima un hombre que cumple funciones como las mías.

Salgo de mi casa. Me subo a un coche que pone a mi disposición la institución que me paga; lo enciendo y conduzco. Todavía es temprano. Hay poco tráfico. La radio no transmite ninguna novedad fuera de lo normal. Las personas que salen a pasear a sus perros todavía no andan por la construcción abandonada.

Llego. Aparco. Entro. Como en todas partes, en el lugar en el que trabajo hay recepcionista. No es una mujer joven que parece una modelo, como en algunos lugares que he visto; en vez de eso hay un hombre fornido vestido con uniforme de sargento.

—Buen día, Mr. Rafferty —dice.

Le devuelvo el saludo y sigo andando, hacia el sector de la brigada.

SECCIÓN 7 (A) (OPERATIVA)

El equipo se reunió por primera vez un martes por la noche, tarde, en mi apartamento. El proceso no se dio gradualmente como de costumbre; en un momento no tenía a ninguno de ellos y al momento siguiente los tenía a todos. El hecho de que aparecieran de repente como una unidad completa sin duda fue gratificante, pero también inesperado, y por lo tanto no me sentí inmediatamente tan agradecido como tal vez podría haberme sentido, o debería haberme sentido, porque me puse inmediatamente en guardia ante posibles consecuencias negativas. ¿Me estaban tendiendo una trampa? ¿Habían venido con una agenda propia? Yo había empezado el proceso de selección algunos días antes, de la manera normal, que consistía en ir tanteando poco a poco a las personas clave, o al menos en hacer saber que estaba buscando cierto *tipo* de personas clave, y normalmente el proceso habría continuado durante varias semanas, de manera acumulativa, asegurando primero un compromiso aquí, otro compromiso allá, con una cadena de sugerencias y recomendaciones personales que va formándose poco a poco, seguida de un paciente reclutamiento de distintos especialistas, hasta que finalmente todo quedara montado.

Pero llegaron todos juntos. Me resistía a creer que algo así pudiera pasar en respuesta a mi reputación; después de todo, el valor de mi reputación no ha aumentado ni disminuido durante muchos años, y nunca había recibido una respuesta así. Y sentía que tampoco podía

ser en respuesta a mis años de experiencia; lo cierto es que ya hacía mucho tiempo que me había transformado en un veterano, y por lo general sentía que mi atractivo se había desgastado por ser ya demasiado conocido. Que era el motivo por el cual le miraba los dientes al caballo regalado: como dije, tenía mis sospechas.

Pero observé que no parecían conocerse entre sí, lo que me tranquilizó, y despejó mis temores respecto a una conspiración previa en mi contra, y estaba claro que me prestaban la debida atención: sentí que no iba a ser un pasajero en mi propio barco. Pero aun y todo seguí teniendo mis sospechas, lo que hizo las cosas más lentas; y creo que incluso puedo haberlos ofendido un poco con mi respuesta algo tibia. Pero mejor prevenir que curar, y sentí que podía confiar en que ellos también lo vieran así.

Mi sala no es pequeña –eran dos ambientes antes de haber hecho tirar una pared–, pero aun y todo estaba bastante llena. Yo estaba sentado en el sofá que tiene la mejor vista, fumando, y ellos estaban de frente a mí formando más o menos un semicírculo, tres sentados hombro con hombro en el sofá enfrentado al mío, y los demás sentados en distintos muebles que habían traído de otros cuartos, salvo dos hombres a los que nunca antes había visto, que estaban de pie uno al lado del otro un poco por detrás de los demás. Los dos eran altos y fuertes y morenos, y los dos me miraban con cara de infantes de marina sufridos, en parte resignados y estoicos, y en parte implorantes, como si me estuvieran rogando que me encargase de que no los mataran demasiado rápido. Eran claramente soldados de infantería –algo que obviamente yo necesitaba–, pero no de esos desgraciados, esmirriados y reclutados a la fuerza: de hecho, ¿cómo podrían haber sido de esos? Se habían

presentado de manera voluntaria, como todos los demás. Y a nivel físico eran buenos especímenes, sin duda entrenados y letales en todos los aspectos que yo necesitaba. Estaban vestidos con abrigos de traje, de corte y confección de excelente calidad, pero desgastados y grasientos en los lugares en los que quedaban ajustados por la prominencia de sus fuertes músculos.

Había dos mujeres. Se habían traído las banquetas altas de la cocina, y estaban encaramadas ahí arriba, detrás y a la derecha de los tres hombres que estaban en el sofá –como sentadas en una especie de entresuelo improvisado–. Debo admitir que me decepcionó un poco que hubiera solo dos mujeres: una mezcla de dos mujeres y ocho hombres estaba al borde de ser inaceptable de acuerdo con los estándares actuales de nuestro oficio, y me resistía a quedar expuesto a que me criticaran por algo que se podría haber evitado desde el principio. No me refiero a una crítica pública –el público por lo general no tenía casi ningún tipo de información respecto a lo que nosotros hacíamos–, sino a las críticas dentro del gremio, por parte de esos guardianes profesionales que podrían llegar a tener influencia en futuros encargos.

Y no me gustó mucho que las mujeres se hubiesen colocado un poco por detrás de los hombres: sentí que era una muestra de la clase de servilismo que por lo general yo intentaría evitar. Las dos tenían un aspecto muy agradable, sin embargo, algo que en ese momento me resultó muy atractivo, pero que solo reforzó mis previsiones de futuras críticas. Las dos llevaban faldas, ninguna excesivamente corta, pero el hecho de que estuvieran encaramadas en banquetas altas hacía que yo pudiera ver más de sus muslos de lo que sentí que ellas en realidad querían enseñar. Las dos tenían

puestas medias negras de nylon, y no tengo ningún problema en admitir que es la prenda que más me gusta ver en un par de piernas bien formadas, y por un momento realmente me distraje. Pero después me convencí –solo de manera provisional, siempre sujeto a confirmación– de que eran profesionales serias, y que de hecho había que mirarlas con esos ojos, así que de momento dejé de lado mis preocupaciones y seguí.

El hombre que estaba a la derecha del grupo había traído del recibidor el sillón Eames, pero no la otomana. Estaba cómodamente sentado, recostado contra el respaldo, con las piernas cruzadas a la altura de la rodilla, y proyectaba una imagen elegante. Tenía puesto un traje gris. Asumí desde el primer momento que era mi contacto con el gobierno, y no me equivoqué. Ya había trabajado con muchos hombres como ese, y sentí que podía confiar en sus costumbres y en sus aptitudes. Así es como se cometen errores, por supuesto, pero estaba seguro de que esa noche no estaba cometiendo un error. Lo único que me inquietó un poco fue que había colocado el sillón un par de centímetros más lejos de lo estrictamente necesario respecto al grupo principal. Como ya dije, mi sala no es pequeña, pero tampoco es infinitamente espaciosa: ese par de centímetros extra se habían ganado con esfuerzo. Hablaba claramente de una necesidad o de una actitud, y fui consciente desde el principio de que le iba a tener que prestar atención a eso.

Mis sillas del comedor son sillas Tulip del diseñador finlandés Eero Saarinen; las dos ahora flanqueaban el sofá que yo tenía enfrente y las ocupaban hombres que asumí eran mi coordinador de transporte y mi experto en comunicaciones. Al principio les presté poca atención a ellos, porque las sillas me sumieron en una pequeña

digresión mental: Saarinen, claro está, también había diseñado el TWA Flight Center del Aeropuerto John F. Kennedy –o Idlewild, como se llamaba en ese entonces–, edificio que con toda justicia se había convertido en un icono y en un símbolo absoluto de su época. Evocaba los tiempos en que la simple palabra "*jet*" significaba mucho más que tan solo un motor a reacción. Un avión *jet*, los viajes en *jet*, el *jet set*… El nuevo Boeing 707, imposiblemente rápido y distinguido, el glamur, los horizontes más distantes, el mundo más grande. En mi oficio todos sabemos que estamos compitiendo con las leyendas cuyo mejor trabajo –aunque no necesariamente se haya *hecho* entonces– está indiscutiblemente *arraigado* en esa era irrepetible. Periódicamente me siento del todo inadecuado para el desafío, y en efecto durante varios minutos esa misma noche tuve ganas de despachar a todos y abandonar incluso antes de haber comenzado.

Pero me tranquilicé recordándome a mí mismo que el nuevo mundo también es desafiante, y que esos ídolos de antes podrían llegar a salir espantados si se tuvieran que enfrentar con las cosas con las que tenemos que lidiar nosotros ahora –como los cupos femeninos, por ejemplo, y las interacciones entre hombres y mujeres–. Por lo que dejé de mirar las sillas y empecé a mirar a los hombres, y no encontré nada de lo que me tuviera que preocupar. Francamente, el del transporte es un trabajo fácil –prácticamente tan solo una cuestión de presupuesto, y no tenía ninguna restricción práctica en cuanto a lo que estaba por gastar–. Las comunicaciones son más complejas cada año, pero por lo general un ingeniero riguroso puede manejar cualquier cosa que le den. El mito popular de que los únicos que pueden operar los ordenadores son jovencitos

llenos de *piercings* con sus teclados, enterrados bajo cajas de pizza vacías y *skates*, es una estupidez, claro. Siempre me he valido exactamente de lo que había llegado en esta ocasión: un técnico serio con un carácter controlado y precavido.

A mi izquierda en el sofá de enfrente estaba el que supuse era nuestro infiltrado. Al verlo me alegré y me preocupé. Me alegré, en el sentido de que era evidente que había nacido en el país, casi seguro en Teherán o en algún lugar de los alrededores. Eso era indiscutible. Su ADN era del todo correcto; estaba seguro de que era totalmente auténtico. Lo que me preocupó fue lo que había por encima de su ADN. Estaba seguro de que cuando investigara más a fondo me iba a encontrar con que se había ido de Irán siendo muy joven y había venido a Estados Unidos. Lo que generalmente produce los mejores infiltrados: una autenticidad étnica incuestionable y una lealtad incuestionable a nuestro bando. Pero –y tal vez yo sea un poco más sensible a esta cuestión que el resto de mis colegas– esos años de formación en Estados Unidos dejan rastros tanto físicos como mentales. Los cereales enriquecidos en vitaminas, la leche, las hamburguesas con queso… marcan la diferencia. Si, por ejemplo, debido a alguna circunstancia extraña, este joven hombre tuviera un hermano gemelo que no hubiese venido con él, y si yo ahora los comparara uno al lado del otro, no tengo ninguna duda de que nuestro infiltrado sería al menos unos tres centímetros más alto y unos tres kilos más pesado que su hermano. Eso no es un gran problema, diréis vosotros, para el vernáculo, y yo podría estar de acuerdo… salvo que el *tipo* de centímetros y el *tipo* de kilos sí importa. Unos tres centímetros *norteamericanos* grandes, erguidos y seguros de sí mismos importan

mucho. Tres kilos *norteamericanos* –en el pecho y en los hombros, no en la tripa– importan enormemente. Si tenía el tiempo necesario como para hacerlo perder peso y corregirle la postura era algo que todavía estaba por verse. Si no, en mi opinión, íbamos a entrar en acción con una fuente importante de incertidumbre en el centro mismo de nuestra operación. Pero de todos modos, ¿en qué momento nuestro oficio no ha sido así?

En la otra punta del sofá de enfrente estaba nuestro traidor. Estaba un poco por encima de la mediana edad, desafeitado, un poco gordo, un poco canoso, vestido con un traje arrugado que era claramente producto de un sastre extranjero. Su camisa también estaba arrugada y la llevaba abotonada hasta el cuello y sin corbata. Como todos los traidores, estaría motivado por la ideología, o el dinero, o el chantaje. Tenía la esperanza de que fuera el dinero. Desconfío de la ideología. Claro que me reconforta que un hombre arriesgue todo porque cree que mi país es mejor que el suyo; pero una convicción así viene con un germen de fanatismo, y el fanatismo es inherentemente inestable, e incluso se vuelve fácilmente volátil: en el calor extremo de la mente de un fanático, incluso un menosprecio imaginario de lo más trivial puede producir una terquedad obstinada. El chantaje es inherentemente volátil también: lo que un día es una vergüenza puede no ser así para siempre. Pensemos si no en aquellos días del *jet set*: la homosexualidad y las infidelidades inducidas produjeron fortunas incalculables. ¿Podrían llegar a darnos hoy un décimo de lo que daban en esa época? No lo creo. Pero el dinero siempre funciona. El dinero es adictivo. El que recibe dinero le coge gusto, y después no lo puede dejar. La información privilegiada de nuestro muchacho claramente sería del

todo crucial, por lo que yo tenía la esperanza de que estuviera comprado y de que le pagaran, de lo contrario estaríamos agregándole a la mezcla una segunda capa de incertidumbre. Como ya he dicho, no es que en algún momento lo que hacemos esté libre de incertidumbre: pero demasiado es demasiado. Es tan simple como eso.

Entre el infiltrado y el traidor estaba el hombre claramente destinado a liderar la operación. Era lo que pienso que todos querríamos en ese puesto. En lo personal creo que un gráfico con referencias cruzadas de las alzas y las bajas de las capacidades mentales versus las físicas en los hombres mostraría un claro pico de ambas alrededor de los treinta y cinco años. Antes –es decir, cuando tuve la posibilidad de elegir– trabajé con hombres de no menos de esa edad y de no más de cuarenta años. Estimé que el hombre que tenía enfrente entraba perfectamente en ese rango. Era compacto, ni liviano ni pesado, y se sentía claramente cómodo mental y físicamente, y también se sentía claramente cómodo con su rango de aptitudes. Como un segunda base de las Grandes Ligas, tal vez. Sabía lo que estaba haciendo, y podía seguir haciéndolo durante todo el día, de ser necesario. No era apuesto, pero tampoco era feo; nuevamente, sentí que la comparación deportiva era acertada.

—Supongo que este es mi *show* —dijo.

—Te equivocas. Es el mío —dije yo.

No estaba muy seguro de cómo definir la manera en que había hablado: ¿era un hombre humilde que hacía como que no era humilde? ¿O era un hombre arrogante que se hacía el hombre humilde que no era humilde? Obviamente esa era una cuestión que

tenía que aclarar, por lo que no hablé de nuevo. Solo esperé su respuesta.

Su respuesta llegó primero en forma de gesto físico: le dio unas palmadas al aire frente a él, con la mano derecha, con la muñeca doblada y la palma hacia mí. Fue un movimiento que claramente tenía la intención de tranquilizarme, pero era también un gesto de sumisión, arraigado en costumbres ancestrales: me estaba enseñando que no estaba armado.

—Por supuesto —dijo.

Imité su gesto: le di unas palmadas al aire, con la muñeca doblada, la palma abierta. Sentí que la repetición ampliaba el significado; pretendía que el gesto dijera está bien, no pasa nada, juguemos el punto de nuevo. Me pareció interesante que inconscientemente estuviera pensando otra vez con metáforas deportivas. Pero bueno, después de todo, este era un equipo.

—Eres el líder *en el campo* —dije—. Eres mis ojos y mis oídos. Así es como tiene que ser. No tengo manera de saber lo que tú no sepas. Pero que quede claro. No quiero nada de acciones independientes. Puede que seas los ojos y los oídos, pero yo soy el cerebro.

Es probable que haya sonado demasiado a la defensiva, y de manera innecesaria: modestia aparte, como toca de vez en cuando, después de todo dentro de un pequeño círculo de interesados, yo era bastante famoso por mis muchas operaciones exitosas a cargo de un individuo particularmente testarudo. Era competente en mi función, sin duda. Debería haber confiado un poco más en mí mismo. Pero era tarde, y estaba cansado.

El contacto con el gobierno me salvó. Dijo:

—Tenemos que hablar de qué es exactamente lo que vamos a hacer.

Lo que por un momento me sorprendió: ¿por qué había montado un equipo antes de definir la misión? Pero él tenía razón: más allá del hecho de que iríamos a Irán –y seamos sinceros, hoy en día todos vamos a Irán–, todavía no se había aclarado ningún detalle.

—Tiene que ser algo relacionado con la capacidad nuclear —dijo el traidor.

—Claro… ¿qué otra cosa hay allí, realmente? —dijo una de las mujeres.

Noté que tenía una voz encantadora. Cálida, y un poco íntima. En el fondo de mi mente me pregunté si podía llegar a utilizarla en algún rol de seducción. ¿O eso me metería en más problemas todavía con las autoridades?

El hombre de las comunicaciones dijo:

—Está la cuestión de la influencia regional. ¿Eso no es importante? Pero bueno, yo qué puedo saber.

—La influencia regional de Irán depende exclusivamente de si el país representa o no una amenaza nuclear —dijo el hombre del gobierno.

Los dejé hablar así durante un rato. Me parecía bien escuchar y observar. Vi que los dos grandotes del fondo se estaban aburriendo. Tenían cara de esta discusión está por encima de mis funciones. Uno de ellos me preguntó:

—¿Nos podemos ir? Usted sabe qué tipo de trabajo hacemos nosotros. Nos puede aclarar los detalles en otro momento. ¿Le parece bien?

Yo asentí. Por mí estaba bien. Uno de ellos antes de salir se dio la vuelta y me miró con la misma expresión de antes: encárguese de que no nos maten demasiado pronto.

Los sufridos infantes de marina. Sin emitir palabra le prometí que me encargaría de eso. El tipo me había caído bien. Los otros seguían inmersos en la discusión. Le daban vueltas y vueltas a una cosa y a otra. Como el sillón Eames es bastante bajo, el hombre del gobierno quedaba justo al lado de las piernas de la mujer de la derecha. Lo envidié. Pero él no parecía muy impresionado. Parecía estar más interesado en filtrar todo lo que se decía a través del prisma estrecho de sus propias preocupaciones. En un momento me miró y me preguntó sin rodeos:

—¿Cuál es el nivel de problemas con el Departamento de Estado que quieres exactamente?

Que no era una pregunta tan tonta como podía llegar a parecer. Todo el mundo sabe que son muy pocas las cosas importantes que se pueden conseguir sin molestar en algún punto al Departamento de Estado. Y ese era exactamente el motivo por el que siempre teníamos en el equipo a un contacto con el gobierno: mantenían a raya la tormenta durante el tiempo suficiente como para que nosotros pudiéramos terminar la operación en curso. Me pareció que su pregunta llevaba implícita una propuesta de su parte: haría todo lo que hiciera falta. Lo que me pareció valiente y generoso.

—Oíd todos —dije—. Obviamente intentaré que todo esto sea tranquilo y que haya la menor cantidad de problemas posible. Pero somos todos adultos. Sabemos cómo es. De ser necesario os exigiré que vayáis más allá del límite.

Tras lo cual el coordinador de transporte hizo una pregunta relacionada pero más mundana:

—¿Cuánto tiempo dura el trabajo?

—Ochenta días —dije—. Noventa, máximo. Pero sabéis cómo es. No vamos a estar activos todos los días. Quiero que todos os mentalicéis para comprometeros un período de seis meses. Creo que esa es una estimación realista.

Y al decir esto se perdió un poco la efusividad del grupo. Pero al final todos asintieron y lo aceptaron. Lo que, de nuevo, me pareció valiente. Para decirlo con otra metáfora deportiva: sabían cuáles eran las reglas. Una operación que dura seis meses, fuera del país y en territorio enemigo, sin duda produciría bajas. Yo lo sabía, y ellos lo sabían. Algunos no regresarían. Pero ninguno se echó para atrás.

Hubo más o menos otra hora de conversaciones, y después otra. Sentí que había llegado a conocerlos todo lo que necesitaba. No se fueron hasta bien entrada la mañana. Llamé a mi editora en cuanto se terminó de ir el último. Me preguntó cómo estaba, lo que viniendo de un editor significa: "¿Qué tienes para mí?".

Le dije que estaba encaminado de nuevo con algo bastante bueno, y que en un plazo de seis meses podría tenerlo terminado. Me preguntó qué era, y le dije que era algo que se me había ocurrido estando fumado. Usé el mismo tono de voz que uso siempre con ella. Cuando le hablo con ese tono de voz ella no sabe si estoy bromeando o no. Así que me preguntó de nuevo. Le dije que ya tenía a los personajes, y que el argumento se iba a ir desarrollando sobre la marcha. Irán, básicamente. Como broma privada se lo presenté todo usando el mismo lenguaje que se podía llegar a usar en las reseñas especializadas, si es que llegábamos a

tener alguna: le dije que no trascendería el género, pero que sería un buen ejemplo de su especie.

ADICTO A LA DULZURA

El hombre que se hacía llamar Sócrates le dijo al hombre que estaba encadenado:

—El polvo blanco siempre ha dado dinero.

Las cadenas eran unas esposas normales, cuatro pares, puestas por separado en las muñecas y en los tobillos del hombre, con las anillas sueltas enganchadas a un aro de hierro atornillado al suelo. En consecuencia, el hombre estaba en cuclillas como un faquir, en medio de un charco de líquido, apoyado a medias en su trasero y a medias sobre las plantas de los pies, con las rodillas para arriba y los brazos para abajo entre las piernas. Tenía la cabeza levantada y el pelo mojado y aplastado contra el cráneo. Su intención, obviamente, era que la conversación siguiera.

—¿Siempre? —dijo.

—Bueno, está bien, no siempre —dijo Sócrates—. No en la Edad de Piedra, quizás. Ni en la Edad de Bronce ni en la Edad de Hierro. En la Edad Media tampoco estoy muy seguro. Pero sin duda sí durante los últimos trescientos años.

El que estaba encadenado dijo:

—Azúcar.

—Sí —dijo Sócrates, contento con la respuesta.

Era brasileño de nacionalidad, pero étnicamente tenía sangre de todo tipo. Maya, azteca, caribe, un poco de sangre española, un

poco de sangre portuguesa y un largo linaje de sangre de África Occidental, de esclavos de la isla de Antigua. Dijo:

—En las Indias Occidentales, se plantaba caña de azúcar en cada centímetro cuadrado de tierra disponible. Había una demanda insaciable desde Europa. Se hicieron fortunas enormes. Pero era un trabajo muy duro para los implicados.

El que estaba encadenado dijo:

—Esclavos.

—Exacto —dijo Sócrates—. Arar, sembrar, quitar la maleza y cosechar era extenuante. Hervir y cristalizar eran trabajos calificados. Pero todo lo hacían los esclavos.

El que estaba encadenado era blanco y norteamericano, así que dijo:

—Lo siento.

—No es culpa tuya —dijo Sócrates—. En las Indias Occidentales, los propietarios eran británicos.

La habitación en la que estaban los dos hombres era la sala de estar de la planta baja de una casa de las afueras, sin gente desde hacía una hora. Les habían dicho a los residentes que se fueran a dar un largo paseo, y Sócrates había supervisado cómo atornillaban el aro al suelo, y después sus hombres también se habían ido a dar un largo paseo, pero no sin antes traer cinco galones de gasolina en un bidón. Era el líquido con el que estaba empapado el hombre de las cadenas. La gasolina le había aplastado el pelo contra el cráneo, y el charco en el que estaba sentado era un charco de gasolina. Por el momento menos de un galón, pero con poco bastaba.

—Los dueños de las plantaciones tenían un trabajador por hectárea —dijo Sócrates—, y mano de obra calificada para después

de la cosecha, y personal doméstico. Por lo que estaban en una clara inferioridad numérica, a veces de veinte contra uno, y maltrataban mucho a su gente, los hacían trabajar bajo el sol hasta que caían rendidos, y los maltrataban en sus casas. Especialmente a las mujeres. Se aprovechaban de las guapas y a las feas las hacían trabajar sin descanso.

—Levantamientos —dijo el hombre encadenado.

—Sí —dijo Sócrates—. Vivían en un miedo constante. Con bastante razón, debería agregar. Se lo merecían. Estaban siempre atentos a posibles conspiraciones en su contra. Que en realidad eran pocas y esporádicas, pero sucedían.

El hombre encadenado no habló. Sócrates caminaba lentamente dando vueltas alrededor del charco de gasolina, en el sentido de las agujas del reloj, declamando, disfrutando como imaginaba que debía haber disfrutado su antiguo tocayo en los mercados de Atenas.

—¿Qué crees que hacían cuando descubrían algún plan en su contra? —dijo.

—Ejemplos —dijo el hombre encadenado.

—Exacto —dijo Sócrates—. Castigaban a los cabecillas para que sirviera de ejemplo. Tenían dos métodos preferidos. ¿Sabes cuáles eran?

—No.

—El primero era la rueda. ¿Sabes cómo era?

El hombre encadenado lo sabía, pero obviamente quería prolongar la conversación, por lo que dijo:

—No.

—Agarraban a una persona y le ataban las muñecas y los tobillos a una rueda grande de carreta —dijo Sócrates—. Después le daban

un barra de hierro a un esclavo compañero suyo y lo obligaban a que le rompiera los huesos. Todos, pero lentamente y siguiendo un orden determinado. Probablemente primero un brazo, y después la pierna contraria, y así. La víctima quedaba reducida a saco de gelatina, se quedaba ahí colgando sin ningún tipo de soporte esquelético. La agonía debía ser terrible.

—Sí —dijo el hombre encadenado.

—El segundo método era quemarlos vivos —dijo Sócrates—. Los ataban a una estaca y hacían una hoguera alrededor.

El hombre encadenado no dijo nada.

—El poder de los ejemplos —dijo Sócrates—. Muy efectivo. Surgían algunos desórdenes, pero sorprendentemente pocos, dado que durante mucho tiempo una enorme mayoría sufrió tormentos espantosos.

—Muy mal —dijo el hombre encadenado.

Sócrates sonrió:

—Pero había enormes ganancias que proteger. Y ahora también. El polvo blanco y su demanda insaciable. Una riqueza imposible de calcular, algo nunca antes visto. ¿Tendría que prenderte fuego vivo?

—No —dijo el hombre encadenado.

—Pero me has robado.

—No.

—Falta medio millón de dólares.

—Fue un error.

—¿Un descuido en las cuentas?

—Sí.

—Cristalizar el azúcar era un arte. Se trituraba la caña en los molinos, y se extraía y se hervía el jugo, y se sacaba la melaza, y el

líquido puro que quedaba se ponía a secar al sol, y se le agregaba cal, y aparecía el polvo. O sea, si se hacía todo de la manera correcta. Si no, se echaba a perder y se perdía dinero, y el trabajador calificado recibía un castigo, lo golpeaban fuerte, a menudo lo azotaban, a pesar de que era un trabajador calificado y a pesar de que el proceso era difícil y su error podría haber sucedido de manera totalmente accidental. A veces a la víctima le cortaban algún miembro, por lo general una pierna. A veces la castraban.

El hombre encadenado no dijo nada.

—Era todo una cuestión de mostrar el poder de los ejemplos.

El hombre que estaba encadenado cambió el peso de pierna y dijo:

—Calderilla.

—¿Calderilla para quién? —preguntó Sócrates, interesado—. ¿Para los dueños de la plantación o para mí?

—Es lo mismo.

—Es verdad —dijo Sócrates—. Un barril de azúcar no significaba mucho. Un porcentaje minúsculo, en realidad. Casi invisible, lo mismo que para mí una bolsa de dinero.

—Entonces.

—Pero los grandes terratenientes tenían cientos de esclavos. Supongamos que todos se desentendieran un poco de sus tareas y perdieran un porcentaje minúsculo cada uno. Un barril aquí, un barril allá, campos un poco descuidados, cultivos plantados demasiado tarde como para recibir bien las lluvias… ¿Entonces qué?

El hombre que estaba encadenado no contestó.

—Tengo cientos de socios. Más. Últimamente tengo miles. ¿Qué pasa si todos cometen pequeños errores?

—Es inevitable. Me esfuerzo todo lo que puedo.

—No tengo ninguna duda. ¿Pero qué pasaría si todos vosotros fuerais igual de descuidados?

—Fue una cantidad pequeña.

—Igual que si se tratara de un solo barril de azúcar.

—A eso me refiero. Y fue un error de verdad.

—¿Quieres que me apiade de ti?

—Por favor.

—¿Pero entonces qué pasa con el poder de los ejemplos?

—Fue un error. Nada más.

Sócrates se acercó hasta un rincón de la sala y cogió el bidón de gasolina. Era de metal rojo, y tenía un pico curvo. El líquido que estaba dentro se sacudió y se movió y exhaló vapor, y unas olas minúsculas que rompieron contra las paredes internas del bidón produjeron una especie de tintineo hueco. Sócrates lo levantó bien alto y volvió a donde estaba el hombre encadenado y lo inclinó como una tetera y fue rociando la cabeza del hombre con un chorrito finito. El hombre se movió, y el líquido le bañó los huecos de las clavículas y el cuello y la espalda. El hombre soltó un grito ahogado, como si la gasolina estuviera muy fría o como si estuviese muy asustado o las dos cosas a la vez. Sócrates siguió echando líquido durante treinta segundos, prácticamente otro galón entero. Después volvió a dejar el bidón en el mismo rincón de la sala y empezó de nuevo a dar vueltas alrededor.

—Era mi dinero, no el tuyo —dijo.

—Te pido disculpas —dijo el hombre que estaba encadenado.

—¿Por qué?

—Por el error.

—¿Crees que con unas disculpas basta?

—Sí.

—Convénceme.

El hombre que estaba encadenado respiró bien hondo, totalmente consciente de que lo que pasara a continuación sería crucial. Dijo:

—Todos los procesos tienen ineficiencias en los márgenes. En el caso del azúcar, por ejemplo, seguro que se desparramaba un poco. Seguro que se derramaba un poco del líquido. Es inevitable. Uno no puede volverse loco buscando la perfección.

—¿Ahora te preocupa mi bienestar espiritual?

—Solo digo que siempre va a haber ciertas pérdidas. Y errores. No puedes preocuparte por todos.

—Y así es —dijo Sócrates—. No me preocupo por todos los errores. Porque tienes razón. Un cien por cien de perfección es imposible. Por lo tanto, me pongo límites realistas.

—Entonces estamos bien.

—No —dijo Sócrates—. No estamos bien. Porque te has excedido del límite. Trescientos mil dólares, cuatrocientos mil, quizás, eso está dentro del margen. Pero tú te has llevado quinientos. Eso está por fuera del margen.

—Pero tienes miles de millones. Eres un hombre muy rico.

—De hecho, soy un hombre increíblemente rico.

—Entonces un error de más o menos medio millón de dólares es como perder una moneda de diez centavos entre los almohadones de un sillón.

Sócrates sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos, sacó un cigarrillo del paquete y se lo puso en la boca. Tenía el mechero en la mano. Era un Bic de plástico, con forma de cilindro, desechable,

nada sofisticado. No lo encendió. Se quedó jugueteando con el mechero en la mano, haciéndolo girar entre los dedos, como si fuera un bastón en miniatura. Dijo:

—Se supone que fisiológicamente el azúcar en pequeñas cantidades es importante para el organismo humano, pero esas pequeñas cantidades eran extremadamente difíciles de conseguir en la naturaleza, así que las ansias de encontrarlas debían ser igualmente enormes y permanentes. En todo caso, eso fue lo que descubrieron esos viejos terratenientes británicos. Vendían toda el azúcar que eran capaces de producir. La demanda no disminuyó, ni siquiera después de que la gente ya estuviera recibiendo suficiente. Se volvieron adictos a la dulzura.

El hombre que estaba encadenado sonrió, tratando de generar cierta complicidad.

—También son adictos a lo que vendemos nosotros —dijo.

—No, son adictos a lo que vendo yo —dijo Sócrates—. Ya no hay ningún "nosotros". En una hora, ya no serás ni siquiera un recuerdo.

El hombre que estaba encadenado no respondió.

—Lo que quiero decir es que esas necesidades nutricionales primitivas parecen habernos programado para ser adictos. Durante un millón de años nos vimos obligados a salir a buscar las cosas, y ahora no podemos parar. No podemos simplemente apagar el interruptor después de toda nuestra historia evolutiva.

—Pero eso es bueno para nosotros. Es decir, para nuestro negocio.

—En términos generales, sí —dijo Sócrates—. Pero en términos específicos es malo para ti. Porque la gente también se hace adicta a ser rica. O sea, mírame a mí. He tenido que trabajar muy duro en el

pasado. Esa es como mi propia historia evolutiva. Ahora no puedo simplemente apagar el interruptor.

—Pero eres rico. Y siempre serás rico.

—¿Y ahora debería parar? ¿Eso es lo que estás queriendo decir? ¿La gente deja de comer galletas solo por el hecho de que ya ha alcanzado su ración diaria de azúcar y es suficiente? No, siguen metiendo mano en el paquete hasta que no queda ni una sola.

—Fue una cantidad pequeña.

—Pero era mía.

—Tienes suficiente.

—Necesito más. Porque te estás olvidando de otra cosa. Ser rico no significa nada a no ser que otras personas sean pobres.

—¿Necesitas que yo sea pobre?

—Me gusta la comparación. Me hace sentir bien.

—Creía que todo era cuestión de mostrar el poder de los ejemplos.

—Bueno, eso también.

Y llegado ese punto el hombre que estaba encadenado se rindió y esperó. Sócrates se dio cuenta de que el hombre se había rendido. La diversión había terminado. Se acercó de nuevo hasta el rincón de la sala y cogió el bidón. Le tiró más gasolina al hombre en la cabeza mientras él se sacudía y forcejeaba y gritaba. Después fue echando toda una línea de gasolina hasta la puerta. Sostuvo el bidón dado la vuelta para que salieran las últimas gotas. Apoyó el bidón en el suelo y cruzó el recibidor y abrió la puerta principal. Sus muchachos habían vuelto de dar su paseo. Estaban esperando en los coches.

Fuera hacía un poco de viento, una brisa, lo suficiente como para generar dentro una corriente de aire, lo suficiente como para

levantar los vapores de la gasolina y esparcir el olor. El viento soplaba en paralelo al frente de la vivienda, creando un leve efecto Venturi, succionando aire de la casa del mismo modo que una pistola para pintar succiona la pintura del depósito. Sócrates pensó que iba a arder toda la casa, pero no le importó. No era suya.

Encendió el mechero.

No funcionó.

La rueda dentada giró sin resistencia y se atascó. Se había roto la piedra y el fragmento se había quedado atascado en el mecanismo. Tiró el mechero y sacó la pistola. Apuntó al suelo desde unos treinta centímetros, directo a la línea de gasolina que iba hasta la puerta. Supuso que el fogonazo del disparo serviría para encender el fuego, y de no ser así, el calor de la bala.

Soplaron unas ráfagas de viento, se levantaron los vapores; apretó el gatillo, y pareció que se prendía fuego el aire mismo que tenía alrededor, unas llamas azules que bailaban y se arremolinaban y giraban, sin estar en contacto con nada, después en contacto con su ropa, con su pelo, con su piel. Se irguió despacio, moviéndose, dándose la vuelta, en llamas, trazando círculos sin sentido dentro de una envoltura de fuego. La brisa alimentó las llamas y extrajo más vapor de la casa, que alimentó todavía más el fuego. Sócrates consiguió salir por la puerta y dio dos pasos en dirección al coche, y después se desplomó boca abajo, y el viento succionó la puerta y la cerró a sus espaldas.

El hombre que estaba encadenado escuchó los gritos, y después escuchó los coches que se iban, y después de eso no escuchó nada más. No llamaron a la policía. A nadie le pareció una buena idea. En vez de eso llamaron a los amigos del hombre que estaba

encadenado, y una hora más tarde llegaron cuatro de ellos con una cizalla. Después se fueron los cinco, esquivando el bulto negro que estaba en la entrada para coches.

LA LIGA DE LOS CABEZAS HUECAS

Por una vez el FBI hizo lo correcto: mandó al anglófilo a Inglaterra. A Londres, más específicamente, a cumplir con un destino de tres años en la embajada de Grosvenor Square. Los placeres allí eran abundantes y las obligaciones, escasas. La mayoría de los agentes se dedicaban a investigar los antecedentes de personas que solicitaban visas y de posibles inmigrantes, además de mantenerse atentos a los asuntos internacionales, pero yo era el contacto de la Policía Metropolitana de Londres en los casos en que había ciudadanos norteamericanos implicados en delitos locales, ya fuera como víctimas o como testigos o como perpetradores.

Disfruté cada minuto de ese destino, como sabía que iba a pasar. Me encanta ese tipo de trabajo, me encanta Londres, me encanta el estilo de vida británico, me encantan el teatro, la cultura, los *pubs*, los pasatiempos, la gente, la arquitectura, el Támesis, la lluvia, la niebla. Incluso me encanta el fútbol. Me imaginaba que iba a estar todo bien, y estuvo todo bien.

Hasta que.

Me había pasado toda esa húmeda mañana de un miércoles de febrero ayudando, como a menudo hacía, a poner sellos en formularios de inmigración, y después me salvó una llamada de un sargento de Scotland Yard, que me pedía de parte de su inspector que me presentara en la escena de un crimen, al norte de Wigmore Street y al sur de Regent's Park. En la manzana del 200 de Baker

Street, más específicamente, lo que bastó para que se sobresaltara un poco mi corazón anglófilo, porque como cualquier anglófilo sabe, el domicilio ficticio de Sherlock Holmes era el 221B de Baker Street. Era bastante probable que me encontrara trabajando justo debajo de la ventana ficticia del gran detective.

Y así fue, lo mismo que debajo de muchas otras ventanas, porque las escenas del crimen de la Policía Metropolitana de Londres son siempre increíblemente elaboradas. Nosotros en la televisión tenemos *CSI,* donde todo se resuelve en cuarenta y tres minutos mediante análisis de ADN, y la Policía Metropolitana tiene agentes para las escenas del crimen, que pasan cuarenta y tres minutos cortando calles y desviando a los peatones, antes de pasarse cuarenta y tres minutos metiéndose en trajes Tyvek y en botas Tyvek y en capuchas Tyvek, antes de pasarse cuarenta y tres minutos poniendo cinta de NO PASAR entre postes de luz y distintos tipos de barandillas, antes de pasarse cuarenta y tres minutos montando carpas blancas y poniendo mantas de protección encima de cualquier cosa que pueda tener algún interés. El resultado fue que cuando llegué allí me encontré con una imitación bastante pasable de un circo ambulante.

Había un cordón policial, por supuesto, de varias capas, y las pasé todas mostrando mis credenciales del Departamento de Justicia y mencionando el nombre del inspector, que era Bradley Rose. Lo encontré en una acera húmeda, andando de un lado para otro, unos metros al sur de la carpa más grande. Era un hombre bajo pero robusto, sin corbata y con gafas modernas y la cabeza afeitada. Era un cazador londinense de ladrones, al viejo estilo, de hablar pausado pero al mismo tiempo impaciente con las estupideces, algo que el

departamento para el que trabajaba suministraba en cantidades exasperantes.

Señaló la carpa con el pulgar y dijo:

—Un muerto.

Asentí. Obviamente no me sorprendió. Ni siquiera la Policía Metropolitana de Londres usa carpas y trajes Tyvek para robos de carteras.

Señaló de nuevo con el pulgar y dijo:

—Norteamericano.

Asentí de nuevo. Sabía que Rose era perfectamente capaz de deducir eso por la dentadura o por la ropa o por los zapatos o por el peinado o la forma física, pero también sabía que no me habría implicado a mí de manera oficial sin algún indicio más concluyente. Y como respondiendo a la pregunta que no llegué a hacer sacó del bolsillo dos bolsas plásticas transparentes, de las que se usan para guardar las pruebas. En una había un pasaporte azul estadounidense abierto, y en la otra había una tarjeta blanca de presentación. Me pasó las dos bolsas y señaló de nuevo con el pulgar y dijo:

—De sus bolsillos.

Sabía que no tenía que tocar las pruebas con mis propias manos. Fui dando la vuelta a las bolsas y examiné los dos artículos a través del plástico. En la foto del pasaporte se veía a un hombre de aspecto arisco, de piel pálida, con ojos de párpados caídos, que parecían al mismo tiempo evasivos y provocadores. Levanté la vista y Rose dijo:

—Probablemente sea él. El bote coincide con la foto, casi.

Dijo "el bote", no "la cara". Bote, *boat,* era una contracción de *boat race,* que era el argot rimado *cockney* para *face,* cara. Otros ejemplos de esas contracciones serían: *apples and pears, stairs,* algo

así como "manzanas y peras" igual a "escaleras"; *trouble and strife, wife,* algo así como "problema y deber" igual a "mi mujer"; *plates of meat, feet,* algo así como "platos de res" igual a "pies"; y así.

—¿Qué lo mató? —pregunté.

—Una puñalada debajo de las costillas —dijo Rose.

El nombre que aparecía en el pasaporte era Ezekiah Hopkins.

—¿Ha escuchado alguna vez un nombre como ese? —dijo Rose.

—¿Hopkins? —dije.

—No, Ezekiah.

Levanté la vista, miré las ventanas de las casas y dije:

—Sí.

El lugar de nacimiento que estaba registrado en el pasaporte era Pennsylvania, Estados Unidos.

Le devolví a Rose la bolsa con el pasaporte y miré la tarjeta. No se podía saber sin tocarla directamente, pero parecía ser un artículo barato. Cartulina común, sin textura, impresión simple, sin relieve. Era algo que cualquiera podía encargar por internet, mil tarjetas de esas por una pocas libras. La tarjeta decía HOPKINS, ROSS, & SPAULDING, como si se tratara de algún tipo de sociedad con ese nombre. No había nada que indicara a qué negocio supuestamente se dedicaban. Había un número de teléfono, con prefijo 610. El este de Pennsylvania, pero no Filadelfia. La dirección que aparecía en la tarjeta era simplemente LEBANON, PA. Al este de Harrisburg, si no recordaba mal. Lo que se correspondía con el prefijo 610. Nunca había estado allí.

—¿Ha llamado al número? —pregunté.

—Ese es su trabajo —dijo Rose.

—No va a contestar nadie —dije—. Apuesto a que es un número falso.

Rose me miró fijo un momento y sacó su teléfono. Dijo:

—Más vale que sea falso. No tengo plan para llamadas internacionales. Si alguien contesta en Estados Unidos me va a costar un ojo de la cara.

Marcó 001, después 610, después los otros siete dígitos. Desde una distancia de dos metros escuché el triunfal tresillo de la compañía telefónica que anunciaba que un número estaba fuera de servicio. Rose colgó y me miró de nuevo con la misma expresión de antes.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó.

—*Omne ignotum pro magnifico* —dije.

—¿Qué es eso?

—Latín.

—¿Y qué significa?

—Que todo lo que no se conoce se considera prodigioso. O en otras palabras, que un buen mago no revela sus trucos.

—¿Ahora usted es mago?

—Soy agente especial del FBI —dije. Levanté la vista y miré de nuevo las ventanas.

Rose me siguió la mirada y dijo:

—Sí, ya sé. Aquí vivía Sherlock Holmes.

—No, no vivía aquí —dije—. Nunca existió. Es un personaje inventado. Al igual que estos edificios. En la época de Arthur Conan Doyle, Baker Street llegaba solo hasta el número ochenta. O hasta el cien, tal vez. El resto era un camino rural. Marleybone era un pueblito aparte a dos kilómetros de distancia.

—Nací en Brixton —dijo Rose—. No sé nada de todo eso.

—Conan Doyle se inventó el número doscientos veintiuno —dije—. Al igual que en las películas y en la televisión se inventan los números de teléfono que aparecen en la pantalla. Y las matrículas de los coches. Para no ocasionarles problemas a personas reales.

—¿A qué quiere llegar con eso?

—No estoy seguro —dije—. Pero va a tener que permitir que me lleve el pasaporte. Es decir, cuando ya no lo necesite. Porque probablemente también sea falso.

—¿Qué está pasando aquí?

—¿Dónde vive usted?

—En Hammersmith —dijo.

—¿Hay una biblioteca en Hammersmith?

—Es probable.

—Vaya a pedir un libro. *Las aventuras de Sherlock Holmes.* El segundo cuento. Se llama "La liga de los pelirrojos". Léalo esta noche. Lo iré a ver mañana por la mañana.

Visitar Scotland Yard es siempre un placer. Es un pedazo de historia. También es un pedazo de futuro. Hoy en día Scotland Yard es un lugar muy moderno. Lleno de tecnología de la información. Lleno de gente que la usa.

Encontré a Rose en su oficina, que no era más que un espacio abierto delimitado con distintos muebles. Como el fuerte de un niño. Dijo:

—Conseguí el libro pero todavía no lo he leído. Lo voy a leer ahora.

Señaló una edición de bolsillo gorda que estaba sobre el escritorio. Así que para darle tiempo llevé el pasaporte de Ezekiah Hopkins a la

embajada y lo hice analizar. Era falso, pero muy bueno, salvo por algunos errores tan obvios que tenían que ser a propósito. Como si fueran una burla, o una provocación. Volví a Scotland Yard y Rose dijo:

—He leído el cuento.

—¿Y?

—Todos los nombres estaban allí. Ezekiah Hopkins, y Ross, y Spaulding. Y Lebanon, Pennsylvania, también. Y Sherlock Holmes dice la misma frase en latín que dijo usted. Aparentemente era un hombre instruido.

—¿Y de qué trataba el cuento?

—De una trampa —dijo Rose—. Se idea un ardid mediante el cual hacen que un tal Mr. Wilson se mantenga regularmente alejado de su verdadero lugar de trabajo durante un período de tiempo predecible, para que, en su ausencia, se pueda llevar a cabo un asunto ilegal más o menos sensible.

—Muy bien —dije—. ¿Y qué nos dice el cuento?

—Nada —dijo Rose—. Nada de nada. Nadie estaba haciendo que yo me mantuviera alejado de mi verdadero lugar de trabajo. Ese *era* mi verdadero lugar de trabajo. Voy a donde sea que vayan los muertos.

—¿Y?

—Y si *estuvieran* tratando de mantenerme alejado, no dejarían pistas de antemano, ¿no? No me lo dirían palabra por palabra por adelantado. O sea, ¿qué sentido tendría hacer eso?

—Podría llegar a tener un sentido —dije.

—¿De qué tipo?

—Si estuviéramos hablando solo de un extranjero al que mataron de una puñalada en Baker Street, ¿qué haría usted a continuación?

—Para ser honesto, no mucho.

—Exacto. Sería solo algo más. Pero *en este caso,* ¿qué va a hacer a continuación?

—Voy a ir a averiguar quién está queriendo provocarme. El primer paso será volver a la escena del crimen para asegurarme de no haber pasado nada por alto.

—*Quod erat demonstrandum* —dije.

—¿Qué es eso?

—Latín.

—¿Y qué significa?

—Que te están tendiendo una trampa para que te mantengas alejado. Han conseguido lo que se proponían.

—¿Alejado de qué? No hago nada importante en la oficina.

Insistió en ir. Volvimos a Baker Street. Las carpas seguían allí. La cinta seguía aleteando al viento. No se le había pasado por alto nada. Por lo que examinamos el contexto, físicamente, en busca de los delitos serios de cierta clase que se podrían cometer si las fuerzas de seguridad estuvieran distraídas. No encontramos nada. En esa parte de Baker Street estaba el museo oficial de Sherlock Holmes, y las figuras de cera, y algunas tiendas no demasiado interesantes, y algunos bancos, pero los bancos estaban todos en bancarrota de todas formas. Ponerle una bomba a uno sería hacerle un gran favor.

Después Rose quiso un libro que explicara con más detalle las distintas referencias de Sherlock Holmes, así que lo llevé a la Biblioteca Británica en Bloomsbury. Se pasó una hora con una

antología anotada. Se distrajo con los errores geográficos que había cometido Conan Doyle. Empezó a pensar que el cuento que había leído se podía interpretar de otra manera, como si estuviera escrito en código.

Pasamos el resto de la semana ocupados con eso. El miércoles, el jueves y el viernes. Fácil treinta horas. No llegamos a ningún lado. No hicimos ningún avance. Pero tampoco pasó nada. Ninguno de los otros casos de Rose se vio perjudicado y en Londres no se disparó el índice de criminalidad. No hubo consecuencias. De ningún tipo.

Así que a medida que fueron pasando las semanas Rose y yo nos olvidamos completamente del asunto. Y Rose nunca más volvió a pensar en eso, por lo que sé. Yo sí, por supuesto. Porque tres meses después quedó claro que al que le estaban tendiendo una trampa para mantenerlo alejado de su lugar de trabajo era a mí. Se había despertado mi curiosidad y me había pasado treinta horas indagando en entretenidas cuestiones anglófilas. Sabían que eso sucedería, naturalmente. Lo habían planeado bien. Sabían que el muerto norteamericano requeriría mi presencia, y sabían cómo disponer el tipo de cosas que me pondrían en movimiento como el conejito de Energizer. Tres días. Treinta horas. Fuera del edificio, sin poder echar una mano con los sellados, sin estar allí para darme cuenta de que estaban financiando la educación universitaria de sus hijos sellando visas que deberían haber sido rechazadas de inmediato. Y así fue como cuatro individuos específicos entraron a Estados Unidos, y ese fue el motivo por el que murieron trescientas personas en Denver, y esa la causa de que yo –incapaz de demostrar objetivamente mi ingenua inocencia– esté aquí sentado solo en Leavenworth en

Kansas, donde por casualidad uno de los pocos libros que permite la prisión es *Las aventuras de Sherlock Holmes.*

ME CONTARON UNA HISTORIA ROMÁNTICA

Me contaron una historia romántica. Fue mientras estaba esperando para matar a un hombre. Y no a un hombre cualquiera, por cierto. Decían que era un príncipe, y supongo que lo era. Muchos hombres de por allá son príncipes. No solo uno o dos por país. Las familias tienen príncipes. Todo tipo de familias. Tienen príncipes propios. Hay cientos de príncipes. Tienen tantos príncipes que algunos son unos tarados de veinticinco años. Esa clase de príncipe. Y él era el objetivo. Este tarado de veintitantos años. Iba a aparecer en un Mercedes sedán grande. Se iba a bajar del asiento de atrás e iba a andar diez pasos hasta el porche de la casa. Se suponía que el porche de la casa era como el de un hotel Marriott, pero más pequeño. Donde te deja el minibús de traslado. Solo que lo habían hecho demasiado pequeño como para que entraran coches. Supongo que la idea era que protegiera a la gente del sol. O quizás de los animales. Porque, por cierto, esto era en India. Era pleno mediodía y hacía un calor abrasador y todo brillaba demasiado como para que se pudiera mirar algo de frente. Pero este hombre iba a andar hasta el porche de esa casa. Y el porche tenía una parte como amurallada. Y en cuanto yo tuviese la seguridad de que él se estaba moviendo a un ritmo constante, debía calcular el tiempo exacto para apretar yo el botón primero, y que él luego llegara a la parte amurallada del porche, segundo, y por supuesto la bomba estaba en el muro. Por lo que era solo un trabajo de apretar un botón. Lo

suficientemente sencillo como para que lo hiciera una sola persona. Salvo que por supuesto mandaron a dos personas. Pero es lo que hacen siempre. Nunca nadie está solo. ¿Vas al cine y ves al hombre haciendo todo solo y por su cuenta? Obviamente no está solo, porque tiene un cámara frente a él. De no ser así, no lo estarías viendo. No habría película. Por lo que estamos hablando de como mínimo dos personas. Y ese era nuestro caso. Dos personas. Si yo fuese un francotirador, tendrías que llamar a este otro hombre el observador. Pero yo no era un francotirador. El trabajo solo consistía en apretar un botón. No necesitaba un observador. Pero el otro hombre estaba allí. Probablemente era alguien de la CIA. Me hablaba. Era como si él tuviera que validar la acción y dar su permiso. Quizás no querían que se armara ningún lío con las comunicaciones por radio. Así que me pusieron al hombre justo al lado. Me pusieron al hombre en la oreja. Y probablemente sabe que el Mercedes sedán que estamos esperando está a una determinada distancia, y por lo tanto, que falta un tiempo determinado para que llegue, y que por lo tanto su validación no va a ser necesaria hasta un determinado momento en el futuro. Y además podíamos ver la carretera. Sin duda podíamos ver los últimos cien metros del recorrido. Después de la curva. Y habríamos visto las nubes de polvo a muchos kilómetros de distancia. Y no estábamos viendo ninguna, lo que le daba a este hombre tiempo para hablar. Y empezó a hablar de cómo habíamos llegado hasta ahí, con este príncipe. Expuso todo el asunto. Me contó cómo se había hecho, básicamente. Que por cierto no era algo complicado. Era solo una serie de cosas bastante simples. Si se daban todas juntas, obteníamos un resultado positivo. Y obviamente uno de esos eslabones era el viejo truco de la chica, y

esa parte estaba funcionando bien. Que es lo que me estaba contando este hombre. Porque parecía estar a cargo de toda la parte del programa que tenía que ver con la chica. Era el jefe. Fue él el que mandó a la chica. Algo que obviamente era una cuestión de elegir bien. Se trata de analizar la tarea a realizar y mandar a la chica correcta. Y eso fue lo que hizo. No creo que en su elección haya habido una falta de confianza en sí mismo. El problema era que la chica que mejor iba para este trabajo según su juicio profesional era también la chica de la que él estaba enamorado, lo cual obviamente lo ponía en un dilema. Tenía que mandar a la guerra a la chica a la que quería. Y no a una guerra con ametralladoras y bombas. Las armas que iba a usar su novia eran considerablemente más personales. Era de esa clase de partidos. Y el hombre lo sabía, obviamente. Era el jefe. Por cierto, no estoy diciendo que él lo haya inventado. Lo que estoy diciendo es que en la actualidad él era el mejor del mundo en esa área. Era el macho alfa. No se trata de cuestionar al hombre. Hizo lo correcto. Era un profesional. Puso a su país en primer lugar. La chica fue. Y obviamente hizo un buen trabajo. En menos de dos semanas el hombre estaba yendo a esta casa en su Mercedes. Eso es eficiencia. Dos semanas es muy poco tiempo. Conseguir un resultado positivo en dos semanas es algo extraordinario. Positivo, en el sentido de que yo todavía tenía que apretar el botón. Yo también era un eslabón. Yo era el último eslabón. Lo único que tenía que hacer era apretar el botón. Si el hombre aparecía. Y el hombre apareció, gracias a la novia de este otro hombre. Que debe de haber hecho toda clase de cosas. El hombre lo sabía. Es lo que hacen estas chicas. Pero él de alguna manera lo negaba. Eso es lo que me está diciendo. Como si con ella

fuera distinto. Quizás ella no hacía todas esas cosas. O quizás sí. El hombre no me lo dejó bien claro. Pero si las hacía, era por la misión, de la cual él era el jefe. Ella sabía que él sabía que era fundamental para la misión. Así que lo hizo. Entregó al hombre, y yo estoy esperando para apretar el botón, que está en un teléfono móvil, por cierto. Ahora usamos móviles. Nos montan toda una red exclusiva para que nosotros hagamos estallar cosas. Con capital privado. Proveedores que reciben quejas. Con las radios no te podías quejar. Si algo salía mal te encogías de hombros y lo intentabas de nuevo al otro día. Pero si a alguien se le corta una llamada, se queja. Se queja con voz bien fuerte. Quizás uno estaba haciendo algo muy importante. Por lo que las compañías telefónicas se encargan de que las cosas funcionen. La única contra es el desfase temporal. Uno marca un número y hay que esperar un tiempo hasta que el teléfono suene. Hay toda clase de torres y ordenadores en el medio. Toda clase de gestiones técnicas. La demora puede llegar a ser de ocho segundos, que era el motivo por el cual todo era una cuestión de coordinación. Tenía que evaluar el ritmo al que caminaba el hombre para apretar el botón ocho segundos antes de que llegara al lugar hacia el cual se dirigía. Después de que apareciera en el coche. Algo que todavía no estaba sucediendo, lo que le daba tiempo al otro hombre para seguir hablando, cosa que hizo, sobre todo acerca de la chica. Vivía con él. Obviamente no durante las dos semanas que estuvo con el príncipe, lo cual era el punto de la conversación, que en realidad era un monólogo de su parte en cuanto a que estaba tratando de convencerme de que él no tenía problema con lo que estaba pasando. Y de que ella no tenía problema con que él no tuviera problema con eso. Era un campo de minas. Pero

supuestamente ninguno de los dos tenía problemas con eso. El hombre estaba tratando de persuadirme de eso. Mientras esperábamos. Que por cierto resultó ser un lapso de una hora. Esperamos durante una hora. Nos ubicamos en nuestra posición una hora antes. Lo que demuestra que el hombre tenía planeado usar ese tiempo para hablar, porque fue él quien organizó la agenda y era también el que estaba hablando. Acerca de la chica. La chica era un ángel. Algo que yo estaba dispuesto a creer. El hombre este era bastante difícil de soportar. Pero me contó todas las cosas que hicieron juntos y no pude evitar creer que tenían varios años felices a sus espaldas. Ya no hacían las cosas que se hacen en las relaciones que acaban de empezar, pero tampoco estaban haciendo todavía las cosas que se hacen en las relaciones que ya llevan demasiado tiempo. Hacían cosas normales, divertidas, quizás todavía un poco experimentales, como esas parejas que hacen cosas así durante mucho tiempo. Me convenció. Fue una descripción convincente. En ese momento no tuve ninguna duda de que era verdad. Lo cual obviamente era así. Finalmente mucha gente terminó viéndolo. Pero se podía ver desde mucho antes. Le creí al hombre. Mandó a la chica a estar con el príncipe. Los dos lo habían pasado muy bien juntos el fin de semana anterior. Están bien con eso. Él no tiene problemas con eso y ella no tiene problemas con nada. Así que lo hacen. El lunes por la mañana ella se va. Y ahí tenía que terminar todo. Él es el jefe, ella es una chica que está en el frente, no debería haber contacto entre ellos. De ningún tipo. Organizativamente ella para él ya no existe. Se fue. Podría llegar a no volver. Porque algunos no vuelven. Ha habido incidentes fatales. Por eso los protocolos. Nada de involucrarse de manera personal.

Algo que ellos hasta el momento han estado fingiendo, pero ahora lo tienen que hacer en serio. Pero no lo hacen. Se ven a escondidas. Lo que profesionalmente está fuera de todo límite y es un no rotundo. Va a estropear todo para siempre. Es un doble golpe. Él ya no puede negar su vínculo con ella y deja al descubierto su propia identidad. Pero lo hicieron. Y no solo una vez. Se encontraron cinco veces. En dos semanas. Cinco de catorce. Es una proporción bastante decente. No está lejos de la mitad. Que es una gran cantidad de tiempo para ausentarse. El desempeño de ella fue milagroso. Consiguió hacer el trabajo en dos semanas, y la mitad de esas dos semanas las pasó con su novio original. Que me estaba contando todo acerca de estas visitas. Que era sin duda otra infracción más. O sea, ¿quién era yo? Me tendría que haber pedido mi identificación. Pero no lo hizo, lo que significa que él pensaba que yo era un estúpido más que no le importaba a nadie. Lo cual era irónico, porque yo era lo mismo que él. De hecho era exactamente lo mismo que él. Yo también era un agente del gobierno. Su par en todos y cada uno de los aspectos. Salvo que yo no estaba con ninguna chica. El que estaba con una chica era él. Y la iba a visitar. La primera vez ella estaba bien. Acababa de conocer al príncipe. Todavía estaban en la etapa formal. La segunda vez, ya no estaba tan bien. Habían pasado la etapa formal. Nada más que veinticuatro asquerosas horas, y el príncipe ya estaba haciendo cosas. Estaba perfectamente claro. Pero estamos hablando de seguridad nacional. Al más alto nivel. Le pones una bomba a alguien en India y te ahorras muchos problemas más adelante. Quizás salvas el mundo. Obviamente las personas como este hombre y su chica tienen que creer en estas cosas. O incluso quizás ya creen en esas cosas antes de incorporarse. Quizás ese es

el motivo por el que buscan esos trabajos. Porque creen en ciertas cosas. Creen que hay algo más grande que ellos mismos. Ese es el motivo por el cual la chica vuelve a ver al príncipe, incluso después de esa segunda visita. Podemos suponer lo que está haciendo, porque cuando llega la tercera visita ella no está bien. El príncipe no le pega. No es un problema físico. Incluso podría llegar a ser que el príncipe no esté haciendo nada. Podría ser alguien totalmente inocente e inexperto. Podría ser alguien muy poco exigente. Había todo un abanico de posibilidades. Pero ella tenía que satisfacer sus necesidades de manera muy sumisa. Fueran las que fueran. Tenía que sonreír y hacer reverencias como si fuera la mujer más feliz del mundo. Lo cual es muy exigente, a nivel psicológico. No lo estaba pasando bien. Pero volvía. Estaba decidida a completar la misión. Era de esa clase de personas. Lo que hacía que el jefe se quedara siempre atrapado en un razonamiento circular, claro. No podía detener a la chica a la que quería porque si hubiera podido, no la habría querido. Ella habría insistido en ir. Él habría insistido en que ella fuera. La seguridad nacional es algo muy importante. Esta gente cree en eso. Tienen que creerlo. Así que ella fue. Y siguió yendo. La cuarta vez que la fue a visitar ella parecía estar más fuerte. La quinta vez, mejor todavía. Ahora ella tenía el control. Lo estaba consiguiendo. Era como un boxeador que acaba de ganar el título. Por supuesto que está dolorido, pero no tanto. Ella estaba así. Iba a entregar al príncipe. Era la campeona indiscutible del mundo. Ya casi había terminado. Estaba a punto de volver a casa. Salvo que quizás el boxeador está mucho más dolorido de lo que deja ver. Quizás ella estaba así. Quizás está cansada, pero le falta poco. Así que te miente. No tiene ningún problema en volver. Así que vuelve. Pero

parte de esa mentira tenía que ver con exagerar. Ella va a entregarlo, pero no va a ser fácil. No es como ella hace creer que es. Va a tener que ofrecer incentivos. Algo que no te mencionó. Porque está exagerando. Te está diciendo que la situación es mejor de lo que realmente es. Tiene el control, pero no por completo. Y te lo esconde, para que no lo sepas. Y en ese momento ves la nube de polvo a dos kilómetros de distancia, y esperas, y después el Mercedes aparece por la curva, los últimos cien metros; es un coche caro, pero está cubierto de tierra, y aparca exactamente donde tenía que aparcar y el hombre se baja por la puerta de atrás. Y como el imbécil que es, deja la puerta del coche abierta a sus espaldas y se aleja andando, como si fuera el rey del mundo, y yo ya le estoy midiendo el tiempo. Se mueve con ese andar que tienen los hombres que van al gimnasio, que es más lento de lo que parece, pero yo lo tengo medido y sé exactamente cuándo voy a apretar el botón. Y en ese momento la chica baja del coche, como si se le hubiese caído la cartera o algo así y eso la hubiera retrasado un poco, que es exactamente lo que yo creo que pasó, porque está interpretando como un gesto de disculpas con su lenguaje corporal, tiene una expresión como de "qué tonta que soy", y después alcanza al príncipe y lo coge del brazo de una manera como afectuosa. Casi como si estuviera entusiasmada, de hecho, y te das cuenta de que ha conseguido llevarlo hasta ahí prometiéndole algo especial. En una de las habitaciones, tal vez. Quizás algo que él todavía nunca ha hecho. Se ríen como niños. Andan dando saltitos. Ya casi están en el lugar en el que tienes que apretar el botón. Y a esta altura el proceso de validación está totalmente arruinado. Solo balbuceamos entre nosotros. Pero hay algo que sabemos bien. La seguridad

nacional es muy importante. Es más grande que cualquiera de nosotros. Nosotros creemos en esas cosas. Tengo que creer. Así que aprieto el botón. He medido bien el tiempo. No había ningún motivo para que no fuera así. No dudaba para nada de mi cálculo de velocidad y dirección. Ocho segundos. Cuando explotó estaban perfectamente a la altura del muro. Los dos. Y ese fue el final de la historia romántica.

MI PRIMER JUICIO POR DROGAS

¿Fue una decisión inteligente fumarme una pipa antes de salir para los tribunales? Probablemente no. El cargo era por posesión de drogas en cantidades significativas, y las primeras impresiones son importantes, y una sala de juicio oral es un teatro en el que todas las miradas están puestas en dos personajes principales: en el juez, obviamente, pero sobre todo en el acusado. Así que ¿fue una decisión inteligente?

Probablemente no.

¿Pero qué otra opción tenía? Obviamente me había fumado una pipa la noche anterior. Una pipa grande, para ser honesto. Porque estaba nervioso. No podría haber dormido sin fumarme la pipa. No es que haya intentado dormirme sin fumar, ni siquiera una sola noche en los últimos veinte años. Por lo que esa pipa ya era un hábito. Dormí el sueño de los muy fumados y me desperté sintiéndome normal. Y con aspecto normal y comportándome de manera normal, estoy seguro. En el desayuno mi mujer no hizo ningún comentario desfavorable salvo: "Ponte gotas para los ojos, cariño". Pero no lo dijo preocupada. Fue más parecido a cuando alguien te ayuda a elegir una corbata. Y fue bienvenido. Era un día importante para mí, obviamente.

Así que me afeité y me puse gotas en los ojos, y después me duché, lo que ese día me resultó especialmente simbólico. Incluso transformador. Sentí que me estaba quitando del pelo y de la piel un

residuo que tenía como adherido y que solo yo podía ver. Se fue por el desagüe y me dejó sintiéndome fresco y limpio. Un hombre nuevo, otra vez. Un hombre inocente. Me quedé bajo el chorro tibio durante un minuto más y por millonésima vez tomé a medias la decisión de dejar de fumar. La marihuana no es adictiva. No tiene ningún componente que provoque dependencia física. Era algo que podía hacer. Y sabía que debía hacerlo.

Ese sentimiento duró hasta que terminé de peinarme. La luz del baño me pareció fría y tenue. Me cayó encima el peso de un nuevo día. El problema es que una vez que te quedas en un Ritz ya no quieres volver a un Holiday Inn.

Tenía una hora libre. Los juicios nunca empiezan temprano. Había reservado esa hora para revisar algunos asuntos. No se puede pretender que los abogados se den cuenta de todo. Hay que hacerse responsable. Así que fui a mi estudio. Había una pipa en el escritorio. Estaba casi toda ennegrecida, pero tenía algunas migas sin quemar.

Abrí el primer expediente. Me habían dado copias de todo, por supuesto. Todo el material disponible. Todos los alegatos y las declaraciones y los testigos. Ya conocía bien los hechos, naturalmente. Y objetivamente, no pintaban muy bien. Era muy fácil imaginarse a cualquier analista de televisión allí sentado diciendo: *El caso no pinta muy bien para el acusado.* Pero había posibilidades. En algún lugar. Tenía que haberlas. ¿Cuántas cosas salen exactamente según lo planeado?

Las migas sin quemar eran gordas y redondas. Había un mechero en el cajón. Yo lo sabía. Un producto de plástico amarillo comprado en una gasolinera. No me podía concentrar. No de la manera

adecuada. No tal como necesitaba. Necesitaba ese estado elevado especial que yo conocía tan bien. Y estaba al alcance de mi mano.

Era una irresponsabilidad estar fumado en mi primer juicio por drogas.

Era una irresponsabilidad preparar el caso con la sensación de que no estaba rindiendo al máximo.

¿No es así?

Sujeté las migas en su lugar con el dedo meñique y quité un poco de la ceniza que había alrededor. Encendí el mechero. El humo tenía un sabor seco y viejo. Lo aguanté dentro, y esperé, y esperé, hasta que sentí el efecto. De manera microscópica. Sentí los estremecimientos minúsculos, primero en el pecho, cerca de los pulmones. Sentí cómo se sacudían y se hinchaban todas las células de mi cuerpo. Sentí que la luz se volvía más brillante y sentí que se me aclaraban las ideas.

Migas sin quemar. No hay que desperdiciar nada. Sería un crimen.

Los analistas de televisión dirían que el punto débil del lado de la fiscalía era el informe del laboratorio con respecto a las sustancias incautadas. Pero punto débil era una expresión relativa. Esperarían una condena.

Dirían que del lado del acusado no había nada que no fuera un punto débil.

No tenía sentido seguir leyendo.

Era como un carril de tren, recto y sin desvíos.

No había nada más que hacer con lo que quedaba de la hora libre de la mañana.

Apoyé de nuevo la pipa en el escritorio. En un cajón había clips. A mis espaldas en un estante había un frasco de cerámica en el que en

letras bien grandes decía *Escondite.* Me lo había comprado mi hermano. Algo irónico, supongo. Dentro del frasco había una bolsita llena de marihuana de Long Island. Proveniente de semillas de Ámsterdam, plantadas en un campo de patatas abandonado lo suficientemente cerca de varias mansiones de los Hamptons como para que los helicópteros de la policía se mantuvieran alejados. A los ricos no les gusta el ruido, a no ser que lo hagan ellos.

Saqué un clip del cajón y lo estiré y lo usé para limpiar la pipa. Hasta ahí era tan solo una tarea doméstica. Como llenar el lavavajillas. Hay que mantenerse al día con las pequeñas tareas. Hice un montoncito cónico de cenizas y carbón sobre un pañuelo desechable y después hice una bola con el pañuelo y lo tiré al cubo de basura. Soplé la pipa, fuerte, como un guerrero pigmeo en la selva. Salieron los últimos restos de polvo, y flotaron, y cayeron.

La pipa estaba limpia.

Lista para usar.

Para usar más tarde, por supuesto. Porque en ese momento las migas que antes habían quedado sin quemar estaban cumpliendo con su trabajo. Yo estaba a un par de centímetros del suelo, me sentía bien. De momento. En una hora ya iba a estar cayendo a tierra. Una buena sincronización. Iba a tener la vista despejada y la espalda erguida, listo para lo que me trajera el día.

Pero iba a ser un día largo. No había la menor duda. Un día largo, duro, tenso, sin ayudas, sin recompensas. Y no había nada que pudiera hacer al respecto. Y tampoco era tan tonto como para ir a un juicio por posesión de drogas con una bolsita en el bolsillo. Tampoco es que hubiera lugares donde fumar. No en un edificio

público. Parte del colapso de la sociedad. Ya no quedaba buena predisposición, no había más facilidades. No había alegría.

Giré la silla y me moví hacia el estante en el que estaba el frasco. Solo para mirarlo. Como una promesa a mí mismo de que el Ritz iba a estar esperándome después de pasar todo el día en el Holiday Inn. Lo destapé y saqué la bolsita y la sacudí para estirarla. Verde opaco, tirando a marrón, seco y apenas crujiente. Listo para una combustión instantánea. Un sabor más rasposo así, según mi experiencia, pero un efecto más rápido. Y el tiempo iba a ser importante.

Decidí cargar la pipa ahí mismo. Para que estuviera lista para más tarde. Sin demoras. Cruzar la puerta, encender el mechero, alivio. Medir bien los tiempos era fundamental. Piqué el cogollo y llené la pipa y lo comprimí un poco. Dejé la pipa en el escritorio y me chupé los dedos.

Medir bien los tiempos era fundamental. Sin duda no tenía que estar fumado en la corte. Entendido. ¿Pero los demás cómo podían llegar a saberlo? No iba a tener un papel demasiado importante. No el primer día, en todo caso. De vez en cuando todos me iban a mirar, pero nada más. Pero mejor no arriesgarse, está bien. Pero lo que me preocupaba era el tiempo que quedaba en el medio. Las migas sin quemar iban a dejar de hacer efecto mucho antes de que yo llegara al centro de la ciudad. Eso no era eficaz. ¿Quién quiere vivir veinte minutos de tortura más de lo estrictamente necesario?

Cogí el mechero. Nadie en el mundo sabe mejor que yo cómo prende un buen cogollo. La llama lame la parte de arriba, y la tuesta y la oscurece, y uno aspira fuerte y aguanta el aire, y aguanta, y aguanta, y el cogollo se apaga de nuevo, y uno aguanta un poco

más, y suelta el aire, y ahí ya pegó. Y todavía el noventa por ciento de la pipa está lleno, intacto, apenas sazonado. Quizás el noventa y cinco por ciento. Era casi como no haber fumado. Solo una pasada con el mechero. Apenas un gesto.

Y sin ese gesto, veinte minutos de tortura más de lo estrictamente necesario.

¿Qué se supone que hay que hacer?

Encendí el mechero. Hice la pasada. Aguanté el humo dentro, áspero y caliente y reconfortante.

Entró mi mujer.

—Dios —dijo—. ¿Justo hoy?

Así que en realidad fue su culpa. Solté el humo demasiado rápido. No le saqué todo el provecho. Dije:

—Un poquito nada más.

—Eres un adicto.

—No es adictivo.

—Emocionalmente —dijo—. Psicológicamente.

Algo que me pareció un comentario de mujeres. Si un hombre tiene una piedra en el zapato se la saca, ¿no? ¿Quién se pasa todo el día dando vueltas con una piedra en el zapato? Dije:

—Hasta dentro de más o menos una hora no va a pasar nada.

—No te puedes dar el lujo de quedarte dormido —dijo ella—. No puedes darte el lujo de ir con cara de estar en las nubes. Lo sabes, ¿no? Por favor dime que lo sabes.

—No ha sido nada —dije.

—Va a haber consecuencias —dijo—. Nos está yendo bien ahora. No nos podemos dar el lujo de perderlo todo.

—Estoy de acuerdo, nos está yendo bien. Siempre nos ha ido bien. Así que no te preocupes.

—Justo hoy —dijo de nuevo.

—No ha sido nada —dije de nuevo. Levanté la pipa—. Mira.

Ella la cogió y miró. Exactamente como yo había dicho. La parte de arriba un poco quemada, el resto intacto pero apenas sazonado. El noventa y cinco por ciento seguía ahí. Una bocanada de aire fresco. Casi como si no hubiera fumado.

—Pero basta, ¿vale? —dijo ella.

A lo que yo hubiera obedecido absolutamente, salvo que ella me había hecho desperdiciar ese primer momento tan valioso. Y yo quería medir bien el tiempo. Solo eso. Ni más ni menos. Quería estar bien para cuando el gordito de uniforme dijera *¡Todos de pie!* Pero no antes. No tenía sentido estar bien antes. No tenía ningún sentido.

Mi mujer se quedó un minuto mirándome, y después se fue. El coche me iba a pasar a buscar en veinte minutos. El viaje hasta el centro iba a tardar otros veinte minutos. Y otros veinte más dando vueltas antes de que todos nos pusiéramos a trabajar. Una hora en total. Con la calada abortada me habría alcanzado. Estaba seguro. Así que una más la remplazaría. Quizás en una versión apenas más pequeña, para compensar el breve lapso perdido. O quizás una versión apenas más larga, para compensar la breve molestia. Me habían sacado de mi ritmo. El ritual es importante, y las interferencias pueden ser desproporcionadamente destructivas.

Encendí otra vez el fuego. El mechero amarillo. Una llama amarilla, caliente y pura y estable. El problema es que la segunda pasada quema mejor. Como si esas capas de abajo ya curadas estuvieran listas y a la espera. Saben cuál es su destino, y están

instantáneamente listas para cooperar. El humo vino como una nube, y tuve que aspirar fuerte para atraparlo todo. Y la segunda vez el cogollo no se apaga tan rápido. Sigue ardiendo despacio, por lo que hay que darle otra calada. No hay que desperdiciar nada.

Y una tercera calada.

Y ahí supe que yo tenía razón. Estaba atravesando la mañana sin problemas. Había evitado el desastre. Ya no corría el peligro de quedarme medio dormido. No iba a tener cara de estar en las nubes. Estaba lúcido, alerta, despierto, veía las cosas tal como eran, abiertas a todo, mágicas.

Le di una cuarta calada, que incluyó de nuevo el mechero. El humo salió gris y espeso e instantáneamente satisfactorio. Podía sentir cómo me crecía la raíz del pelo. Los folículos bullían de actividad microscópica. Podía escuchar a mis vecinos que se preparaban para ir a trabajar. Por todas partes una claridad absoluta y aguda. Mi columna vertebral parecía de acero, tibia y recta y resistente, con órdenes cerebrales que recorrían hacia arriba y hacia abajo su misterioso interior tubular, rápidas, precisas, lógicas, específicas.

Todo en mí *estaba funcionando.*

Estaba funcionando *bien.*

Una cuarta calada, y una quinta. En la pipa había mucha marihuana. La había llenado bien. Un regalo de bienvenida para cuando volviera a casa, ¿os acordáis? Esa había sido la intención. No era realmente un mañanero. Pero ahí estaba.

Así que me la fumé.

En el coche me sentí bien. No podía ser de otra manera. Estaba listo para comerme el mundo. Y era capaz de hacerlo. El tráfico

parecía abrirse a mi paso y todos los semáforos estaban en verde. Se hace lo que se tiene que hacer, bebé. Siempre hay que llevarse a uno mismo al punto más alto de las propias capacidades. Si no, uno se baja el precio. Uno se debe a sí mismo y le debe al mundo su mejor cara, y cómo lo consigue es un asunto personal.

Me hicieron entrar por una puerta privada, porque el vestíbulo público era un zoo. Mis pasos resonaron en el suelo, rápidos y rítmicos y resueltos. Iba bien erguido y con los hombros hacia atrás. Me hicieron esperar en una sala. Se escuchaba a la multitud al otro lado de la puerta. Un zumbido bajo e intenso. Estaban todos esperando que entrara yo. Cientos de miradas, a la espera de moverse en mi dirección.

—Es hora —dijo alguien.

Abrí la puerta y entré a la sala del tribunal. Vi a los abogados, y al público, y al grupo de los jurados. Vi al acusado sentado en su lugar. El gordito de uniforme dijo en voz bien alta:

—¡Todos de pie!

EMPAPADO DE LLUVIA

Great Victoria Street

Las actas de nacimiento y las actas de defunción son de libre acceso. Los resultados de los censos y los registros de inquilinos y las viejas hipotecas se pueden buscar. Lo mismo que las solicitudes de ciudadanía de todos los demás países de habla inglesa. En internet hay todo tipo de páginas para buscar los antepasados de una persona. Estos eran los factores que estaban a nuestro favor.

En contra estaba la verdad histórica. La calle la habían construido en la década de 1960. Hacía cincuenta años, más o menos. Muchas personas aún con vida podían recordarlo. La mayoría de los residentes originales habían fallecido, pero tenían familias, que debían haber ido allí de visita, y que podían llegar a acordarse. Hijos y nietos, receptores de legados y leyendas, y por lo tanto probablemente un problema.

Pero en general tuvimos suerte. Los primeros propietarios de la casa habían muerto hacía mucho tiempo y no habían tenido hijos. El marido tenía algunos hermanos que todavía estaban vivos, pero todos se habían ido a vivir a Australia o a Canadá. La mujer tenía una hermana viva que todavía estaba en el vecindario, pero tenía más de ochenta años y no se la consideraba una persona demasiado fiable.

Desde esa pareja original, la casa había tenido cinco propietarios, la mayoría en los últimos años. Sentimos que teníamos la distancia suficiente. Así que fuimos con la tercera variante del segundo plan. Hairl Carter vino conmigo. Hairl Carter segundo, técnicamente. Su padre se llamaba exactamente igual. Del sudeste de Missouri. La madre de su padre había querido que su primogénito se llamara Harold, pero había cursado solo hasta tercer grado de la escuela primaria y no sabía deletrear más que fonéticamente. Así que su hijo se llamó Harold, fonéticamente. La señora nunca supo que era raro. A su nieto todos le llamábamos Harry, lo que a ella tal vez no le habría gustado mucho.

Harry hizo todo el papeleo, que fue bastante sencillo, porque hicimos todo fotocopias de fotocopias, lo que esconde muchos pecados. Yo abrí una cuenta en un banco de Washington D. C., a nombre de la sociedad, y deposité allí medio millón de dólares y nos dieron tarjetas de crédito y una chequera. Después ensayamos. Lo preparamos, como si fuera un debate político. La misma conversación, una y otra vez, por todos los caminos y bifurcaciones posibles. Identificamos puntos débiles, aunque no nos quedaba más alternativa que atravesar la situación. Nos imaginamos que siendo un poco audaces podíamos conseguir que no pensaran con demasiada claridad.

Volamos primero a Londres, después a Dublín, en el sur, y después fuimos a Belfast con billetes que costaron menos que un café en nuestro propio país. Fuimos en taxi hasta el Europa Hotel, que es donde imaginamos que se quedarían las personas como nosotros. Arreglamos con el conserje el tema del coche. Después

nos acostamos y dormimos. Decidimos que a media mañana del día siguiente sería la hora cero.

El coche que nos pasó a buscar era un Mercedes impecable y el chófer no mostró ningún tipo de reticencia con respecto a la dirección a la que íbamos –que era la penúltima casa de una corta fila de casas adosadas de construcción barata, monótonas y de mala calidad, con grandes secciones de tablones de revestimiento desconchados, elegidos seguramente para no gastar en ladrillos–. Las tejas eran de cemento y estaban cubiertas de musgo. A lo lejos las colinas parecían de terciopelo, de un verde imposible, pero a nuestro alrededor toda la zona edificada era prácticamente lo contrario. Había una llovizna fría en el aire, y la calle y la acera se veían gris brillante.

El coche nos esperó aparcado junto al bordillo y nosotros abrimos el portón de una reja rota y recorrimos un breve sendero que cruzaba el jardín de delante. Carter tocó el timbre y la puerta se abrió inmediatamente. El Mercedes no había pasado desapercibido. Apareció una mujer que se quedó mirándonos. Era robusta y tenía la cara pálida y carnosa.

—¿Quiénes son ustedes? —dijo.

—Venimos de Estados Unidos —dije yo.

—¿Estados Unidos?

—Viajamos hasta aquí para verla a usted.

—¿Por qué?

—Usted es la señora Healy, ¿no es así? —pregunté yo, aunque ya lo sabía. Sabía todo respecto a ella. Sabía dónde había nacido, cuántos años tenía y cuánto dinero ganaba su marido. Que no era

mucho. Llevaban un mes de retraso en prácticamente todo. Lo que esperaba que nos sirviera de ayuda.

—Sí, soy la señora Healy —dijo la mujer.

—Mi nombre es John Pacino, y mi colega aquí es Harry Carter.

—Buenos días.

—Vive en una casa muy interesante, señora Healy.

Nos miró como si no entendiera de qué estábamos hablando, y después estiró el cuello y se asomó por la puerta y miró la fachada de su casa:

—¿Sí? —dijo.

—Es interesante para nosotros, en todo caso.

—¿Por qué?

—¿Podríamos explicarle toda la situación?

—¿Les gustaría tomar una tacita de té? —dijo ella.

—Nos encantaría.

Y así entramos en la casa, primero Carter, después yo, sintiendo una suerte de satisfacción preliminar, como si nuestro primer bateador hubiese llegado a primera base. No había nada garantizado, pero hasta el momento íbamos bien. Dentro olía a vida diaria y ventanas cerradas. Un analista cualificado podría haber enumerado los ingredientes de sus últimas ocho comidas. Que habían sido todas hervidas o fritas, supuse.

No era el tipo de casa en la que los invitados se quedan esperando en el vestíbulo. Seguimos a la mujer hasta la cocina, en la que había ropa recién lavada secándose colgada de un tendedero. Llenó un hervidor y lo puso al fuego.

—Cuéntenme qué es lo que mi casa tiene de interesante —dijo.

—Hay un escritor al que admiramos mucho —dijo Carter—. Se llama Edmund Wall.

—¿Aquí?

—En Estados Unidos.

—¿Un escritor?

—Un novelista. Muy bueno.

—Nunca he escuchado su nombre. Pero no leo mucho.

—Mire —dijo Carter, y sacó de su bolsillo las copias y las alisó sobre la encimera.

Estaban hechas como para que parecieran páginas de Wikipedia. Algo que es más complicado de lo que la gente cree. (Los archivos para imprimir de Wikipedia son distintos a como se ven en la pantalla).

—¿Es famoso? —preguntó la señora Healy.

—No exactamente —dije yo—. Los escritores nunca llegan a ser realmente famosos. Pero es un escritor muy respetado. Entre las personas a las que les gusta el tipo de cosas que él hace. Hay una asociación de admiradores. Y ese es el motivo por el que estamos aquí. Yo soy el presidente y el señor Carter es el secretario general.

La señora Healy se puso un poco rígida, como si creyera que estábamos intentando venderle algo.

—Lo siento, pero no me quiero asociar —dijo—. No lo conozco.

—No es esa la propuesta que tenemos que hacerle —dije yo.

—¿Y cuál es la propuesta?

—Antes de ustedes, aquí vivió la familia Robinson, ¿no es así?

—Sí —dijo ella.

—Y antes de los Robinson, los Donnelly, y antes que ellos, los McLaughlin.

La mujer asintió:

—Todos tuvieron cáncer —dijo—. Uno detrás de otro. La gente empezó a decir que esta casa traía mala suerte.

Puse cara de preocupado:

—¿Y eso a ustedes no les molestó en el momento en que la compraron? —dije.

—En mi fe no hay lugar para la superstición.

Que era un argumento de una circularidad tal que le podía hacer explotar la cabeza a cualquiera. Me dejó mudo.

—Y antes de la familia McLaughlin vivió la familia McCann —dijo Carter—. Y al comienzo, la familia McKenna.

—Eso fue antes de mi época —dijo la mujer, desinteresada, y yo sentí que nuestro corredor en primera base robaba segunda. Posición anotadora.

—Edmund Wall nació en esta casa —dije.

—¿Quién?

—Edmund Wall. El novelista. En Estados Unidos.

—Aquí nunca vivió nadie de apellido Wall.

—Su madre era muy amiga de la señora McKenna. Volviendo al principio. Vino de Estados Unidos a visitarla. Pensó que todavía le quedaba un mes más, pero el bebé nació antes.

—¿Cuándo?

—En la década de 1960.

—¿En esta casa?

—Arriba, en el dormitorio. No hubo tiempo para ir al hospital.

—¿Un bebé?

—El futuro Edmund Wall.

—Nunca he oído hablar de eso. La señora McKenna tiene una hermana. Nunca habla de eso.

Comentario que se sintió como si el corredor hubiera querido robar una base más y se hubiera visto obligado a volver rápido a la anterior.

—¿Usted conoce a la hermana de la señora McKenna? —dije.

—De vez en cuando charlamos un poquito. A veces la veo en la peluquería.

—Fue hace cincuenta años. ¿Cómo anda ella de memoria?

—Me imagino que cualquier persona se acordaría de algo así.

—Quizás se mantuvo en secreto —dijo Carter—. Es posible que la madre de Edmund no estuviera casada.

La señora Healy se puso pálida. Indecencia. Escándalo. En su casa. Peor que el cáncer.

—¿Por qué motivo me están contando esto? —dijo.

—La Asociación de Admiradores de Edmund Wall quiere comprar su casa —dije yo.

—¿La quieren comprar?

—Para hacer un museo. Bueno, como un museo vivo, en realidad. Sin duda la gente podría venir a visitarla, para ver el lugar en el que nació Edmund Wall, pero también podríamos guardar sus papeles aquí. Podría ser un centro de investigación.

—¿La gente hace esas cosas?

—¿Qué cosas? ¿Investigar?

—No, visitar casas en las que nacieron escritores.

—Todo el tiempo. Muchas casas de escritores son museos. O atracciones turísticas. Podríamos hacerle una oferta muy generosa.

Edmund Wall tiene muchos admiradores apasionados en Estados Unidos.

—¿Cómo de generosa?

—Lo mejor sería que ustedes eligieran dónde les gustaría ir a vivir, y nosotros nos aseguraremos de que puedan hacerlo. Dentro de lo razonable, por supuesto. Quizás una casa nueva. Están construyendo casas por todas partes. —Terminé de decir eso y me callé, y dejé que la tentación hiciera su magia.

La señora Healy se quedó en silencio. Después empezó a mirar toda la cocina. Alacenas astilladas, bisagras flojas, paredes húmedas.

El hervidor empezó a silbar.

—Tendría que hablar con mi marido —dijo la señora Healy.

Comentario que se sintió como si el corredor hubiese llegado derrapando a tercera base antes de que lo alcanzara el lanzamiento. *Safe.* Quedaban solo noventa pies por recorrer. No había nada garantizado, pero hasta el momento todo iba bien. De hecho iba todo muy bien, *bloody good,* como dicen en esas islitas húmedas. El viaje de vuelta en el Mercedes lo hicimos de excelente humor.

El problema nos estaba esperando en el vestíbulo del Europa. Un norirlandés, de más o menos cincuenta años, vestido con un traje barato, con marcas y cicatrices en las manos y bolsas bajo los ojos. Un exagente de campo, sin duda, con muchos años de oficio, que ahora estaba trabajando en un escritorio debido a su edad. Podía reconocer fácilmente a una persona así. Era como mirarme al espejo.

—¿Podría hablar con vosotros? —dijo.

Fuimos al bar, que estaba deprimente y vacío antes de la hora punta de la comida. El hombre dijo que era policía, de allí de Belfast, de una unidad que no especificó, pero que yo me imaginé que sería la Brigada Especial, que era el puño de hierro de la Royal Ulster Constabulary, ahora el Servicio de Policía de Irlanda del Norte. Como el FBI, pero sin guantes.

—¿Podríais decirme quiénes sois y por qué motivo estáis aquí? —dijo.

Así que Carter le empezó a contar todo el cuento de Edmund Wall y la asociación de admiradores y la casa natal, pero lo que había estado bien más temprano por la mañana ya no sonaba tan bien a la fría luz del mediodía. El hombre iba comprobando todo en su teléfono en tiempo real a medida que Carter hablaba, y después dijo:

—Hay cuatro cosas que no funcionan en esa historia. Edmund Wall no existe, la asociación de admiradores no existe, la cuenta bancaria que habéis abierto está en la sucursal más cercana a Langley, que es donde está la sede central de la CIA, y lo más importante de todo, que esa casa de la que habláis fue en algún momento el hogar de Gerald McCann, un paramilitar muy conocido en su época.

Carter no dijo nada, y yo tampoco.

El hombre siguió:

—Como sabréis, Irlanda del Norte forma parte del Reino Unido. No van a permitir que se lleven a cabo en su territorio actividades de las que no están al tanto. Así que pregunto de nuevo: ¿podríais decirme quiénes sois y por qué motivo estáis aquí?

—¿Te interesaría hacer un trato? —dije yo.

—¿De qué tipo?

—¿Quieres hacer un amigo en un lugar importante?

—¿Cómo de importante?

—Muy importante.

—¿Dónde?

—En un lugar útil para tu gobierno.

—¿Cuáles serían las condiciones?

—Que primero nos dejes terminar nuestro trabajo.

—¿A quién vais a matar?

—A nadie. Los Healy se mudan a una casa nueva. Nada más.

—¿Vosotros qué beneficio obtenéis?

—Nos pagan. Pero tu nuevo amigo del lugar muy importante pasa a tener paz mental. Y no tengo dudas de que sabrá mostrar su gratitud al respecto.

—Cuéntame más.

—Primero necesito corroborar que tienes la cabeza bien puesta. No estamos hablando de un asunto en el que puedes empezar a hacer llamadas e incluir a otras personas. Estamos hablando de un asunto en el que nos dejas hacer nuestro trabajo y después, cuando nosotros nos vamos, tú anuncias tu nueva relación como un golpe personal. O no. Quizás quieras guardarte al hombre en el bolsillo.

—¿Cuántas leyes vais a incumplir?

—Ninguna. Vamos a comprar una casa. Algo que pasa todos los días.

—Porque hay algo allí, ¿no? ¿Qué fue lo que dejó Gerald McCann?

—Tienes que aceptar lo que he dicho antes. Al menos tienes que asentir con la cabeza. Tengo que poder confiar en ti.

—De acuerdo, acepto —dijo el hombre—. Pero me voy a quedar con vosotros todo el tiempo. Ahora somos tres. Hasta que terminéis. Cada minuto. Hasta que os despida en el aeropuerto.

—No, ven con nosotros —dije—. Puedes conocer a tu nuevo amigo. Al menos ven a darle la mano. Después vuelves. Te lo guardes en el bolsillo o no, te sentirás mejor haciendo las cosas así.

El hombre cayó en la trampa, como yo sabía. O sea, ¿por qué no? A los servicios les encantan los éxitos personales. Les encanta tener a alguien en el bolsillo. Les encanta controlar a la gente. Les encanta ser el mejor.

—Trato hecho —dijo—. ¿Cuál es la historia, entonces?

—Érase una vez un joven oficial del Ejército de los Estados Unidos. Era un poco impulsivo, y simpatizaba con determinadas cosas. Y tenía un trabajo determinado, en una época determinada. Vendió unas armas obsoletas.

—¿Se las vendió a Gerald McCann?

Yo asentí:

—Que hasta donde sabemos nunca las usó. Que creemos las enterró bajo el suelo de su sala de estar. Mientras tanto, nuestro joven oficial creció y ascendió y terminó haciendo un trabajo totalmente distinto. Ahora quiere que no quede ningún rastro de nada.

—¿Queréis comprar la casa para excavar en el suelo?

Asentí de nuevo:

—No podemos entrar a la fuerza y hacerlo. Demasiado ruidoso. Los suelos son de cemento. Vamos a necesitar martillos neumáticos. Los vecinos tienen que pensar que estamos arreglando las cañerías o algo así.

—¿Estas armas todavía se pueden rastrear?

—A decir verdad, solo arma, en singular. Y estoy dispuesto a decirte la verdad, dada la posición en la que me encuentro. Todavía se puede rastrear, sí. Y si saliera a la luz sería extremadamente incómodo.

—¿La señora Healy les creyó lo de Edmund Wall?

—Nos creyó lo del dinero. Venimos de Estados Unidos.

El hombre de la Brigada Especial dijo:

—Lleva mucho tiempo comprar una casa.

Nos llevó tres semanas, con todo tipo de trámites legales, y una inspección, que fue una pantomima y una farsa, porque ¿qué nos importaba a nosotros? Pero si nos hubiésemos negado a hacerla, habría resultado sospechoso. Se suponía que éramos los diligentes administradores de los bienes de una asociación de admiradores. Así que encargamos la inspección y después simulamos leer el informe. Que era bastante negativo, en realidad. Por un momento me preocupó que el martillo neumático tirara la casa abajo.

Nos quedamos en Belfast las tres semanas. En circunstancias normales nos habríamos ido a Estados Unidos y habríamos vuelto después, pero no con un policía de la Brigada Especial en la escena, obviamente. Teníamos que vigilarlo todo el tiempo. Lo que fue bastante fácil, porque él nos tenía que vigilar todo el tiempo a nosotros. Nos pasamos las tres semanas mirándonos entre nosotros y leyendo basura sobre materiales de construcción podridos y humedad de cimientos. Fuera lo que fuera eso. Llovía todos los días.

Pero al final los abogados lo consiguieron, y yo recibí una sobria llamada telefónica en la que me informaron que la casa era nuestra. Así que buscamos la llave y fuimos hasta la casa en coche y

empezamos a dar vueltas con los papeles de la inspección en la mano y con cara de preocupados –algo que hicimos para preparar el terreno–. El martillo neumático tenía que poder explicarse. Y los vecinos eran extremadamente entrometidos. Se asomaban y se acercaban y se presentaban en masa. Trajeron a la hermana de la señora McKenna, que aseguró que se acordaba de cuando había nacido el niño, lo que provocó entre su público distintas exclamaciones de sorpresa y cuchicheos. Se acercó más gente. En consecuencia, esperamos dos días antes de alquilar el martillo neumático. Pensamos que sería más fácil que alquilarlo de inmediato. Yo sabía operar ese tipo de herramientas. Había hecho que me enseñara una cuadrilla que estaba arreglando el aparcamiento del personal de seguridad de Langley.

El suelo de la sala efectivamente era de cemento, con algún tipo de capa asfáltica por encima, que a su vez tenía por encima una moqueta con base de goma, tan vieja que estaba toda aplastada y quebradiza. La quitamos y vimos una zona de la capa asfáltica que era distinta del resto. Además tenía el tamaño correcto. Sonreí. Gerald McCann, encargándose de sus asuntos.

—¿Qué le pasó a McCann? —pregunté.

—Lo mataron —dijo el tipo de la Brigada Especial.

—¿Quién lo mató?

—Nosotros.

—¿Cuándo?

—Antes de que pudiera usar esto, obviamente, sea lo que sea.

Y después de eso se volvió imposible seguir la conversación, porque yo empecé a usar el martillo. Después de lo cual el trabajo avanzó rápido. La mezcla del suelo tenía mucha arena y poco

cemento. Lo mismo que en cualquier otra parte del mundo. El de las cementeras es un negocio sucio. Pero aun y todo, el pozo era bastante hondo. Más que un simple escondite provisional. Parecía algo permanente. Pero finalmente llegamos al fondo, y sacamos lo que estaba guardado allí.

Estaba envuelto en plástico grueso, pero se lo reconocía de inmediato. Un cilindro de tela reforzada, verde oliva, como de la mitad del tamaño de un bidón de gasolina, con correas y hebillas por todas partes, para mantenerlo bien cerrado, y para que fuera portátil, como una mochila. Una mochila muy grande. Una mochila muy grande y muy pesada.

El tipo de la Brigada Especial se quedó mudo, y después dijo:

—¿Es lo que yo creo que es?

—Sí, es lo que crees que es.

—Dios santo y la virgen María.

—No te preocupes. La ojiva es falsa. Porque nuestro muchacho de uniforme no tenía nada de tonto.

—¿Ojiva? —dijo Carter—. ¿Qué es eso?

Yo no dije nada.

El hombre de la Brigada Especial se lo explicó:

—Es una SADM. Una W54 en un contenedor de transporte H-912.

—¿Y todo eso qué es?

—Una Munición Atómica Especial de Demolición. Una ojiva W54, que era el bebé de la familia, adaptada para usarla como carga explosiva. Atas eso al pilar de un puente, y es como tirarle mil toneladas de TNT.

—¿Es nuclear?

—Pesa un poco más de veinte kilos —dije yo—. Menos que la maleta que te llevas de vacaciones. Es lo más parecido que hay a una bomba nuclear portátil.

—Es una bomba nuclear portátil —dijo el hombre de la Brigada Especial—. Olvida la parte de "es lo más parecido que hay".

—No sabía que existían —dijo Carter.

—Las desarrollaron en la década de 1950 —dije—. Para 1970 ya estaban obsoletas. Entrenaban a los paracaidistas para que pudieran saltar con estas bombas, detrás de las líneas enemigas, para hacer volar centrales eléctricas y presas.

—¿Con bombas nucleares?

—Tenían temporizadores. Los paracaidistas podían llegar a salvarse.

—¿Podían llegar a?

—Era difícil el mundo en esa época.

—¿Pero esta ojiva es falsa?

—Ábrela y échale un vistazo.

—No reconocería la diferencia.

—Buen punto —dije—. Gerald McCann obviamente no la reconoció.

—Ahora entiendo por qué mi nuevo amigo quiere limpiar todos los rastros —dijo el hombre de la Brigada Especial—. ¿Venta de armas nucleares a grupos paramilitares? No podría sobrevivir a eso, sea quien sea.

Metimos la cosa esa en el maletero de un coche alquilado, y fuimos hasta un rincón tranquilo del Aeropuerto Internacional de Belfast,

hasta una entrada que decía *Aviación General,* lo que significaba aviones privados, y encontramos el nuestro, que era un Gulfstream IV, pintado de gris y sin ningún otro tipo de marcas más allá de los caracteres de la matrícula. El hombre de la Brigada Especial pareció un poco celoso.

—Es prestado —dije—. Se usa sobre todo para ciertas extradiciones.

Al escuchar eso pareció un poco preocupado.

—Seguro que ya le han lavado toda la sangre —dije.

Cargamos la munición a bordo nosotros mismos, porque no había ningún tripulante extra para ayudarnos. Había un piloto y no había ningún auxiliar. Una práctica estándar, en el negocio de las extradiciones. Menos problemas para negar todo después. Calculamos que la munición debía tener el tamaño de una persona gorda, así que la atamos de pie en un asiento aparte. Después nos sentamos nosotros tres, tan lejos de la bomba como pudimos.

Noventa minutos después de comenzar el viaje fui al baño, y después volví a llevar la conversación al tema de las extradiciones a las que me refería.

—Estos aviones están modificados —dije—. Les quitan algunos de los mecanismos de seguridad electrónicos. Por ejemplo, se puede abrir la puerta mientras el avión está volando. Despacio y a poca altura, por encima del agua. Amenazan a los prisioneros con que los van a tirar. Para ir ablandándolos.

Después dije:

—De hecho, a veces los tiran de verdad. En el viaje de vuelta, por lo general, cuando ya han dicho todo lo que tenían que decir. Cualquier otra alternativa es mucho más problemática.

Después dije:

—Es lo que vamos a hacer con la bomba. Tenemos que hacerlo. No tenemos manera de destruirla antes de aterrizar, y no podemos hacer que de repente reaparezca en Estados Unidos, como si acabara de escaparse de un museo. Y esta es la disposición perfecta para una corroboración. Porque somos tres. Porque nos van a hacer preguntas. Él tiene que estar seguro. Y así yo puedo asegurar que os vi a vosotros dos tirándola por la puerta, y vosotros dos podéis asegurar que la visteis caer al agua, y podéis asegurar también que yo os estaba mirando cuando lo hicisteis. Nos podemos cubrir entre nosotros de tres maneras.

Eso tenía sentido, así que empezamos a volar bajo y despacio y yo abrí la puerta. Entró un aire salado, y extremadamente frío, y el avión tembló y se sacudió. Retrocedí, y el hombre de la Brigada Especial vino primero, andando de lado por el pasillo, con una de las correas de la funda agarrada con su mano llena de marcas y cicatrices, y después venía la bomba, pesada, bamboleándose como un gordo en una hamaca, y después venía Carter, con una correa en la mano derecha, avanzando de lado.

Se pusieron al lado de la puerta abierta, dándome la espalda, los dos con el antebrazo apoyado en el mamparo para mantenerse firmes, con la bomba balanceándose suavemente y golpeando el suelo entre los dos. "A la cuenta de tres", dije yo, y empecé a contar, y ellos levantaron el cilindro y empezaron a balancearlo, y cuando llegué a tres abrieron las manos y las correas de tela se soltaron y el

cilindro voló por el aire e instantáneamente el viento lo sacudió y se lo llevó. Los dos se quedaron agarrados al mamparo con el antebrazo, asomados hacia fuera, mirando hacia abajo, esperando que el cilindro hiciera contacto con el agua, y yo saqué el arma que había cogido del baño y le disparé al hombre de la Brigada Especial en la parte baja de la espalda, no por una inclinación sádica, sino por una simple cuestión de balística. Si la bala le traspasaba el cuerpo, quería que siguiera su camino, y no que diera contra el fuselaje.

No creo que la bala lo matara. Pero el impacto le cambió el día. Perdió la fuerza, y el antebrazo se le soltó del mamparo, y medio se cayó y medio lo succionó el vacío. Sin ningún ruido. Lo único que se vio fue como un trompo fuera de foco en el momento en que lo atrapó la corriente de aire, y después un punto que se hizo cada vez más pequeño, y después una salpicadura minúscula en el azul del agua allá abajo, imposible de distinguir entre las crestas blancas de millones de olas.

Me acerqué y ayudé a Carter a cerrar la puerta.

—Supongo que sabía muchas cosas —dijo.

—Demasiadas —dije yo.

Nos sentamos, uno al lado del otro.

Menos de una hora después Carter ya había deducido todo. No era tonto. Dijo:

—Si la bomba era falsa, podría haber presentado el caso como una trampa, como que estaba dejando fuera de juego a un enemigo importante. O como una guerra económica. Algo al estilo Robin

Hood. Sacó de circulación una gran cantidad de dinero sucio a cambio de un pedazo de chatarra inservible. Podría ser el héroe secreto. El hombre más modesto del mundo.

—¿Pero? —dije.

—No está presentando el caso así. Y toda esa gente murió de cáncer. Los Robinson, y los Donnelly, y los McLaughlin.

—¿Entonces? —dije.

—La bomba era verdadera. Eso era una bomba atómica. Vendió armas nucleares.

—Armas nucleares pequeñas —dije—. Y obsoletas.

Carter no respondió. Pero esa no era la parte importante. La parte importante llegó cinco minutos después. Vi en su mirada cómo se le fue apareciendo.

—Haz la pregunta —dije.

—Mejor no —dijo él.

—Haz la pregunta —dije.

—¿Por qué había un arma en el baño? El hombre de la Brigada Especial ha estado con nosotros todo el tiempo. No la pediste antes. No tuviste la oportunidad. Pero igualmente estaba allí. ¿Por qué?

No contesté.

—Estaba allí para que te encargaras de mí —dijo—. El hombre de la Brigada Especial fue una casualidad. Pero ya tenías planeado matarme a mí.

—Muchacho, nuestro jefe vendió armas nucleares de verdad —dije —. Yo estoy limpiando el desastre. ¿Qué esperabas?

—Él confía en mí —dijo Carter.

—No, no confía en ti.

—Jamás lo delataría. Es mi ídolo.

—Tu ídolo debería ser Gerald McCann. Tuvo la sensatez de no usar esa maldita cosa. Estoy seguro de que estuvo muy tentado.

Carter no contestó a eso. Deshacerme de él fue difícil, sin ayuda de nadie, pero las horas siguientes fueron tranquilas, solo el piloto y yo, volando a gran altitud y rápido hacia un atardecer espectacular. Recliné bien el asiento y me estiré. Es importante relajarse. La vida es breve e incierta, y conviene sacarle el mayor provecho a lo que te toca en suerte.

LA VERDAD SOBRE LO QUE PASÓ

Salí de declarar sintiéndome bastante bien al respecto. Mis respuestas fueron breves y concisas. Me mantuve tranquilo en todo momento. No dije nada que no debería haber dicho. Apliqué un viejo truco que alguien me había enseñado hacía mucho tiempo, que consiste en contar mentalmente hasta tres antes de responder una pregunta. ¿Nombre? Uno, dos, tres, Albert Anthony Jackson. El truco ayuda a evitar respuestas apresuradas e imprudentes. Porque te da tiempo para pensar. Los vuelve locos, pero no pueden hacer nada. El juramento no dice "la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, en menos de tres segundos a partir del momento en que el abogado termine de hacer su pregunta". Probadlo. Un día os va a salvar. Porque las respuestas imprudentes a veces son tentadoras. Como en mi caso esa mañana. El presidente del comité tenía clara su agenda. La primera pregunta importante que hizo fue: "¿Por qué no está en las fuerzas armadas?". Como si yo fuera un cobarde, o alguna especie de degenerado moral. Me imaginé que lo hacía para restarme credibilidad, si es que en algún momento la declaración salía a la luz.

—Tengo una pierna de madera —dije.

Lo cual era cierto. No de Pearl Harbor o algo así. Aunque tampoco hago nada para que piensen lo contrario. La verdad es que me atropelló un Ford Modelo T en el estado de Mississippi. Una rueda angosta de madera, un neumático rígido, una tibia fracturada, un

médico rural a kilómetros de distancia de cualquier lugar. Optó por la solución más fácil y amputó la pierna de la rodilla para abajo. Nada muy importante. Salvo que el Ejército no me aceptaba en sus filas. Ni tampoco la Armada. Pero aceptaban a todos los demás. Lo que significó que para el verano de 1942 el FBI tuviera problemas para conseguir nuevos reclutas. La pierna no les preocupó. Es de madera de arce, como un bate de béisbol. Aunque nadie me lo preguntó. Recibí entrenamiento y después una placa y un arma, y después me hicieron salir al mundo.

Así que un año más tarde al menos estaba armado, aunque no estaba en las fuerzas armadas. Pero el hombre no cedió terreno ni siquiera con eso. Dijo: "Lamento su desgracia", y lo dijo de manera crítica, como acusándome de algo, como si yo no hubiese prestado la debida atención, o como si hubiese premeditado durante mucho tiempo una forma de evitar el reclutamiento. Pero después de eso nos entendimos bien. Se concentró principalmente en preguntas sobre los procedimientos de la investigación, y uno, dos, tres. Las contesté todas, y a las doce menos cuarto ya estaba fuera de la sala. Me sentía bastante bien, como dije, hasta que Vanderbilt me agarró en el pasillo y me dijo que tenía que ir a otra.

—¿Otra qué? —dije.

—Otra declaración —dijo él—. Aunque en realidad no. No va a ser bajo juramento. Sin respuestas preparadas. Estrictamente extraoficial, para nuestros expedientes.

—¿Realmente queremos que nuestros expedientes sean distintos de los suyos? —dije.

—Ya se ha tomado la decisión —dijo Vanderbilt—. Quieren que la verdad quede registrada en algún lado.

Me llevó a otra sala, donde esperamos veinte minutos, y después entró una taquígrafa, lista para tomar notas. Era una mujer voluminosa y de cuerpo firme. De unos treinta años. Pelo rubio teñido. Me imaginé que estaría bien en traje de baño. No quiso hablar. Después entró Slaughter. El jefe de Vanderbilt. Decía que era pariente de Enos Slaughter, el de los St. Louis Cardinals, pero nadie le creía.

Nos sentamos todos, y después Slaughter esperó hasta que la mujer de cuerpo firme tuviera el lápiz preparado y dijo:

—Vale, cuéntenos la historia.

—¿Toda? —dije yo.

—Es para fines internos.

—Fue idea de Mr. Hopper —dije.

Siempre es mejor responsabilizar a otro lo antes posible.

—Esto no es una caza de brujas —dijo Slaughter—. Empiece por el principio. Su nombre. Para la posteridad.

Uno, dos, tres.

—Albert Anthony Jackson —dije.

—¿Cargo?

—Agente especial del FBI temporalmente destinado mientras dure la operación.

—¿Destinado a dónde?

—A donde estamos ahora mismo —dije.

—¿Y dónde estamos?

—En el proyecto —dije.

—Diga el nombre, para que conste en acta.

—El Grupo de Desarrollo de Materiales.

—El nombre nuevo.

—¿Estamos autorizados a decirlo?

—Tranquilo, Jackson, ¿vale? —dijo Slaughter—. Estamos entre amigos. No está bajo juramento. No tiene que firmar nada. Lo único que queremos es una historia oral.

—¿Por qué?

—No vamos a ser sus favoritos para toda la vida. Antes o después se nos volverán en contra.

—¿Por qué motivo podría suceder eso?

—Porque vamos a ganar esto por ellos —dijo Vanderbilt—. Y a ellos no les gusta compartir el protagonismo.

—Ya veo —dije.

—Así que va a ser mejor que tengamos nuestra versión preparada.

—Diga el nombre del proyecto —dijo Slaughter.

—Proyecto Manhattan —dije.

—¿Qué tarea desempeña usted?

—Seguridad.

—¿La ha desempeñado con éxito?

—Hasta el momento sí.

—¿Qué fue lo que Mr. Hopper le pidió que hiciera?

—Al principio no me lo pidió —dije—. Empezó de la manera normal. Necesitaban instalaciones nuevas. En Tennessee. Mucho hormigón. Mucha ingeniería especializada. El presupuesto era de doscientos millones de dólares. Necesitaban a alguien para que estuviera a cargo de eso. Mi trabajo era la investigación de antecedentes.

—¿En qué consiste ese trabajo?

—Buscamos cosas comprometedoras en sus vidas personales y cosas sospechosas en sus actividades políticas.

—¿Por qué?

—No queremos que los puedan chantajear para sacarles información secreta, y sin duda no queremos que compartan información secreta gratis.

—¿A quién tenía que investigar en esta ocasión?

—A un hombre llamado Sherman Bryon. Era un especialista en ingeniería estructural. Era viejo, pero todavía podía hacer su trabajo. La idea era nombrarlo coronel del Ejército y ponerlo a trabajar. En el caso de que estuviera limpio.

—¿Y estaba limpio?

—Al principio no hubo ningún problema. Fui a echarle un vistazo, en una reunión por algo totalmente distinto. Barcos de hormigón, de hecho. Primero me gusta ir a verlos. Desde cierta distancia, sin que lo sepan. Este era un hombre alto, bien vestido, con bigote plateado. Viejo, pero erguido. Probablemente hablaba muy bien. Ese tipo de persona. Patricios, les dicen. En los papeles no había nada. Había votado en contra de Franklin Roosevelt las tres veces, pero oficialmente eso a nosotros nos gusta. No simpatizaba con la izquierda. Lo que está considerado como un sello de aprobación. No tenía problemas económicos. No tenía escándalos profesionales. Ninguna de sus estructuras se había desmoronado.

—¿Pero?

—El paso siguiente era hablar con sus amigos. O escucharlos, en realidad. A ver qué decían, y qué no.

—¿Y qué fue lo que escuchó?

—No mucho, en un primer momento. Ese tipo de personas son muy discretas. Muy correctos. Me hablaban como le hablarían al cartero. Se mostraron amables y fueron muy claros. Yo trabajaba

para una organización seria y útil, pero ellos no iban a compartir ningún tipo de confidencia.

—¿Y cómo se supera esa clase de obstáculos?

—Decimos parte de la verdad. Pero no toda la verdad. Di a entender que había un proyecto ultrasecreto. Trabajo militar para la guerra. Seguridad nacional. Barcos de hormigón, eso di a entender, extremadamente importante. Les dije que en el momento actual compartir confidencias era un deber patriótico.

—¿Y?

—Se aflojaron un poco. El hombre les caía bien. Y lo respetaban. En el ámbito profesional es una persona recta. Paga sus cuentas. Trata bien a su gente. Es muy exitoso en un nicho muy exclusivo.

—Todo bien, entonces.

—Había algo que no me estaban diciendo. Tuve que presionar.

—¿Y?

—El viejo Sherman está casado. Pero hay algunas historias de algo a escondidas. Aparentemente lo han visto con esa mujer.

—¿Clasificó eso como un riesgo de chantaje?

—Fui a ver a Mr. Hopper —dije.

—¿Quién es Mr. Hopper? Para la posteridad.

—Es mi jefe. El director de Seguridad. Era una decisión importante. A Mr. Hopper le gustaba especialmente la parte de que Sherman fuera exitoso en un nicho muy exclusivo. Estaba pensando en nombrarlo general de brigada, no coronel. Era exactamente la clase de persona que necesitábamos. No elegirlo iba a ser un paso importante.

—¿A Hopper le pareció probable que pudieran chantajearlo?

—No realmente. ¿Pero dónde se traza el límite?

—¿Usted le recomendó a Mr. Hopper alguna de las dos alternativas?

—Le dije que deberíamos conseguir más información. Le dije que no deberíamos dar un paso tan importante basándonos solo en rumores.

—¿Mr. Hopper siguió su consejo?

—Quizás. No es alguien arrogante. Nos escucha a todos. O quizás ya estaba de acuerdo conmigo de todas formas. O quizás se está volviendo un poco temeroso con eso de ir a reuniones y poner palos en la rueda. Quizás solo quería aplazar el asunto. Pero como sea, dijo que quería más información.

—¿Cómo pensaba conseguirla?

—Durante los primeros tres días no hubo nada que yo pudiera hacer. El viejo Sherman no estaba viendo a ninguna de sus dos mujeres. Estaba atascado en una conferencia sobre barcos de hormigón. O sea, ¿le parece que podrían llegar a funcionar?

—¿A mí? —dijo Slaughter—. ¿Los buques de hormigón?

—A mí me suena a una idea tonta.

—No soy un experto en cuestiones náuticas.

—No son como las planchas de acero. Los moldes de hormigón son muy gruesos.

—¿Podemos seguir con nuestro tema?

—Disculpe. El hombre estaba en la conferencia sobre barcos. Estaba trabajando muy concentrado. No se pasaba el día en la cama. Pero Hopper quería verlo con sus propios ojos. El hombre realmente le gustaba. Es decir, le gustaba para el puesto. Quería despejar todas las dudas. Así que tuvimos que esperar.

—¿Cuánto tiempo?

—Untamos a algunas personas. En los hoteles, sobre todo. Recibimos una llamada de un recepcionista que nos dijo que el viejo Sherman había reservado una habitación para el viernes por la noche. Una habitación doble. Los nombres que había dado eran el de él y el de su mujer. Pero nadie creyó que fuera así. ¿Para qué iba a reservar un hotel? Tiene una casa. Así que Hopper trazó un plan.

—¿Cuál era el plan?

—Primero fuimos a ver el hotel. Hopper quería hacerlo en el vestíbulo. Le parecía que el dormitorio no era lo adecuado, para alguien como Sherman. Así que evaluamos la situación. Había sillones de terciopelo gris, tres de un lado y uno del otro. Había un mostrador de recepción, todo de roble macizo tallado. Había una puerta con cortinas que daba al salón del desayuno. Hopper entendió cómo lo quería hacer. Había una ventana. A la derecha de la puerta. Una persona de puntillas podía mirar hacia dentro desde la calle. Eso estaba bien, pero no realmente. No podía pasarse horas espiando por la ventana. No ahí fuera en la acera. Cualquier persona que pasara podía llamar a la policía. Iba a haber que cronometrarlo a la perfección. Le pareció que no había otra manera de hacerlo.

—¿Cómo resolvió el problema?

—No lo resolvió. Yo sugerí que podía remplazar al recepcionista por un par de días. Como encubierto. Pensé que no sería demasiado trabajo. Pensé que me podía esconder detrás de la pantalla de la lámpara la mayor parte del tiempo. Nadie me estaría prestando atención. Así que pensé que podía encender y apagar la luz de neón de fuera cuando llegara el momento en el que Hopper debiera asomarse a espiar. El interruptor está justo ahí.

—¿Su idea fue que usted le avisaría en el momento en que ellos se estuviesen registrando en el hotel?

—Pensamos que funcionaría en dos partes. Él obtendría la confirmación visual de lo que quería ver, y yo vería bien de cerca a la novia, registrándose como si fuera la mujer. Hopper no estaba muy contento, porque el hombre le gustaba, como ya he dicho, pero tenía que trazar el límite en algún lugar. Este proyecto es importante.

—¿El plan funcionó?

—No —dije—. La que apareció fue su esposa de verdad. Me enseñó su carné de conducir. De manera automática. Supongo que viaja mucho con él. A todas esas conferencias sobre buques de hormigón. Por lo que lo hace sin pensar. El nombre coincidía y la foto también.

—¿Y qué fue lo que hizo?

—Nada. Seguí interpretando el papel del recepcionista. Después sonó el teléfono y era Mr. Hopper, que me llamaba desde la cabina telefónica de enfrente. Para decirme algo urgente. Habíamos recibido información de que la otra mujer estaba yendo a ese mismo hotel. En ese mismo momento. Mr. Hopper me dijo que estuviera preparado. Tenía que hacer que el viejo Sherman bajara de la habitación. Pensé que eso no sería muy difícil. No iba a querer que yo la hiciera subir a ella. No con su mujer en la habitación.

—¿La mujer llegó?

—Fue como una escena de una película. Una de esas comedias románticas disparatadas. Escuché que el ascensor se ponía en movimiento. El ascensor estaba entre la recepción y el salón del desayuno. Entonces la puerta se abre y se baja el viejo Sherman.

Con el abrigo de piel de su mujer colgado del brazo. Ella se baja detrás de él. Con un vestido azul, y con una revista en la mano. Una mitad de mí está pensando como un agente, y la otra mitad de mí está pensando vamos, compadre, vete de aquí antes de que sea demasiado tarde. Pero su mujer se sienta en un sillón, justo frente a mí. Se pone a leer su revista. El viejo Sherman se queda ahí de pie, a dos pasos del ascensor. En ese momento yo estoy escondido detrás de la pantalla de la lámpara. Y ahí entra la otra mujer. Abrigo de piel, sombrero de piel, vestido rojo. Una mujer más grande. De la edad de Sherman. Se agacha y le da un beso en la mejilla a la mujer y después se acerca hasta Sherman y hace lo mismo. Yo pienso: ¿qué es esto? ¿Tres en una misma cama? Eso sería aun peor.

—¿Qué sucedió después?

—La otra mujer se sentó, y la esposa siguió leyendo. La otra mujer alzó la vista y le dijo algo a Sherman. A eso le siguió una conversación amable. Hice parpadear el letrero de neón y vi que Mr. Hopper miraba por la ventana. Lo vio todo. Se acuerda de todos los detalles. El cuadro que estaba en la pared, de un lago de montaña. Pero no entendía qué era lo que estaba pasando. No sabía qué era esa escena.

—¿Qué hizo?

—Dejó de mirar y se quedó esperando en la acera. El viejo Sherman se fue con su mujer. La otra mujer se quedó un poco más y me pidió que le llamara un taxi. Yo tomé la iniciativa y le mostré mi placa, y le di el mismo discurso que les había dado a los amigos de él. Seguridad nacional y todas esas cosas. Le hice algunas preguntas.

—¿Y?

—Es la suegra del viejo Sherman. Dos años más joven que él, pero así es la vida. El viejo Sherman está muy feliz con su joven esposa. Ella está muy feliz con él. La suegra está feliz con los dos. Está de visita y Sherman la lleva a conocer distintos lugares. A ella le parece muy dulce que él se tome el tiempo para eso. Nosotros creemos que lo hace para complacer a su esposa. Y su esposa lo vale. Sobre todo para un viejo. Fueron al hotel y no a su casa porque tenían que coger un tren temprano al día siguiente. Y ahí se acabó la preocupación. El mundo está lleno de hombres que se casan con mujeres más jóvenes. No hay ninguna ley en contra de eso. Mr. Hopper lo aprobó para el trabajo, y Sherman ya está allá en Tennessee, empezando.

Slaughter hizo una pausa, y después dijo:

—Está bien, creo que tenemos lo que necesitamos. Gracias, Jackson.

Así que por segunda vez ese día salí de declarar sintiéndome bastante bien al respecto. No había dicho nada que no hubiera querido decir. Parte de la verdad quedó registrada. Todos estaban contentos. Al final nosotros lo ganamos por ellos. Ellos se nos pusieron en contra. Pero para ese entonces el viejo Sherman ya estaba muerto, así que no importaba.

PIERRE, LUCIEN Y YO

Sobreviví a mi primer infarto. Pero en cuanto me sentí lo suficientemente bien como para sentarme en la cama, el doctor volvió y me dijo que iba a tener un segundo infarto. Seguro. Dijo que era solo cuestión de tiempo. El primer episodio había descubierto una dolencia subyacente grave. Que a raíz de ese mismo episodio había empeorado. Podían ser días. O semanas. A lo sumo meses. Dijo que a partir de ese momento tenía que considerarme un inválido.

—Estamos en 1928, Dios santo —dije—. Podemos escuchar a gente hablando por la radio desde cualquier parte del mundo. ¿No tenéis una pastilla para esto?

No hay ninguna pastilla, dijo. No se puede hacer nada. Quizás ir a ver un espectáculo. Y quizás escribir algunas cartas. Me dijo que lo que más lamentaba la gente eran las cosas que no había dicho. Después se fue. Después me fui. Ahora hace cuatro días que estoy en mi casa. Sin hacer nada. Esperando que llegue el segundo episodio. Para el que todavía faltan días, o semanas, o meses. No tengo manera de saberlo.

No he ido a ver un espectáculo. Todavía no. Debo admitir que es tentador. A veces me pregunto si el doctor tendría alguna otra cosa en mente además del mero entretenimiento. Me puedo imaginar eligiendo algún musical recién estrenado, lleno de color y audacia y diversión desenfrenada, con un gran final, tras el cual todas las

personas del público nos pondríamos de pie y estallaríamos en una ovación, y yo sentiría la presión en el pecho, y caería al suelo como un impermeable vacío desprendiéndose de una silla. Moriría allí mientras la multitud indiferente gritaba y aplaudía a mi alrededor. Mis últimas horas estarían llenas de canto y baile. No es una mala manera de morir. Pero conociendo mi suerte sucedería demasiado pronto. Lo provocaría algún estímulo anterior. Quizás saliendo del metro. En las escaleras de hierro que suben a la acera de la calle 42. Me caería y resbalaría hacia atrás, en medio de la humedad y la mugre y el polvo, y la gente miraría para otro lado y seguiría andando, como si yo fuera un vagabundo más. O podría ser que llegara al teatro y me muriera en la escalera que lleva al palco. Ya no tengo dinero para ir a la platea. O podría llegar al paraíso, agarrándome del pasamanos, sin aliento, con el corazón latiendo a toda velocidad, y ahí me daría un síncope cuando la orquesta todavía está afinando los instrumentos. Lo último que escucharía sería el lamento de unas cuerdas de violín afinando para el concierto. Terrible. Y podría arruinar las cosas para los demás. Se podría llegar a cancelar la función.

Así que dicho con palabras que he usado siempre, pero que ahora tienen cada vez menos sentido, un espectáculo es algo que sería mejor dejar para otro momento.

Tampoco escribí ninguna carta. Sé a qué se refería el médico. Quizás lo último que te dijiste con una persona fue algo feo. Quizás nunca te tomaste el tiempo para decirle ey, eres un muy buen amigo de verdad, lo sabes, ¿no? Pero yo me declaro inocente ante esas acusaciones. Soy una persona directa. Por lo general hablo mucho. La gente sabe lo que pienso. Todos pasamos buenos momentos

juntos. No quiero arruinarlos mandándoles ninguna clase de mensaje morboso de despedida.

Así que ¿por qué alguien escribiría cartas?

Quizás se sienten culpables por algo.

No es mi caso. En general. Casi para nada. Jamás diría que he tenido una vida libre de culpas, pero he seguido las reglas. El juego era justo. Ellos también eran ladrones. Así que nunca nada me quitó el sueño. Y todavía es así. No tengo que arreglar nada muy importante. Ni tampoco algo poco importante. No tengo ningún cargo de consciencia.

Salvo quizás, solo posiblemente, si me presionaran mucho, podría llegar a mencionar al chico Porterfield. Él es un poco un cargo de conciencia para mí. Aunque, como de costumbre, fueron solo negocios. Un tonto y su dinero. El joven Porterfield era muy lo uno y tenía mucho de lo otro. Era el hijo de lo que la prensa sensacionalista solía llamar un titán de Pittsburgh. El padre convirtió su fortuna del acero en una fortuna del petróleo todavía más grande que la anterior, y volvió millonarios a todos sus hijos. Todos construyeron mansiones a lo largo de la Quinta Avenida. Todos querían tener cosas para colgar en las paredes. Eran todos unos tarados. Excepto el mío, que era un tarado, sí, pero también una persona dulce.

Lo conocí hace nueve años, a finales de 1919. Renoir acababa de morir en Francia. La noticia llegó a través del telégrafo. En esa época yo trabajaba en el Museo Metropolitano de Arte, pero en la zona de carga y descarga. Nada glamuroso, pero tenía la esperanza de ir ascendiendo. Sabía algunas cosas, incluso en aquel entonces. Vivía con un italiano que se llamaba Angelo, que quería ser artista de

cabaré y mientras tanto trabajaba como camarero en una cervecería cerca de la Bolsa de Comercio. Un día a la hora de la comida aparecieron cuatro hombres ricos. Cuellos de piel, botas de cuero. Millones y millones de dólares, ahí de pie. Todos jóvenes, como príncipes. Angelo escuchó que uno de ellos decía que era mejor comprar arte mientras el artista todavía estaba vivo, porque el precio subiría significativamente cuando muriera. Siempre pasaba eso. Las fuerzas del mercado. Oferta y demanda. Más una mística y un prestigio potenciados. Otro de ellos dijo que en ese caso a todos se les había escapado el tren de Renoir. El que dijo eso había visto la noticia en el teletipo. Y un tercero, que resultó ser Porterfield, dijo que quizás todavía estaban a tiempo. Quizás el mercado no reaccionaba de un día para el otro. Quizás había un período de gracia, antes de que subieran los precios.

Después, por alguna estúpida razón Angelo interceptó a Porterfield cuando se estaba yendo y le dijo que vivía con alguien que trabajaba en el Museo Metropolitano de Arte, que sabía mucho sobre Renoir, y que era un experto en encontrar cuadros en los lugares más raros.

Cuando Angelo me lo contó esa noche yo le pregunté:

—¿Por qué cojones dijiste eso?

—Porque somos amigos —dijo él—. Porque vamos a llegar lejos. Tú harías lo mismo por mí. Si escucharas de casualidad a alguien que dice que está buscando un cantante, le hablarías de mí, ¿verdad? Tú me ayudas, yo te ayudo. Y así vamos escalando. Porque tenemos talento. Y porque tenemos suerte. Como hoy. Un rico estaba hablando de arte, y tú trabajas en el Museo Metropolitano de Arte. Todo eso es verdad.

—Sí, pero yo descargo vagones —dije—. Lo único que veo son cajas.

—Estás empezando desde abajo. Te estás abriendo camino. Que no es fácil. Todos lo sabemos. Así que cada vez que puedas coger el ascensor olvídate de las escaleras. Es algo que no pasa muchas veces. Este hombre es el blanco perfecto.

—No estoy preparado.

—Conoces el trabajo de Renoir.

—No lo suficiente.

—Sí lo suficiente —dijo Angelo—. Conoces el movimiento. Tienes buen ojo.

Eso fue generoso por su parte. Pero también era un poco cierto, supuse. Había visto reproducciones en los periódicos. En realidad me gustaban más las cosas más viejas, pero siempre trataba de mantenerme al día. Sabía distinguir un Manet de un Monet.

—¿Qué es lo peor que podría pasar? —dijo Angelo.

Y por supuesto, a la mañana siguiente un ordenanza de la oficina de correspondencia del museo salió al frío a buscarme y a entregarme una nota. Era un artículo elegante, hecho con buen papel, y en un sobre grueso. Era de Porterfield. Me invitaba a ir a verlo tan pronto como me fuera posible, para conversar sobre una importante propuesta.

Su domicilio estaba diez manzanas hacia el sur, sobre la Quinta Avenida, y se accedía allí cruzando unos portones de bronce que probablemente venían de un antiguo palacio de Florencia, Italia. Transportados en barco, quizás con los trabajadores correspondientes. Me hicieron pasar a una biblioteca. Porterfield entró cinco minutos después. En ese momento él tenía veintidós

años, estaba lleno de vitalidad y energía, y una sonrisa grande y tonta le cruzaba su cara grande y rosada. Me recordó a un cachorrito que había tenido una vez un primo mío. Patas grandes, resbalando y patinando por todas partes, siempre dispuesto a agradar. Esperamos hasta que un hombre nos trajo café, y después Porterfield me contó su teoría del período de gracia. Dijo que siempre le había gustado Renoir y que quería tener un cuadro de él. O dos, o tres. Que para él sería muy importante. Quería que yo fuera a Francia a ver qué podía encontrar. Su presupuesto era generoso. Me daría cartas de presentación para los bancos locales. Yo sería su agente de compras. Me mandaría en segunda clase en el primer barco a vapor que saliera. Cubriría todos mis gastos legítimos. Hablaba y hablaba. Yo escuchaba y escuchaba. Pensé que en un ochenta por ciento era igual que cualquier otro rico tarado de la ciudad, con demasiado papel pintado libre en las paredes del comedor. Pero tuve la sensación de que en algún rinconcito suyo realmente le gustaba Renoir. Quizás más que como una simple inversión.

Finalmente dejó de hablar, y por alguna estúpida razón yo dije:

—Está bien, lo haré. Partiré de inmediato.

Seis días más tarde estaba en París.

Era imposible. Yo no conocía nada, ni a nadie. Fui a las galerías como cualquier cliente normal, pero los precios de Renoir ya estaban por las nubes. No había ningún período de gracia. El que había hablado primero en la cervecería tenía razón. No Porterfield. Pero sentía que era un deber, así que lo seguí intentando. Fui escuchando algunos rumores que circulaban. A algunos galeristas les preocupaba que los hijos de Renoir inundaran el mercado con lienzos

encontrados en el estudio. Aparentemente estaban apilados de seis en seis contra las paredes. El estudio estaba en un lugar que se llamaba Cagnes-sur-Mer, que estaba en las colinas detrás de Cannes, que era un pequeño puerto de pescadores en el sur del país. En la costa del mar Mediterráneo. Se podía llegar a Cannes en tren, y después probablemente se podía seguir camino en una carreta tirada por un burro.

Fui. ¿Por qué no? La alternativa era volver a casa, a un trabajo que seguro que ya no tenía. Me había ausentado sin permiso. Así que me cogí el coche cama, con destino a un paisaje dorado y cálido. Un carro tirado por un poni me llevó a las colinas. La casa de Renoir era una finca agradable. Unas cuantas hectáreas bien cuidadas y una casa baja de piedra. Había sido un pintor exitoso durante muchos años. No era un artista muerto de hambre. Ya no.

No había nadie en la casa, salvo un joven que dijo que había sido muy amigo de Renoir. Dijo que se llamaba Lucien Mignon. Dijo que vivía allí. Dijo que él también era artista. Dijo que los hijos de Renoir iban y venían, y que la esposa de Renoir estaba en Niza, en la casa de unos amigos.

Hablaba inglés, así que me aseguré de que les transmitiera el más sincero pésame a todas las partes implicadas. De parte de los admiradores de Renoir en Nueva York. Que eran muchos. Y a los que les gustaría saber, por motivos que hice que sonaran como exclusivamente académicos e incluso sentimentales, cuántos cuadros más de Renoir quedaban exactamente en el estudio.

Pensé que Mignon contestaría a la pregunta, dado que era artista, y por lo tanto tenía buen ojo para el dinero, pero no contestó. No de manera directa. En cambio, me habló de su vida. Era pintor, en un

principio admirador de Renoir, después amigo de él, después un asiduo compañero. Como un hermano menor. Hacía diez años que vivía en esa casa. Sentía que a pesar de la diferencia de edad, él y Renoir habían llegado a tener un vínculo muy profundo. Una conexión verdadera.

Me sonó raro. Como esas cosas por las que la gente termina en el psiquiátrico del Hospital Bellevue. Después se puso peor. Me enseñó su obra. Era igual que la de Renoir. Casi una copia exacta, en el estilo y la forma y el tema. Todo además estaba sin firma, como para preservar la ilusión de que podía llegar a ser producto del maestro. Era un homenaje muy extraño y servil.

El estudio era una habitación grande, alta y cuadrada. Fresca y luminosa. Había algunas obras de Renoir colgadas en las paredes, y algunas de Mignon colgadas al lado. No era fácil ver la diferencia. Debajo de las piezas que estaban exhibidas, había de hecho lienzos apoyados de seis en seis contra las paredes. Mignon dijo que los hijos de Renoir los habían separado. Como parte de su herencia. No se podían ni mirar ni tocar. Porque eran todos muy buenos.

Lo dijo de una manera que de algún modo sugería que él había contribuido a que fueran tan buenos.

Le pregunté si sabía de otros lienzos que aún no tuvieran dueño. En cualquier parte de Francia. A modo de respuesta señaló hacia el otro lado de la habitación. Contra otra pared había una pequeña cantidad de cosas que los hijos habían rechazado. Se veía por qué. Eran todos bocetos o experimentos o cuadros sin terminar. Uno no era más que una franja verde ondulante que corría de izquierda a derecha sobre un lienzo en blanco. Quizás un paisaje, comenzado e inmediatamente abandonado. Mignon me dijo que a Renoir no le

gustaba trabajar al aire libre. Le gustaba estar dentro, con sus modelos. Rosadas y redondas. En su mayoría chicas del pueblo. Aparentemente una de ellas se había convertido en la señora Renoir.

Uno de los lienzos rechazados tenía un paisaje en la mitad inferior. Un par de docenas de pinceladas en verde, agradablemente ejecutadas, sugerentes, pero un poco indefinidas y desanimadas. No había cielo. Otro comienzo abandonado. Un lienzo dejado de lado. Pero un lienzo que después había usado para otra cosa. Donde debería haber estado el cielo había una naturaleza muerta de flores rosas en un jarrón de vidrio verde. Estaba en el rincón de arriba a la izquierda, pintada perpendicular con respecto al paisaje sin terminar, y no tenía más de veinte centímetros por veinticinco. Las flores eran rosas y anémonas. Los colores rosados eran la marca registrada de Renoir. Mignon y yo coincidimos en que nadie lograba el rosa mejor que Renoir. El jarrón era un objeto barato, comprado en el mercado por unos pocos sous, o hecho en casa echando quince centímetros de agua hirviendo en una botella de vino vacía y dándole después unos golpes con un martillo.

Era un pequeño fragmento hermoso. Parecía hecho con alegría. Mignon me dijo que tenía detrás una bonita historia. Un día de verano la señora Renoir había salido al jardín a juntar un ramo de flores. Había llenado el jarrón con agua de la bomba, y había colocado los tallos con mucho esmero, y había entrado en casa por la puerta del estudio, que era el camino más fácil. Su marido lo vio e inmediatamente se apoderó de él el deseo de pintarlo. Se apoderó, literalmente, dijo Mignon. Ese era el temperamento artístico. Renoir dejó de hacer lo que estaba haciendo y cogió el lienzo disponible que tenía más cerca, que resultó ser el paisaje sin terminar, y lo

puso vertical en el atril, y pintó las flores en el espacio en blanco en el que tendría que haber estado el cielo. Dijo que no pudo resistirse al desarreglo salvaje de las flores. Su mujer, que se había pasado más de diez minutos colocándolas, sonrió y no dijo nada.

Naturalmente le propuse un trato.

Le dije que si me podía llevar la diminuta naturaleza muerta para mí, puramente como un recuerdo personal, le compraría veinte obras suyas para vender en Nueva York. Le ofrecí cien mil dólares del dinero de Porterfield.

Naturalmente Mignon dijo que sí.

Una cosa más, dije. Me tenía que ayudar a separar las flores del resto del lienzo y poner el fragmento en un bastidor propio. Como una miniatura original.

Dijo que lo haría.

Una cosa más, dije. Tenía que pintar en el lienzo la firma de Renoir. Solo para mi satisfacción personal.

Dudó.

Le dije que él sabía que lo había pintado Renoir. Lo sabía con total certeza. Lo había visto con sus propios ojos. Por lo que ¿cuál era el engaño?

Aceptó lo suficientemente rápido como para hacerme sentir optimista respecto a mi futuro.

Sacamos de su bastidor el lienzo mitad paisaje, mitad flores, y cortamos el rectángulo de veinte por veinticinco que valía la pena, con un margen suficiente de tela para clavarlo en su propio bastidor, que Mignon ensambló con maderas y clavos que había en el estudio. Montamos todo, y después él exprimió de un tubo un punto de pintura, marrón oscuro, no negro, y cogió un pincel fino de pelo de

camello y pintó el apellido de Renoir en el rincón de abajo a la derecha. Solo *Renoir,* con una mayúscula inicial estilizada, y después a continuación todas letras minúsculas con trazo muy fluido, muy francés, y muy idéntico a las decenas de ejemplos de la firma que yo podía ver a mi alrededor.

Después elegí veinte de sus lienzos. Naturalmente elegí los más impactantes y los más parecidos a un Renoir. Le extendí un cheque –*cien mil y 00/100*– y envolvimos en papel los veintiún paquetes y los cargamos en el carro tirado por un poni, que me había esperado, de acuerdo con las instrucciones que le había dado y gracias a la generosa propina de Porterfield. Me fui saludando con la mano.

Nunca volví a ver a Mignon. Pero seguimos haciendo negocios juntos, por así decirlo, durante tres años más.

Alquilé una habitación en Cannes, en un buen hotel con vistas al mar. Los botones subieron mis paquetes. Salí y busqué una librería artística y compré un tubo de óleo marrón oscuro y un pincel fino de pelo de camello. Dispuse mi pequeña naturaleza muerta sobre la cómoda y copié la firma de Renoir, veinte veces, en el rincón inferior derecho de las pinturas de Mignon. Después bajé al vestíbulo y le envié un telegrama a Porterfield: *Compré tres Renoir magníficos por cien mil. Regreso de inmediato.*

Llegué a Nueva York siete días después. La primera parada fue en una casa de marcos, para mi naturaleza muerta, que después coloqué sobre la repisa de la chimenea, y la segunda parada fue en la mansión de Porterfield sobre la Quinta Avenida, con tres de los mejores Mignon.

Que fue donde se sembró la semilla de la culpa. Porterfield estaba tan feliz. Tan encantado. Tenía sus Renoir. Brillaba y sonreía como un

niño en Navidad. Eran maravillosos, decía. Una ganga. Treinta y tres mil cada uno. Hasta me dio una bonificación.

Lo superé bastante rápido. Tenía que hacerlo. Tenía diecisiete Renoir más para vender, y los vendí, soltándolos poco a poco a lo largo de un período de tres años, para que mantuvieran su valor. Era como los galeristas que había conocido en París. No quería que se saturara el mercado. Con el dinero que gané me mudé a la parte acomodada de la ciudad. Nunca volví a vivir con Angelo. Conocí a un hombre que me dijo que lo que había que comprar eran acciones de RCA, y compré, pero me estafaron. Perdí casi todo. No es que me pudiera quejar. El estafador estafado, y todo eso. Una cucharada de mi maldita medicina. Mi mundo se redujo a una vida solitaria en una ciudad hostil, realzada por el resplandor de mis rosas y mis anémonas encima de la chimenea. Me imaginé el mismo sentimiento en la casa de Porterfield, como dos marcas en un mapa. Centros gemelos de felicidad y placer. Él con sus Renoir, yo con el mío.

Después vino el infarto, y la culpa. Ese Porterfield, tan tarado y tan dulce. Con su sonrisa enorme en la cara. No escribí una carta. ¿Cómo podría explicarlo? En vez de eso, descolgué mi Renoir, y lo envolví en papel, y lo llevé por la Quinta Avenida, y lo hice cruzar los portones italianos de bronce y entrar en la casa. Porterfield no estaba. Lo que me pareció bien. Le di el paquete a su criado, y le dije que quería que se lo quedara su jefe, porque sabía que le gustaba Renoir. Después me fui, de vuelta a mi casa, donde todavía estoy sentado, esperando que llegue el segundo episodio. Mi pared ahora se ve vacía, pero quizás sea mejor así.

NUEVO DOCUMENTO EN BLANCO

Todo esto fue hace más o menos diez años, cuando yo todavía no recibía muchas llamadas imprevistas. Recibiría quizás unas dos al mes. A veces tres. Encargos aleatorios, porque cobraba barato, y porque siempre estaba disponible. Era un periodista autónomo nuevo tratando de hacerse un nombre, plenamente consciente de que durante un tiempo largo las ganancias serían escasas, así que también estaba siempre bien predispuesto. No tenía ningún problema en ir a cualquier parte y hacer cualquier cosa. Un par de miles de palabras aquí o allá me pagaban el alquiler. Otro par de miles de palabras me ponían comida en la mesa.

Sonó el teléfono y contesté y escuché como un silbido y algunos ruidos. No era una llamada local. Resultó ser el editor de una revista de París, Francia. Una llamada transatlántica. La primera que recibía en mi vida. El hombre hablaba inglés con acento pero de manera fluida. Dijo que una agencia le había pasado mi nombre. Mencionó un lugar en el que todos nos inscribíamos con la esperanza de hacer un poco de trabajo local para una publicación extranjera. Resultó ser que ese día mis esperanzas se habían hecho realidad. El hombre de París me dijo que me quería mandar hacer un trabajo de esa clase. Dijo que su revista era la más importante en esto y la más importante en aquello otro, pero al final en lo que tenía que ver conmigo la cosa se reducía a ir a corroborar cierta información respecto al hermano de alguien.

—El hermano de Cuthbert Jackson —dijo, reverentemente, como si estuviera dándome el Premio Nobel de Literatura.

No contesté. Tecleé *Cuthbert Jackson*, con una sola mano, y en el buscador apareció un oscuro pianista norteamericano de jazz, un viejo negro, que había nacido en Florida pero que residía en Francia desde hacía mucho tiempo.

—¿Cuthbert Jackson el pianista? —dije.

—Eso y mucho más —dijo el hombre de París—. Usted lo conoce, por supuesto. Mi revista está preparando una biografía exhaustiva. El plan es que aparezca como una serie a lo largo de trece semanas. Recientemente, por primera vez, monsieur Jackson ha dicho que tenía un pariente aún con vida. Un hermano, que todavía vive en Florida. Naturalmente necesitamos incluir su punto de vista en nuestra historia. Usted debe ir a verlo de inmediato. ¿Es correcto que usted vive cerca de Florida?

De hecho era correcto, lo que supongo que explica por qué me eligió a mí entre todos los nombres de la lista de la agencia. Una simple cuestión geográfica. Menos kilometraje.

—Florida es un estado grande, pero sí —dije—, vivo al lado.

—Idealmente debería conseguir información biográfica sobre la situación de su familia. Eso sería excelente. Pero no se preocupe. En el peor de los casos, podemos usar cualquier cosa que consigamos, como cobertura meramente secundaria si es necesario, simplemente como para decir algo así como, por cierto, monsieur Jackson tiene un hermano, y aquí es donde vive, y se dedica a esto.

—Comprendo —dije.

—Es muy importante.

—Comprendo —dije de nuevo.

Hace diez años internet no era lo que es hoy en día. Pero ya estaba lo suficientemente desarrollada como para darme lo que necesitaba. Había sitios para dejar mensajes y foros de fans, y páginas con fotografías viejas, y webs sobre la historia del jazz, y algunas cosas políticas, sobre todo en francés. Para resumir, Cuthbert Jackson había nacido en 1925 en un pueblito perdido del oeste de Florida. Se pasaba todo el día tocando el único piano que había en el pueblo. A tal punto era un prodigio que para sus cuatro años la gente ya estaba tan acostumbrada a escucharlo tocar que dejaron de mencionarlo. A los dieciocho años lo reclutó el Ejército de los Estados Unidos y recibió entrenamiento como ingeniero asistente. Lo enviaron a Europa con la invasión del Día D. Lo enviaron a París a marchar en el desfile de tropas después de la liberación. Se quedó en París. Al principio apareció en los registros como desertor, y más tarde se olvidaron de él.

Tocó el piano en París durante todos los años sombríos de la posguerra, sudando en diminutos clubs subterráneos, para gente desesperada por algo nuevo en que creer, y que encontraba parte de eso en la música norteamericana que tocaba un negro exiliado. Él habría dicho que no estaba solo tocando música, sino que la estaba haciendo evolucionar, tal vez más rápido y de manera más radical debido a su aislamiento. No estaba en Los Ángeles o en el Greenwich Village. No estaba escuchando el material de ninguna otra persona. Eso hizo que algunos consideraran su estilo como una escuela o un movimiento, lo que llevó a controversias existenciales con los devotos de otras escuelas y movimientos. Eso hizo crecer su

fama, lo que a la manera francesa que había adoptado lo volvió cada vez más retraído, lo que lo volvió cada vez más y más famoso. Las pocas cosas que decía, él las consideraba puro sentido común, pero traducidas al francés hacían que pareciera Sócrates. Las ventas de sus discos se dispararon. En Francia. Nada más. Estaba de moda en esa época. Había escritores y poetas y pintores negros, todos norteamericanos, todos viviendo en París, todos exitosos. Las revistas semanales publicaron algunos artículos al respecto. Apareció el nombre de Cuthbert Jackson.

Por el tema político. Francia avanzaba a paso firme. Tenía tecnología aeroespacial e industria automotriz y bombas nucleares. A todos les iba bastante bien. Salvo que a los norteamericanos les iba mejor. Eso llevaba a una mezcla embriagadora de desprecio y envidia. Lo que llevaba a la crítica. Y a una pregunta: ¿por qué a la gente negra de tu país le va mejor cuando viene aquí?

Pregunta que era un poco engreída, y totalmente circular, porque no era realmente una pregunta, sino una jugada en la partida. De cualquier manera quedó enterrada por las gigantescas tormentas que ya se gestaban en casa. En comparación parecía algo pintoresco y civilizado. Algunos pensaron que se podía hacer una película. Algunos incluso se preguntaron si los derechos de un memorando del Departamento de Estado se podían vender, para grabarlo.

Cuthbert Jackson por lo general ignoró el tema, pero si alguien le preguntaba, respondía con lo que él consideraba puro sentido común, aunque a medida que se ponía más viejo y más parco las traducciones al francés salían cada vez más extrañas y filosóficas. Un hombre había escrito un libro entero sobre la respuesta de cinco

palabras que Jackson había dado a una pregunta sobre el futuro de la humanidad.

Su CD más reciente era con su trío habitual, y se había vendido bien.

Su declaración pública más reciente era que tenía un hermano.

En mi mapa la dirección en la que todos más o menos coincidían parecía quedar en una zona rural y pobre, a casi un día de viaje en coche, por lo que salí temprano. Estaba seguro de que no habría moteles. Imaginé que dormiría en el coche. Cualquier cosa y en cualquier parte. Tenía que pagar el alquiler.

El pueblo era tan tétrico como me había imaginado. Quizás un poco más miserable. Era todo de casas bajas, agrupadas bien juntas alrededor de lo que parecían las ruinas arqueológicas de una civilización anterior. Alguna especie de vieja fábrica, quizás de azúcar, y las tiendas y los bancos que vinieron después, algunos en edificios decentes, incluso elegantes, en un modesto estilo de tres pisos, todos abandonados hacía décadas, ahora con plantas crecidas y cayéndose a pedazos. Me bajé del coche donde vi un grupo de hombres reunidos. Todos estaban esperando algo. Había una mezcla de impaciencia por ese algo y certeza de que llegaría.

—¿Qué es lo que está viniendo? —le pregunté a uno.

—El camión de pizza —dijo.

Llegó puntual y resultó ser su nueva versión de lo que antes era un bar, desde que su último bar verdadero se había venido abajo. El hombre de las pizzas tenía una neverita con latas de cerveza, que podía cumplir o no con la normativa del condado, pero que en todo

caso hacía que comer pizza se convirtiera en un evento social, como en los mejores lugares, con la cerveza cumpliendo el papel de la cerveza y la pizza haciendo las veces de las patatas fritas y los cacahuetes. Llegué a contar veinte personas. Le dije a uno que estaba buscando al hermano de Cuthbert Jackson.

—¿A quién? —me dijo.

—Cuthbert Jackson. Tocaba el piano. Tenía un hermano.

—¿Quién? —dijo otro.

Y después otro. Todos parecían estar interesados. Quizás ya no tenían nada que decir acerca de la pizza.

—Es famoso en Francia —dije.

No hubo ninguna reacción.

—¿Quién es el más viejo de todos aquí? —pregunté.

Resultó ser uno que tenía ochenta años, que estaba comiendo una pizza de pepperoni y tomando una High Life.

—¿Se acuerda de la Segunda Guerra Mundial? —le pregunté.

—Claro que sí —dijo.

—Cuthbert Jackson se fue al ejército a los dieciocho años, así que usted tenía dieciséis en esa época. Antes de eso Jackson tocaba el piano realmente bien. Probablemente usted lo escuchó.

—Ese muchacho no volvió nunca.

—Porque se quedó en Francia.

—Pensamos que lo habían matado.

—No fue así. Ahora dice que tiene un hermano.

—¿Sigue siendo músico?

—Totalmente.

—Entonces quizás es una metáfora. Usted sabe cómo son los artistas. Quizás ha tenido una especie de epifanía. Sobre la

hermandad del hombre.

—¿Y si no es así?

—¿Es periodista?

—A mucha honra —dije, como siempre había querido hacer.

—¿Para quién trabaja?

—Para quien esté dispuesto a pagarme. Ahora mismo para una revista francesa.

—Pensamos que lo habían matado —dijo el hombre—. ¿Por qué motivo se iba a quedar en Francia? No me parece natural.

—¿Conoce a su hermano? —dije.

—Claro —dijo, y me hizo andar unos pasos, y con la punta de su porción de pizza me señaló la última casa de la calle siguiente.

Toqué la puerta, y me abrió otro hombre que parecía tener alrededor de ochenta años. Lo que tenía sentido. Cuthbert tenía ochenta y dos. Su hermano desconocido no debía estar muy lejos de esa edad. El viejo dijo que se llamaba Albert Jackson. Le conté que alguien de esta zona que se llamaba Cuthbert Jackson se había vuelto muy famoso en Francia. Recientemente había agregado en su biografía el hecho de que tenía un hermano.

—¿Y por qué diría algo así? —preguntó Albert.

—¿No es verdad?

—En los programas de televisión quieren la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—Yo soy solo un periodista haciendo una pregunta.

—¿Cuál era la pregunta?

—¿Usted es el hermano de Cuthbert Jackson?

—Sí, yo soy su hermano —dijo Albert Jackson.

—Muy bien.

—¿Sí?

—Sí, muy bien, en el sentido de que queda demostrado que los nuevos datos biográficos son correctos. Los futuros historiadores no se confundirán. Es decir, en Francia. Un hombre escribió un libro entero sobre cinco palabras que dijo Cuthbert.

—Hace más de sesenta años que no lo veo.

—¿Qué recuerda de él?

—Que sabía tocar el piano.

—¿Creyó que lo habían matado en la guerra?

Albert negó con la cabeza:

—Me lo dijo muchas veces. Que iba a dejar que lo hicieran viajar por todas partes, y que iba a elegir el mejor lugar que viera, y que se iba a quedar allí. Me dijo que si la guerra duraba lo suficiente como para que me reclutaran a mí, yo debería hacer lo mismo.

—¿Porque en otra parte la vida de un hombre negro podría ser mejor?

—De uno que toca el piano, supongo. Aunque a muchos que tocan el piano les está yendo muy bien aquí.

—¿Alguna vez recibió noticias de él?

—Una vez. Le escribí por algo y me contestó.

—¿Le sorprendió que nunca volviera?

—Supongo que al principio un poco. Pero después, no tanto.

—¿Me ayudaría con algo de información sobre su situación familiar?

—Supongo que alguien tiene que hacerlo.

—¿Por qué lo dice?

—Usted cree que los datos biográficos son correctos, pero no es así. Los historiadores van a estar equivocados. No sé por qué dijo lo que dijo, que tenía un hermano. No estoy seguro de qué quiso decir. Quizás necesite un tiempo para entenderlo.

—No comprendo. Me acaba de decir que ustedes dos son hermanos.

—Y así es.

—¿Entonces cuál es el problema?

—La biografía debería decir que tenía dos hermanos.

Nos sentamos y yo saqué mi ordenador, y Albert empezó a contarme la historia, pero en cuanto vi hacia dónde iba, lo interrumpí un momento, y guardé el archivo francés, y abrí un nuevo documento en blanco, para lo que sentí que iba a ser la historia verdadera. Recuerdo el momento. Lo sentí exactamente como debe sentirlo un periodista.

Un granjero negro que se llamaba Bertrand Jackson tuvo tres hijos y tres hijas, todos con treinta meses de diferencia, todos perfectamente intercalados en cuanto al género, Cuthbert fue el primero, el mayor, que creció tocando el piano, después se fue a la guerra, después se quedó al otro lado del Atlántico. El chico del medio era Albert, que estaba allí mismo sentado contándome la historia, y el menor de los chicos se llamaba Robert. Las chicas que habían nacido entre ellos eran encantadoras. Su madre era una mujer feliz. La tierra producía. Las cosas le iban bastante bien al granjero. Se sentía un hombre respetado. En conjunto era un éxito. Tenía un solo problema. Su hijo menor, Robert, era retrasado. Sonreía todo el tiempo, era una persona amigable, pero el trabajo

del campo iba más allá de sus capacidades. Eso no era un problema. Los demás se podían hacer cargo de él.

Entonces el granjero cometió un error. Como se sentía un hombre respetado, intentó registrarse para votar en las elecciones presidenciales. Sentía que era su deber cívico. Siguió insistiendo durante un buen tiempo hasta que desistió. Después alguien que trabajaba para el condado le dijo que jamás lo volviera a intentar. Las cosas se pusieron tensas. Él supuso que estaban celosos. Porque a su granja le iba bien. Quizás estaban un poco molestos. El tiempo pasó.

Mientras tanto el granjero le había conseguido a Robert un trabajo para que barriera el local en la tienda donde compraba las semillas. El dueño era blanco. A veces su hija trabajaba en la caja. Se acercaba Navidad, así que Robert le hizo una postal. Se esforzó mucho para que le quedara bien la letra. Escribió: *Espero que tú también me envíes una postal.* El padre de ella la vio, y se la enseñó a sus amigos, y al poco tiempo una turba de linchamiento iba en busca de Robert, por su obscena insinuación interracial. Lo hicieron ponerse de pie en la orilla de un río, atado de pies y manos. A su padre, el granjero, lo obligaron a mirar. Le dijeron a Robert que podía elegir. O se tiraba él mismo al río o empezaban a disparar hasta que se tirara. Como fuera iba a terminar en el agua. Se iba a ahogar. Eso era así. Robert dijo: papá, ayúdame, y el agricultor le dijo: lo siento, hijo, no puedo, porque tengo otros cuatro en casa, y una granja, y a tu madre. Robert se tiró solo. Después el mismo hombre que trabajaba para el condado pasó por la granja y le dijo: ahora ves qué es lo que pasa. Dijo: votar no es para ti.

Albert dijo que se lo había contado todo a Cuthbert, con lujo de detalles, en una carta muy larga. Le había contado que la noticia ni siquiera había llegado a los periódicos locales. Que la policía del condado lo reportó como un niño desobediente al que le habían advertido que no se metiera al agua. Cuthbert le respondió desde París, deprimido pero resignado. E impaciente. Habían luchado en la guerra. ¿Cuánto tiempo más tenían que esperar? Después de eso a Albert ya no le sorprendió que su hermano no volviera.

Conduje trescientos kilómetros de vuelta por el camino por el que había llegado hasta allí y cuando me sentí cansado dormí una siesta en el asiento del copiloto, y después seguí. Quería ponerme a trabajar. Pero cuando me senté a trabajar, no pude. Sentía que éticamente la historia le pertenecía a la revista francesa. Pero era una historia que yo no quería que tuvieran. Ni ellos ni ninguna otra nación. No sabía exactamente por qué. Para no lavar los trapos sucios en público, me imaginé. Unidos venceremos, divididos caeremos. Por algo los clichés son clichés. Me sentía un mal periodista.

Después me di cuenta de que Cuthbert Jackson había tomado la misma decisión. Durante todos esos años de agitación política. Era Sócrates. Podría haber contado una historia devastadora. Podría haber puesto su exilio por las nubes. Pero no lo hizo. Jamás dijo ni una sola palabra sobre Robert. Me preguntaba si él sabría exactamente por qué. Quería preguntárselo. Por un minuto me pregunté si la revista me pagaría un viaje a París.

Al final, me quedé en casa y lo escribí puramente como cobertura secundaria. Puse, en efecto, por cierto, monsieur Jackson tiene un hermano, y aquí es donde vive, y se dedica a esto. Me pagaron lo suficiente como para invitar a mis amigos a cenar. Hablamos toda la noche de lo que Cuthbert no había dicho, pero no llegamos a ninguna conclusión.

SHORTY Y EL MALETÍN

La semana legendaria de Shorty Malone empezó el lunes, cuando recibió un disparo en la pierna, superficial, en unas instalaciones de mantenimiento del Departamento de Higiene Urbana. Su brigada entró por la puerta de delante, y otra fue por la puerta de atrás, con un vago plan de encerrar a un hombre que sabían que estaba escondido entre los camiones de basura aparcados. Después alguien empezó a disparar, y en menos de un segundo todos estaban disparando. En el parte oficial decía que ese día se dispararon noventa balas de la policía. No murió nadie, ni siquiera el hombre que se estaba escondiendo. El único herido fue Shorty, por un rebote desafortunado. Después mediante algunas reconstrucciones quedó demostrado que había disparado un compañero suyo, y que el disparo se había desviado levemente contra el lateral de un neumático y después se había desviado por completo contra un larguero del chasis de otro camión. Después de eso la bala ya estaba toda deformada y había perdido la mayor parte de su energía. Le pegó a Shorty en la tibia más o menos como si hubiese recibido un golpe con un martillo bola. Le atravesó la piel y le rompió el hueso. Shorty fue inmediatamente hospitalizado.

Después de eso las cosas se pusieron un poco raras. Era difícil generar entusiasmo. Shorty estaba en la división de detectives desde hacía alrededor de un año, de modo que ya no era un novato valiente, pero tampoco era un veterano curtido y heroico. Era un don

nadie. Además de que técnicamente había sido fuego amigo. Incluso había ciertas dudas sobre si el hombre escondido estaba armado. Además de un rumor de que ni siquiera era el hombre que buscaban. Quizás era el hermano. Así que el sentimiento general era que iba a ser mejor olvidarse del asunto. Lo que para Shorty fue duro. Normalmente a un policía herido se lo trata con la máxima reverencia. Normalmente Shorty habría estado feliz como un cerdo revolcándose en el barro. Media docena de parias optimistas habrían empezado colectas en internet. Shorty podría haber llegado a recibir una suma decente. Quizás incluso decente al nivel de que le sirviera como ahorro para la universidad de algún futuro hijo.

Pero fue completamente ignorado. El martes nos reasignaron a todos a nuevas tareas. Como parte del proceso de olvido. Claro, en algún momento del pasado se podrían haber llegado a cometer algunos errores. Pero eso fue en aquel momento. Pasamos a otra cosa. Ahora estamos progresando. Todos empezamos a aprender las cosas nuevas, y en consecuencia ya nadie fue a visitar a Shorty al hospital, salvo su compañera, Celia Sandstrom, que era otra don nadie con solo un año en la división, salvo que era más agradable a la vista, a no ser que tuviera puesto su chaleco antibalas. Evidentemente ella pasaba con frecuencia por el hospital, y evidentemente mantenía a Shorty al tanto de lo que estaba pasando. Y de lo que no estaba pasando.

Nos asignaron a Drogas, como parte de su propio proceso de olvido. Estrategias anteriores de todo tipo ya habían fracasado. Era momento de dejarlas de lado. Momento de pasar a otra cosa. Como habíamos hecho nosotros. De modo que si alguien mencionaba algún desacierto previo, todos podíamos fruncir la nariz y decir:

"¿Eso de hace mil años?". Como tu novia, cuando le dices que estaba guapa ayer con el jersey que llevaba. Así que su departamento también estaba empezando de nuevo, igual que el nuestro, y nos llevaron para poner en práctica su nueva gran idea redentora, que era dejar de seguir la cocaína y empezar a seguir el dinero. Para lo que se necesitaba mano de obra. El de las drogas era un negocio de dinero en efectivo. El dinero en efectivo era como un río. Querían ver hacia dónde corría. Y cómo. Algunas partes ya las conocían. Otras no las entendían. Querían que nosotros estuviéramos allí, vigilando.

Específicamente, querían que vigiláramos a un hombre que traía un maletín desde Jersey. Por lo general hacía el viaje dos veces por semana. Se suponía que el maletín estaba lleno de dinero en efectivo. El pago de una venta al por mayor, quizás, o una parte de las ganancias. Un nivel de la pirámide respondiendo al siguiente. Dijeron que en un maletín normal cabía un millón de dólares. Dijeron que era una transferencia física porque el dinero no era electrónico hasta no estar en un banco. Y el efectivo todavía no estaba en el banco. Dijeron que había una pista en eso de todavía. Dijeron que nuestro trabajo era evaluar las posibilidades de presenciar el momento en que se entregaba el maletín. Que sería dos al precio de uno. Además de una interrupción en un eslabón vital de la cadena. Era un trabajo emocionante. No es raro que todos se olvidaran de Shorty. Salvo Celia. Ella debió haberle descrito la misión ese mismo día, porque ese debió ser más o menos el momento en que Shorty se puso a pensar.

El hombre del maletín era un caballero mayor. Una persona respetable. De alguna manera acicalado y caro. Alguien con mucha experiencia. Su presencia de por sí ya era un indicio de profundo respeto. Con un millón de dólares en la mano. El maletín era de metal. De una buena marca. Fue andando por la acera con el maletín, a plena luz del día, hasta llegar a un edificio de oficinas de estilo antiguo. Entró con el maletín. Diez minutos después salió sin el maletín. Lo vimos hacer eso exactamente como decía en el informe que lo hacía cada vez.

El edificio de oficinas tenía un vestíbulo angosto, con seguridad. En la guía aparecían veinte inquilinos. Todos nombres comunes. Muchos negocios de importaciones y exportaciones. Sin duda un red bien desarrollada. Todo tipo de sistemas de alerta temprana. No tenía sentido ir a hacer preguntas. Lo redactamos y lo enviamos. A nuestros nuevos jefes no les gustó. Nos presionaron.

—Necesitamos saber cuál es la oficina —dijeron.

—No podemos pasar más allá del escritorio —dijimos.

—Disfrazaos de personal de limpieza.

—No tienen personal de limpieza.

—Entonces usad la placa.

—Los malos se irían por la salida de emergencia incluso antes de que se abriera la puerta del ascensor en el vestíbulo. Probablemente el de seguridad la controla con un pedal.

—Dadle cien dólares.

—Los malos le dan quinientos.

—¿Pensáis hacer algo, al menos?

—Es el primer día, jefe —dijimos—. Estamos buscando a alguien que nos guíe.

Después Celia dijo que Shorty pensaba que se nos estaba escapando algo. No sabía qué. Estaba boca arriba en la cama con la pierna colgando en alto. No era médicamente necesario, pero al sindicato le pareció que sería mejor para la foto del periódico. Shorty estaba preocupado por nosotros, dijo Celia. Nos extrañaba.

—¿Qué Shorty? —dijimos.

Llegamos el miércoles por la mañana y como era de esperar nos encontramos con que el asunto del maletín elegante ya se estaba enfriando un poco. Retrospectivamente se estaban bajando un poco las expectativas. Era una información consistente, una pieza más, como era de esperar, solo eso.

Después, incluso antes de que se terminara de preparar el café, volvió a ser la máxima prioridad. Llegaron nuevas pruebas, de otro sitio, y apuntaban al mismo edificio de oficinas. A un inquilino específico. Sabían con certeza que esa persona específica estaba haciendo salir dinero de allí. Ahora querían cuadrar el círculo. Querían ver cómo ese mismo dinero entraba. Querían mirar dentro de la oficina de ese hombre específico. Querían un testimonio presencial, del caballero mayor quizás apoyando el maletín sobre la mesa, y del otro hombre quizás haciéndolo girar y después abriéndolo. Si nos podíamos acercar lo suficiente como para incautar el dinero en efectivo, bueno, eso sería la guinda del pastel.

Después Celia dijo:

—Shorty dice que todo eso obviamente es imposible.

—¿Y qué hacemos entonces?

—Nada. Quizás nos transfieran a Delitos Sexuales. Que no sería lo peor del mundo.

Pero el comentario sobre Shorty les recordó el comentario anterior, al final del martes, que a ninguno le había gustado escuchar, de que se nos estaba escapando algo. Nadie dijo nada en voz alta, pero yo sé que cada uno por su cuenta y a escondidas corroboró todo lo que pudo, de principio a fin, en los expedientes originales, empezando por las notas escritas a mano.

El hombre viajó en coche desde Jersey, solo él al volante, sin chófer, en un coche bueno pero nada espectacular, cruzó el Lincoln Tunnel y siguió hacia el sur, hasta llegar a un aparcamiento entre las calles 20 y 30 Oeste, que era el más cercano al edificio de oficinas antiguo. Un hombre bajo, vestido con un traje negro y pajarita, aparcó el coche, mientras él se alejaba andando con el maletín y empezaba su larga marcha llevándolo por la acera. Su recorrido invariablemente terminaba a una manzana y media en el vestíbulo del edificio de oficinas, donde el hombre de seguridad, después de una inspección respetuosa y formal, le hacía un gesto para indicarle que podía pasar. En cada ocasión se quedaba dentro más o menos diez minutos, y en cada ocasión salía con las manos vacías. Esos eran los hechos. Eso era lo que nosotros sabíamos.

Celia hizo como que no le había prestado ninguna atención al asunto, pero después dijo:

—Shorty está seguro de que algo no funciona.

Que no era lo que nosotros queríamos escuchar en ese momento, porque la presión acababa de aumentar todavía más. Habían encajado un par de piezas más del rompecabezas. De repente los de más arriba se habían dado cuenta de que podían eliminar a toda la

cadena de una sola vez. Sería el operativo del año. Medallas seguro. Votos para el alcalde. Todo completo. Pero necesitaban que fuera inmaculado. Cada eslabón de la cadena tenía que ser sólido como una roca en el estrado. Las pruebas eran clave.

Les explicamos que no podíamos hacer lo que nos pedían. Les dijimos que en vez de eso arrestaríamos al hombre en la acera, antes de que llegara al edificio de oficinas, con el dinero todavía en el maletín. Porque estaba legalmente justificado asumir que estaba yendo a ver a esa persona específica en la oficina sin identificar. ¿A dónde más podría estar yendo? Era tan bueno como presenciar la entrega. Era exactamente lo mismo, solo que en una etapa previa. Una foto distinta. Un fotograma previo de la misma película.

Nada es tan persuasivo como no tener otra alternativa, por lo que aceptaron. Esperamos en una sala a que llegara la llamada de Nueva Jersey. La policía de Nueva Jersey estaba vigilando la residencia del hombre. Cuando salía en coche con dirección al túnel, nos lo comunicaban de inmediato. Por lo general había mucho tráfico. Recibiríamos la llamada con mucha anticipación. Sin ningún tipo de prisa.

Pero no nos llamaron. No el miércoles. No el jueves. Nos llamaron el viernes. Un agente de mejillas coloradas de los suburbios nos dijo que el hombre estaba viajando en su coche bueno pero nada espectacular, y que parecía estar yendo hacia Manhattan. En ese momento Celia no estaba con nosotros en esa sala. Llegó un minuto después y le contamos lo de la llamada.

—Shorty dice que estamos pensando mal las cosas —dijo.

Que no era lo que queríamos escuchar en ese momento, porque estábamos tratando de incentivarnos en los momentos previos a

arrestar a un hombre en la acera. Pero ella insistió. Dijo que Shorty había estado ahí tumbado en la cama, con mucho tiempo para pensar. Que deberíamos escucharlo. Estábamos indecisos. Por un lado, Celia era parte de la brigada. Podía ser una don nadie, pero era una de los nuestros. Shorty también. Por otro lado, estaba en juego el operativo del año. Medallas y votos. No podíamos estropearlo tomando la iniciativa. Nadie quería ser el que fastidiara las cosas.

—¿De verdad creemos que es algo legalmente convincente coger al hombre en la calle con un maletín lleno de dinero en efectivo? —dijo Celia.

—Más o menos —dijimos—. De alguna manera. Quizás. Lo suficiente, probablemente.

—¿A su abogado le preocuparía mucho la situación?

—Un poco. Quizás no tanto como para querer cortarse las venas.

—Pero de todas maneras es un lío enorme, ¿no? —dijo—. Estamos hablando de un millón de dólares en efectivo. Intervendría la Agencia de Recaudación de Impuestos. Quizás también el Departamento del Tesoro. ¿Para qué arriesgarse? ¿Por qué motivo podrían estar llevando el maletín tan abiertamente?

—Sabemos que el dinero se mueve de A a B —dijimos—. Sabemos que el hombre que está dentro recibe ese dinero. El único que se lo puede llevar es el hombre al que estamos vigilando. No entra ni sale ninguna otra persona. Y en esta ciudad la gente anda con cualquier cosa. Llevan maletines llenos de diamantes, que cuestan mucho más que lo que lleva este hombre.

—Shorty cree que es una trampa. Dice que el maletín está siempre vacío. Nos están provocando. Quieren que arrestemos al hombre. Nos lo están pidiendo por favor. Ese es su plan. Quieren

que abramos el maletín y no encontremos nada. Shorty dice que nos hará quedar como los más tontos. Dice que nunca más nos darán una orden judicial. Los jueces se reirán de nosotros. Tendremos que dejar a esos hombres en paz muchos años. Y así ellos ganan.

—Un hombre le está pagando a otro hombre —dijimos—. Eso lo sabemos. Es un hecho. Porque es una cadena. Mucha gente depende de que nosotros hagamos bien nuestra parte. Necesitamos las pruebas.

—Las podemos conseguir —dijo ella—. Pero no en la calle. No están allí. Shorty dice que tenéis razón, un hombre le está pagando a otro tipo. Pero no como nosotros creemos.

—¿Y entonces cómo?

—En el aparcamiento. El hombre deja el dinero en el maletero del coche. Quizás dentro de una bolsa de supermercado. El que trabaja en el aparcamiento lo saca y lo pone en el coche del otro hombre. Que está siempre allí porque ese garaje es cómodo si uno trabaja en ese edificio de oficinas. La entrega de verdad se produce lejos de las miradas y lejos de toda sospecha. El maletín brillante mantiene a todos distraídos.

Nadie habló.

—Shorty dice que no hay manera de que no nos salga bien —dijo Celia—. Podemos registrar el coche muy rápido, en cuanto el hombre se baje, y si no hay nada allí, después podemos alcanzar al hombre dando tan solo unos pasos, y arrestarlo igualmente, como se supone que debemos hacer. Shorty dice que no tenemos nada que perder.

Volvió a sonar el teléfono. La policía de Port Authority, en la boca del túnel de Nueva Jersey. Para decirnos que el hombre acababa de

pasar por el peaje electrónico.

Nos pusimos en marcha. Esperamos en el aparcamiento.

Nada que perder.

Shorty tenía razón. El efectivo estaba en una bolsa de plástico amarilla en el maletero del coche del hombre. Como prueba, era tan buena como la de cualquier otro, y mucho mejor que la de la mayoría. Fue de una importancia fundamental en el operativo del año. Delante de Celia nos dio un poco de vergüenza atribuirnos todo el mérito, así que mayormente dijimos la verdad, y en consecuencia la historia circuló rápido, de un policía héroe que el lunes recibió un disparo en la pierna, que después tuvo que estar en cama en el hospital luchando contra el dolor y que para el viernes había planeado uno de los triunfos más espectaculares de su nuevo departamento, usando solo su capacidad intelectual. Le dieron una medalla por la herida en la pierna, y otra por lo del aparcamiento, y después salió en el periódico, que fue en definitiva lo que lo convirtió en una leyenda. El sindicato tenía razón respecto a la foto. Ayudó mucho.

MORIR POR UN CIGARRILLO

Llegaron las notas del productor. El guionista vio el correo en el teléfono. En el asunto decía *Notas.* El teléfono estaba configurado como para poder tener una vista previa de las primeras palabras del mensaje, que eran *Gracias de nuevo por sacar tiempo para comer hoy.* El guionista miró para otro lado. No abrió el correo. No leyó más. En vez de eso, dio unos pasos hacia atrás y se sentó en el sofá, rígido y erguido, recto como un palo, con las palmas de las manos apoyadas en los almohadones, a los lados de las rodillas.

Su mujer se le sentó en el regazo. Había vuelto de la peluquería hacía una hora, todavía estaba vestida con la ropa de la tarde, una blusa de seda color crema metida dentro de una falda de lino azul, que cuando estaba de pie le llegaba justo por encima de las rodillas, y cuando estaba sentada, especialmente en un regazo, se le subía un poco más. No llevaba nada puesto por debajo de ninguna de las dos prendas. Se preguntó si su marido podría notarlo. Probablemente no, pensó. Todavía no. Estaba preocupado. Ella encendió un cigarrillo y se lo puso a él en los labios.

—Gracias —dijo él.

—Cuéntame cómo ha ido la comida —dijo ella.

—Ha sido con él y tres de sus productores. Creo que al menos uno de los tres era un productor ejecutivo.

—¿Y cómo han salido las cosas?

—Exactamente como me temía que salieran.

—¿Exactamente?

—Más o menos —dijo él—. Quizás incluso peor.

—¿Les has dado el discurso?

—¿Qué discurso?

—El de morir.

—Es una sola línea. En el primer párrafo. No es realmente un discurso.

—¿La has dicho?

Él asintió, como con firmeza, todavía un poco desafiante.

—Le he dicho que durante muchos años había sido un buen soldadito obediente —dijo—, y que siempre había hecho lo que él había querido, en los tiempos que él había necesitado, a veces de un día para otro, a veces incluso al vuelo mientras la cámara ya estaba grabando. Le he dicho que nunca lo había defraudado y que le había hecho ganar millones de dólares. Así que le he dicho que dado todo eso creía que me había ganado el derecho a que esta vez no interviniera nadie en mi trabajo. Porque finalmente había tenido esa única gran idea que alguien puede llegar a tener en su vida. Le he dicho que prefería morirme antes que conceder eso.

—Ese es el discurso al que me refería.

—Es solo una palabra.

—Con mucho preámbulo.

—Es un primer párrafo fuerte, estoy de acuerdo.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—No sé, la verdad. He salido a fumar un cigarrillo. Cuando he vuelto él estaba bien. Me ha dicho que al principio pensaba que yo estaba loco porque no veía lo que él me estaba queriendo decir, pero

que ahora le había hecho pensar que quizás yo tenía razón y él estaba equivocado.

—¿Cuál era su problema?

—Esto siempre fue sobre el ejército británico en la Primera Guerra Mundial. ¿No es así? Desde el momento mismo en que se me ocurrió. Tú eres la primera persona a la que le hablé del proyecto.

—Creo que esa debe haber sido una mujer anterior. O hace varias mujeres. La idea ya estaba bien establecida cuando yo aparecí en escena.

—¿En algún momento se trató de alguna otra cosa que no fuera el ejército británico en la Primera Guerra Mundial?

—¿No les gusta eso?

—Ha dicho que en el estudio preguntaron si era una película de una mansión de campo inglesa.

—¿Y qué contestó?

—Dijo que quizás era sobre ingleses que se habían criado en una mansión de campo, pero que la película no era en la mansión. Obviamente. Era en las trincheras, en Francia, o en Bélgica, o en cualquier lugar donde hubiera trincheras.

—¿Y es un problema?

—Ha dicho que el estudio cree que el público se identificaría más si fuera la Guerra de Secesión. Con protagonistas norteamericanos.

—Ya veo.

—Le he recordado que había una subtrama fundamental que tenía que ver con un piloto de avión. El nacimiento de la tecnología. Una gran metáfora. No se podía ni descartar ni cambiar. Le he recordado que durante la Guerra de Secesión todavía no se habían inventado los aviones.

—Creo que tenían globos aerostáticos.

—Es algo totalmente distinto. Un globo aerostático se convierte automáticamente en una escena lenta. Necesitamos velocidad, y furia, y ruido, y rabia. Necesitamos saber que estamos en el umbral de algo nuevo y peligroso.

—¿Y qué te ha dicho?

—Estaba de acuerdo en que la idea del estudio era una tontería. Ha dicho que la había transmitido solo porque venía de arriba. Ha dicho que nunca se la había tomado en serio. Ni siquiera por un minuto. Estaba totalmente de mi parte. No solo por los aviones. Por las ideas. Son demasiado modernas. Todo esto es cincuenta años después de la Guerra de Secesión. Los personajes saben cosas que la gente no sabía cincuenta años antes.

—Tiene razón. Las ideas son modernas. Has conseguido transmitirlo, incluso a él. Eso es escribir bien, amor.

—Él me ha dicho lo mismo. No lo de amor. Ha dicho que esto era lo mejor que había escrito. Ha dicho que otros escritores necesitan un párrafo para decir lo que yo puedo decir en cuatro palabras. Ha dicho que yo podía transmitir, incluso a un viejo cínico y rico como él, cómo los pensamientos de mis personajes construían el mundo de posguerra ante nuestros ojos.

—Halagador.

—Muy.

—Tiene razón —dijo ella de nuevo—. Tiene sentido. Obviamente el mundo de posguerra se construyó a partir de nuevas ideas, e inevitablemente esas ideas surgieron durante la guerra. Pero tener la posibilidad de ver cómo se construye la historia del mundo es algo

fantástico. Va a ser un clásico. Tiene la nominación a Mejor Película garantizada.

—Salvo que el mundo de posguerra del que él estaba hablando era el de la Segunda Guerra Mundial. La década de 1950, exactamente. Le parece que la historia debería transcurrir durante la Guerra de Corea. Con personajes norteamericanos. Y en pozos individuales, no en trincheras para todo el ejército. Le parece que los pozos individuales que se excavaban los soldados son mejores. Son más íntimos. Una razón automática para grabar una escena con solo uno o dos actores. Sin extras. Sin nada llamativo de fondo. Ahorra un dineral. Ha dicho que uno o dos personajes solos en una trinchera resultaría extraño. Inmediatamente uno se preguntaría ¿quiénes son? ¿Se han quedado solos en la trinchera porque se están haciendo pasar por enfermos? ¿Tiraron una moneda y la suerte hizo que se quedaran de guardia? ¿O qué? En cualquier caso, piensa que tendríamos que agregar diálogo para explicarlo. Como mínimo los tendríamos que hacer decir no, no nos estamos haciendo pasar por enfermos. Sería difícil conseguir que a alguien le cayeran bien. En cambio unos tíos en un pozo no necesitan ninguna explicación. Se están refugiando de algo. Quizás hay dos. Han caído allí juntos. Quizás es el cráter de una bomba. Quizás hay poco espacio, por lo que están molestos con el otro desde el primer momento. Tienen que resolver de qué manera llevarse bien. Ha dicho que la modernidad y el futurismo de las ideas no tenían sentido en la Primera Guerra Mundial. Tenía que ser la década de 1950. Ha dicho que no había necesidad de sacar los aviones. Los cazas a reacción estaban naciendo. Había el mismo tipo de tensiones. Lo único que teníamos que hacer era ponerle al personaje

un casco más moderno. Los diálogos no cambiaban. Ha dicho que hay cosas que nunca cambian. Que algunas verdades son eternas.

—¿Cómo has reaccionado?

—Le he hecho saber que estaba muy enfadado, y después he salido a fumar otro cigarrillo.

—¿Cuánto tiempo te has ido?

—No sé. ¿Diez minutos? Quizás más. Es grande el restaurante. Hay que andar mucho desde su mesa incluso para llegar hasta la entrada.

—No deberías hacer eso. Obviamente hablan de ti, en la mesa, mientras no estás. Él y su gente.

—En realidad creo que casi siempre hablan por teléfono. Hacen muchas cosas a la vez. Seguramente estaban destrozando los sueños de otros guionistas. Cada vez que volvía los veía colgando las llamadas. Me parecía que los hacía sentir culpables.

—Deberías tener cuidado.

—De todas formas no importa si hablan de mí. No me pueden obligar a aceptar. Es mi proyecto. Me lo podría llevar a otro lado.

—¿A dónde?

El guionista no contestó.

Su mujer se apretujó más contra él. Apretó más los pechos. Sin sujetador. Se preguntó si ya podría notarlo. Sintió que debería. Ella podía, sin duda. Era solo una delgada capa de seda.

—Podría tener razón con respecto a los pozos individuales —dijo ella.

—La cuestión es que en las trincheras se reproducía toda la estructura de la sociedad inglesa. Los oficiales tenían sirvientes y

cuarteles aparte. Era un microcosmos. Necesitamos eso como premisa. Como un marco para la historia.

—Pero un pozo podría reproducir la sociedad norteamericana igual de bien. Algo rápido y sucio, algo temporal. Dos recién llegados, que necesitan llevarse bien de alguna manera. Como una metáfora en sí misma. Quizás a uno de ellos podrían haberlo reclutado en Harvard o en Princeton o algo así, y el otro es un chico de la calle de Boston o del Bronx. Al principio no tienen nada en común.

—Eso es un cliché.

—Un drama de una mansión de campo inglesa con barro también. Fuiste un escritor lo suficientemente bueno como para hacer funcionar eso. Podrías hacer funcionar cualquier cosa.

—Eso no es lo peor —dijo él.

—¿Qué más?

—Ha dicho que el protagonista no puede ser un solitario. Ha dicho que tiene que tener un amigo, desde la primera escena.

—¿En serio?

—Ha dicho que se ha dado cuenta de que todo el tiempo en el fondo la había estado viendo como una película con una dupla protagónica, ambientada en Corea. Ha dicho que mi borrador tenía el corazón correcto en el cuerpo equivocado. Ha dicho que no era la historia de un inglés. Que era la historia de dos norteamericanos. Ha dicho que a veces los escritores no entienden del todo lo que han escrito.

—¿Y qué has dicho?

—Nada. Me he quedado mudo. He salido a fumar otro cigarrillo.

—¿Cuánto tiempo esta vez?

—Lo mismo. Diez minutos. Quizás más. Pero no te preocupes. ¿De qué podíamos hablar? De repente me he dado cuenta de que había entendido todo al revés. Pensaba que me debían una cosa, porque había sido un buen empleado. Ellos pensaban que me debían otra cosa. Que era no reírse en mi cara y no rechazar de plano el proyecto. Estaban intentado encontrar una estrategia de salida amable. Idealmente querían que yo retirara la propuesta. Así nadie salía herido. Diferencias artísticas. Lo estaban desmontando poco a poco. Para que yo me rompiera.

—¿Y te has roto?

—Estaba equivocado. Estaban hablando en serio. He vuelto y he empezado a decir algo sobre que todos habíamos estado de acuerdo desde el primer momento en que no iba a tener que conceder la visión artística, nunca, de ninguna manera, y que ahora ahí estábamos hablando de dos mejores amigos en Corea. Pero me ha interrumpido enseguida y me ha dicho que claro, que no me preocupara, que me entendía. Me ha dicho que no me olvidara de que todas las ideas en la historia del cine siempre habían resultado un poco magulladas cuando salían de la cabeza del guionista y chocaban con la realidad. Incluso los guiones famosos, los que se estudian en las escuelas de cine. Hasta la mujer que servía el café podía aportar parte del diálogo. Se trata de lo que funciona en el momento en cuestión.

—¿Y qué has dicho?

—Nada.

—No has salido de nuevo, ¿no?

—He tenido ganas. Quería dejar asentado algún tipo de protesta. Pero no había necesidad de que saliera. Ni siquiera yo. Así que me

he quedado en la mesa. Se lo ha tomado como una invitación a que siguiéramos hablando. Ha dicho que podía recuperar la película escribiendo una buena escena de muerte.

—¿Que podías recuperarla?

—Ha dicho que podía adueñármela de nuevo.

—¿La muerte de quién?

—Del amigo. Obviamente el protagonista tiene que estar solo para la etapa final de su viaje. Por lo que el compañero tiene que desaparecer, en la página noventa o por ahí. Ha dicho que estaba seguro de que si hacía eso iba a ser un éxito rotundo. No solo por el momento final. También por las motivaciones. ¿Qué era lo que impulsaba al hombre a encontrarse con su destino?

—¿Y qué has dicho?

—Nada. Me daba vueltas la cabeza. Primero meten en mi película a un personaje secundario completamente innecesario, y hacen que de hecho ya no sea mi película, y después me dicen que puede volver a ser mi película si elimino de nuevo al intruso. Me ha parecido maravillosamente freudiano. Tenía tanta fe en que yo podía hacerlo. Me ha dicho que sería mi mejor trabajo. Lo cual sería irónico. Quizás el Sindicato de Guionistas me podría dar un premio especial. Mejor Muerte de un Recurso Impuesto por un Productor.

—¿Qué ha pasado después?

—Me he ido. Antes del postre. He venido a casa.

—Me alegro —dijo ella.

Se apretó un poco más contra él.

—Pero siento que el mundo nunca vaya a ver esa escena —dijo ella—. Al menos en eso tenía razón. Habría sido un éxito rotundo. Una especie de noble sacrificio. Para la historia.

—No —dijo él—. Noble no. Creo que haría que fuese algo pequeño. Las grandes cosas ya estarían hechas. La amistad estaría forjada. Supongo que la escena final tiene que ser en el pozo. Ellos dos. Llegaron hasta ahí porque fueron fuertes. Ahora el amigo está a punto de salir de la película mostrando una debilidad. Esa es la dinámica. Creo que así es como tienen que funcionar las películas de guerra. La personalidad se revela primero con cosas grandes y al final con pequeñas cosas.

—¿Qué tipo de debilidad?

—Estamos en la década de 1950, que no se te olvide. Ni siquiera el estudio quiere que sea en el presente. Así que la gente fumaba. Incluso el amigo. Ahora está en el pozo y se ha quedado sin cigarrillos. Le está dando ansiedad. Como los personajes fuman, ya es una película para mayores de dieciocho años, así que a veinte metros de ahí podemos tener el cadáver mutilado de uno de sus compañeros de pelotón, uno que el amigo sabe que es un fumador ocasional, lo que significa que casi seguro que tiene en el bolsillo un paquete prácticamente lleno.

—¿A veinte metros del borde del pozo?

—Y en la zona hay un francotirador enemigo.

—¿Se queda dentro o sale?

—Sale —dijo el guionista—. Veinte metros hasta ahí, veinte metros para volver. El francotirador lo mata. Es las dos cosas, minúsculo y monumental. Quería un cigarrillo. Nada más. Una pequeña debilidad humana. Pero también era la determinación de vivir su vida como quería, o no vivir. Lo que explica y esclarece después sus acciones anteriores. Lo terminamos de conocer solo en el momento de su muerte.

—Qué bonito —dijo su mujer.

Se apretó todavía más contra él y le arrimó todavía más el culo.

—Entonces realmente es solo una pequeña decisión, ¿no? —dijo ella—. O acento británico en 1916 o acento norteamericano en 1952. ¿Importa?

Él no contestó. Lo había notado.

Dos años y siete meses más tarde se estrenó la película. No era sobre el ejército británico en la Primera Guerra Mundial. Había concedido absolutamente todo. El guionista no se tiró a las vías del tren. En vez de eso se mudó a otra casa, en una parte más alta de la ciudad. Después, ocho meses más tarde, el que hacía de amigo en la película ganó el Oscar. Mejor Actor de Reparto. El discurso giró todo en torno a lo grandioso que era el guion. Después, una hora más tarde, el guionista ganó su propio Oscar. Mejor Guion Original. En el discurso agradeció a su mujer y a su productor, los dos pilares de su vida. Cuando bajó del escenario levantó la estatuilla como si fuera una mancuerna muy pesada y pensó que no era tan difícil vivir con ciertas concesiones. Y se fueron volviendo cada vez menos difíciles con las fiestas que vinieron después y las entrevistas y las llamadas de su agente, que por primera vez en su vida le dio a elegir qué quería hacer y cuándo y por cuánto dinero. Los años pasaron y primero su nombre se hizo conocido, después pasó a ser una figura respetable y al final se convirtió en un gurú. Él y su mujer siguieron casados. Vivieron una vida maravillosa. Él fue honestamente feliz.

Nunca se enteró de cómo se habían orquestado sus viejas concesiones. Lo que había matado su visión artística habían sido sus

salidas a fumar. Eran vacíos de diez minutos, ideales para explotarlos. Fue idea del productor. Ya lo había hecho con otros guionistas difíciles. En cuanto se iba, llamaba a la mujer, para informarle sobre el último *impasse*, para que le aconsejara qué decir a corto plazo, para apartarlo del borde del precipicio, y después para preparar un guion de temas que la mujer discutiera con él esa misma noche, solo por su propio interés, por supuesto, por su propio bien, porque había mucho dinero y mucho prestigio en juego, y por experiencia el productor sabía que un poco de mal humor se olvida rápido cuando uno tiene un Oscar en la repisa. En este caso la mujer pensó *tiene razón,* y así fue.

LOS NÚMEROS DEL DEVORADOR DE SERPIENTES

Números. Porcentajes, índices, promedios, medias, medianas. Tasa de criminalidad, tasa de efectividad, porcentaje de efectividad, aumento, descenso, variación, rendimiento, entradas, salidas, productividad. A finales del siglo XX, el trabajo policial no se trataba más que de números.

Al detective sargento Ken Cameron le encantaban los números.

Lo sé porque el año en que murió estuvo a cargo de mi entrenamiento. Me dijo que los números eran nuestra salvación. Hacían que ser policía fuera tan fácil como ser financiero o vendedor o encargado de una fábrica. No necesitamos trabajar en los casos, dijo. Necesitamos trabajar en los *números.* Si cumplimos con los números, obtenemos buenas evaluaciones de desempeño. Si obtenemos buenas evaluaciones, obtenemos menciones. Si obtenemos menciones, nos ascienden. Y los ascensos implican mejores sueldos y mejores jubilaciones. Podrías vivir tranquilo toda tu vida, dijo, gracias a los números. Tranquilo de verdad. Doblemente tranquilo, dijo, gracias a que no estás tirándote de los pelos por tonterías abstractas y subjetivas como la seguridad en las calles o la calidad de vida. Estás lidiando con números, y los números nunca mienten.

Trabajábamos en la parte norte de Londres. O al menos él trabajaba ahí, y a mí me asignaron a ese distrito para cumplir con mi período de prueba. Yo después me iría a algún otro lado, pero él hacía tres años que estaba ahí y ahí se quedaría. Y el norte de Londres era un muy buen lugar para los números. Era un distrito grande, con mucha delincuencia y con una población permanentemente hipersensible a ser tratada peor que las poblaciones de otras partes de Londres. Los concejales locales estaban siempre protestando. Comparaban sus escuelas con las demás escuelas, sus líneas de transporte con las demás líneas de transporte. Siempre se sentían en desventaja. Si en la estación de metro de West Finchley no funcionaba una escalera mecánica durante tres días, más vale que no se enteraran de que en Tooting Bec habían arreglado una escalera mecánica en un plazo de dos días. Con ese tipo de cosas nacieron los números, me contó Cameron. Porque los funcionarios más estúpidos y menos lúcidos aprendieron a responder con números a los argumentos paranoicos. No, decían, la Northern Line de hecho tiene una tasa del 63 % de puntualidad aquí, y allí tiene tan solo una tasa del 61 %.

Así que, decían, cállese la boca.

El trabajo policial no tardó en sumarse a esa tendencia. Era inevitable. Todo se empezó a medir. Era una táctica defensiva obvia por parte de nuestros jefes. ¿El tiempo medio de respuesta a una llamada al 999? Once minutos en Tottenham, señora concejal, contra doce minutos en Kentish Town. Dicho con orgullo, con una expresión neutra pero petulante en las caras carnosas de nuestros jefes. Estaban mintiendo, por supuesto. Los jefes de la jurisdicción de Kentish Town también mentían. Era una carrera hacia el absurdo.

Una vez le dije a Cameron en broma que pronto íbamos a empezar a ver tiempos de respuesta negativos. Sí, señora concejal, esa llamada al 999 la atendimos once minutos antes de que la hicieran. Pero Cameron se quedó mirándome. Pensó que me había vuelto loco. Se tomaba el tema demasiado en serio como para tolerar un error así, incluso si era en broma.

Pero sin duda admitía que los números se podían manipular. Recababa números manipulados con la pasión de un experto en la materia. Algunos los examinaba desde lejos. La cuestión del 999, por ejemplo. Sabía cómo dibujaban esas cifras. Se les pedía a los operadores que fueran un poco inexactos cuando registraban la hora. Si fuera eran las doce del mediodía, en la sala de operadores del 999 eran las doce y cuatro minutos del mediodía. Cuando se enviaba un coche patrulla a una determinada dirección, el coche informaba que había llegado cuando todavía estaba a tres manzanas del lugar. Así, un tiempo de respuesta lento, de veinte minutos, en los libros se transformaba en unos decentes doce minutos. Todos salían ganando.

Su enfoque sobre sus propios números era más sofisticado.

Su gran preocupación intelectual era equilibrar la incómoda relación entre su productividad y su tasa de efectividad. Para cualquier policía, la manera más obvia de subir su tasa de efectividad era aceptar solo los casos más fáciles y seguros, los que tenían la detención garantizada. Me lo explicó como un maestro zen: Supongamos que tienes un solo caso por año. Supongamos que lo resuelves. ¿Cuál es tu tasa de efectividad? ¡Cien por cien! Yo lo sabía, por supuesto, las matemáticas básicas no se me daban tan mal. Pero solo para divertirme le dije vale, pero supongamos que no

lo resuelves. ¡Entonces tu tasa de efectividad es cero! Pero no se enfadó como yo me imaginé. Me sonrió muy contento, como si estuviera progresando. Como si ya hubiera aprendido los pasos de baile. Exactamente, dijo. Evitas los casos que sabes que no puedes resolver y te lanzas sobre los que sabes que sí puedes resolver.

Debería haberme dado cuenta en ese mismo momento. Los casos que sabes que sí puedes resolver. Pero no me di cuenta. Todavía pensaba de manera muy cerrada. Además de que no me dio mucho tiempo para pensar, porque pasó directamente al siguiente problema importante, que era la productividad. Sin duda se podían obtener muy buenos puntos con una tasa de efectividad del 75 %. Era obvio. Pero si llegabas a esos números resolviendo tres casos de cuatro, perdías muchos puntos por falta de productividad. Eso también era obvio. Cuatro casos por año era ridículamente poco. Cuarenta casos por año era poco. En el norte de Londres, en esa época, cada detective tenía cientos de casos por año. Ese era el gran problema de Ken Cameron. El equilibrio entre la productividad y la tasa de efectividad. Una buena productividad implicaba una mala tasa de efectividad. Una buena tasa de efectividad implicaba una mala productividad. Me dijo: ¿Ves? Como si todo el peso del mundo recayera sobre sus hombros. Aunque eso fue una mala interpretación por mi parte. En realidad estaba diciendo: Así que no soy tan mala persona, con lo que hago. Debería haberlo visto. Pero no lo vi.

Después, todavía en su modo maestro zen, me contó un chiste. Dos tíos están en un bosque. Ven que viene un oso. "¡Corre!", dice el primero. "Es absurdo", dice el segundo. "No puedes correr más rápido que un oso". "No tengo que correr más rápido que el oso",

contesta el primero. "Solo tengo que correr más rápido que tú". Yo ya había oído ese chiste, muchas veces. Supongo que hice una pausa para tratar de acordarme de quién me lo había contado la última vez. Así que no reaccioné como Cameron quería que reaccionara. Vi en su expresión que estaba pensando universitario imbécil que nunca ha tenido que esforzarse para nada. Después se recompuso y me explicó lo que quería decir con eso. Lo que él buscaba no eran números extremadamente altos en sí. Lo único que buscaba era ganarle al que estaba en segundo lugar. Nada más. Por uno o dos puntos, que era todo lo que se necesitaba. Algo que él podía conseguir manteniendo un equilibrio totalmente plausible entre su tasa de efectividad y su productividad.

Algo que él podía conseguir. Debería haberle preguntado: ¿Cómo, exactamente? Probablemente estaba esperando que se lo preguntara. Pero no se lo pregunté.

Me enteré el día en que conocí a una prostituta que se llamaba Kelly Key y a un loco que se llamaba Mason Mason. Los conocí por separado. Primero a Kelly Key. Fue una de esas situaciones en las que operaba la sensación de desventaja. La verdad es que en el norte de Londres había mucha prostitución, pero ni de cerca tanta como en el West End, por ejemplo. Aunque tendía a ser de otra naturaleza. Era definitivamente más explícita. Uno a las prostitutas las veía. En el West End, todas estaban dentro, esperando junto al teléfono. Por lo que nunca supe del todo bien qué era lo que les molestaba a los vecinos. ¿Que sus prostitutas fueran más baratas? ¿Querían chicas más guapas? ¿O qué? Como sea, siempre había en marcha alguna iniciativa para limpiar las calles, por lo general en el tramo norte de Islington y en todo Haringey. Se llevaban a las chicas

a la comisaría. Y ellas esperaban ahí sentadas, donde parecían estar al mismo tiempo totalmente cómodas y completamente fuera de contexto.

Una mañana volvíamos de la cantina y nos encontramos con Kelly Key sentada esperando. Ken Cameron evidentemente tomó una decisión espontánea y decidió usarla a ella para enseñarme todo tipo de cosas fundamentales. Me llevó a un lado y empezó a explicármelo. Primero, no íbamos a dejar nada por escrito. Si dejábamos algo por escrito, ella quedaba registrada en el sistema, lo que aportaría a nuestra productividad, pero perjudicaría nuestra efectividad, porque los casos de oferta de servicios sexuales era muy difícil cerrarlos de manera exitosa. Pero mientras más tiempo disimuláramos nuestro desinterés, más se preocuparía la pobre Kelly, lo que nos daría como resultado unos excelentes pases gratis cuando finalmente la dejáramos ir. Un policía que paga por sexo, me dijo Cameron, es un muy mal policía.

Mal policía. Supongo que relativamente.

Así que me dediqué a observar cómo Cameron acosaba a Kelly Key. Eran las últimas horas de la mañana, pero ella ya estaba vestida con su ropa de prostituta. Se le veía mucha pierna y mucho escote. No era tan tonta como para ofrecer algo por iniciativa propia, pero estaba totalmente comprometida con hacer eso que hacía Sharon Stone en *Instinto básico.* Cruzaba y descruzaba las piernas tan rápido que casi se podía sentir cómo se formaba una corriente de aire. Cameron estaba disfrutando la entrevista. Y la vista, supongo. Se notaba. Estaba perfectamente cómodo. Tenía la sartén por el mango, así que definitivamente era un hecho absoluto. Era un hombre grandote, carnoso y sólido al clásico estilo de los policías.

Tendría probablemente cuarenta y tantos años, aunque con los hombres que tienen esa carne rosa tirante en la cara es difícil saberlo. Pero tenía su volumen, y su placa, y sus años de servicio, y todo eso junto lo volvía invulnerable. O así había sido hasta entonces.

En ese momento trajeron a Mason Mason a la comisaría. Todavía nos quedaba una hora de diversión con Kelly, pero escuchamos una pelea en el mostrador de recepción. A Mason Mason lo habían detenido por orinar en público. En esa época a los policías de uniforme los llamábamos *woollies,* lanudos, por sus uniformes de lana, y en principio los lanudos podían encargarse de una detención por orinar en público, y también, si querían, podían empujar el cargo elevándolo a exposición indecente. Pero habían registrado a Mason Mason y le habían encontrado en el bolsillo más billetes de los que suele tener la gente de la calle. Llevaba encima noventa libras esterlinas, en billetes de diez libras nuevos. Así que los lanudos nos lo trajeron, por si queríamos imputarlo por hurto, o por asalto, o incluso por robo con violencia, porque quizás había zarandeado a alguien para quitarle el dinero. Podía llegar a ser uno de los casos fáciles y seguros. Los lanudos no eran tontos. Sabían que buscábamos equilibrar la efectividad y la productividad, y también actuaban en beneficio propio, porque aunque los detectives competían entre sí, también había un número para la comisaría en conjunto, que ayudaba a todos. Había un número para cada cosa.

Por lo que en ese momento Cameron puso a Kelly Key en segundo plano y a Mason Mason en primer lugar. Me llevó a un lado para explicarme algunas cosas. Primero, Mason Mason era el nombre real del tío. Así aparecía en su certificado de nacimiento. Se creía que su

padre había ido al Registro Civil ebrio o confundido o las dos cosas y había escrito Mason en los dos campos, nombre y apellido. Segundo, Mason no meaba en público porque fuera un borracho perdido o un indigente. De hecho, casi no bebía. De hecho, era bastante inofensivo. La cuestión era que, a pesar de haber nacido en Tottenham –en una casa muy cerca del estadio de los Spurs–, Mason creía que era norteamericano y que había formado parte del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, en la Fuerza de Reconocimiento, que se llaman a sí mismos los Devoradores de Serpientes. Esto, dijo Cameron, era un delirio y era una creencia inamovible. El norte de Londres estaba lleno de imitadores devotos de Elvis, y de cantantes de música *country* y de música *western*, y de personas que se dedicaban a recrear la Guerra Civil, y de aficionados al desembarco de Normandía, y de personas que conducían Cadillac antiguos, así que lo que Mason creía de sí mismo no era algo totalmente extraordinario. Pero daba lugar a ciertas situaciones incómodas. Creía que las calles del norte de Londres eran en realidad parte de las ruinas urbanas de Beirut, y que meterse entre los escombros y hacer pis en los restos derruidos de un edificio era parte de la dura vida de un marine. Y estaba siempre coleccionando insignias y distintivos y tatuajes. Tenía tatuajes de serpientes por todas partes del cuerpo, incluido uno en el pecho con la frase No Me Pisotees.

Después de asimilar toda esta información miré de nuevo a Mason y vi que llevaba un pendiente, de una serpiente, en la oreja izquierda. Era un objeto pequeño y redondeado, de oro macizo, bastante bonito, bastante enroscado. Tenía una arandelita dorada en la parte de arriba, con un gancho plateado, de otro material, que subía y le traspasaba el lóbulo de la oreja.

Cameron también lo vio.

—Eso es nuevo —dijo—. El devorador de serpientes se ha agenciado otro adorno.

Después se le vació la mirada un segundo, como la pantalla de una televisión cuando se cambia de canal.

Debería haberlo visto venir.

Mandó a Kelly Key a sentarse sola un rato y empezó con Mason. Primero lo molestó con preguntas de rutina, y empezó pidiéndole que dijera su nombre.

—Señor, el nombre del marine es Mason, señor —dijo el tío, igual que un marine.

—¿Ese es su nombre o su apellido?

—Señor, las dos cosas, señor —dijo.

—¿Fecha de nacimiento?

Mason recitó día, mes y año. La fecha lo dejaba más o menos cerca de la edad que yo suponía que tendría Cameron. Tenía más o menos el mismo porte que Cameron, también, lo que no era muy común para un vagabundo. Por lo general se quedan consumidos. Pero Mason Mason era alto y corpulento. Sus manos eran del tamaño de un pollo de un supermercado Tesco y tenía el cuello más ancho que la cabeza. Visto todo en conjunto, el aro parecía estar fuera de lugar, salvo quizás en algún contexto de piratas. Pero podía ver por qué los lanudos pensaban que era viable acusarlo por robo. La mayoría de la gente le daría la cartera a Mason Mason sin rechistar.

—¿Lugar de nacimiento? —preguntó Cameron.

—Señor, Muncie, Indiana, señor —dijo Mason.

Por cómo hablaba me di cuenta de que claramente era de Londres, pero su falso acento norteamericano era bastante impresionante. Claramente veía mucho la televisión y pasaba mucho tiempo en las salas de cine locales. Se había esforzado mucho para convertirse en marine. Su mirada también estaba bien. Plana, cautelosa, inexpresiva. Igual que la de un verdadero infante de marina. Supuse que habría visto *La chaqueta metálica* más de una vez.

—Muncie, Indiana —repitió Cameron—. ¿No Tottenham? ¿No el norte de Londres?

—Señor, no, señor —bramó Mason.

Cameron se rio, pero Mason mantuvo el rostro inexpresivo, como una persona que ha sobrevivido a un reclutamiento.

—¿Servicio militar? —preguntó Cameron.

—Señor, once años en el glorioso Cuerpo de Marines, señor.

—¿Semper Fi?

—Señor, afirmativo, señor.

—¿De dónde ha sacado el dinero, Mason?

Se me ocurrió que cuando alguien se llama igual de nombre y de apellido es imposible usar eso para tratarlo agresivamente. Por ejemplo, supongamos que yo a Cameron le digo Hola, Ken. Sonaría amistoso. Si dijera Hola, Cameron, sonaría acusatorio. Pero con Mason Mason era todo lo mismo.

—Lo he ganado —dijo.

Ahora sonaba como un londinense arisco.

—¿Con un caballo?

—Con un perro. En Haringey.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Cuánto?

—Noventa libras.

—¿Los marines van a las carreras de perros?

—Señor, los marines de reconocimiento se mezclan bien con la población local.

Ahora era un infante de marina de nuevo.

—¿Y el pendiente? —preguntó Cameron—. Es nuevo.

Mason se tocó el aro mientras hablaba.

—Señor, es un regalo de un civil agradecido.

—¿Qué clase de civil?

—Una mujer de Kosovo, señor.

—¿Qué motivo tenía para estar agradecida?

—Señor, estaba a punto de ser víctima de una limpieza étnica.

—¿A manos de quién?

—De los serbios, señor.

—¿No eran los bosnios?

—Los que fueran, señor. No hice preguntas.

—¿Qué pasó? —preguntó Cameron.

—Se practicaba una forma de discriminación social —dijo Mason—. A las personas consideradas ricas se las apartaba para atormentarlas de maneras especiales. Una familia era considerada rica si la mujer poseía joyas. Generalmente juntaban todas las joyas y obligaban al marido a que se las comiera. Después le preguntaban a la mujer si quería recuperarlas. Generalmente la mujer se sentía confundida y no estaba segura de cuál era la respuesta adecuada. Algunas decían que sí, tras lo cual los agresores le abrían la tripa al marido con un cuchillo y obligaban a la mujer a que sacara ella misma los objetos.

—¿Y usted evitó que sucediera esto?

—Yo y mis hombres, señor. Establecimos un cerco estándar de fuego y maniobra en una vivienda y eliminamos a los agresores. Era un hogar modesto, señor. La mujer solo tenía un par de pendientes.

—Y se los dio a usted.

—Me dio uno, señor. El otro se lo quedó.

—¿Le dio un pendiente?

—En señal de agradecimiento, señor. Le salvamos la vida a su marido.

—¿Cuándo fue esto?

—Señor, nuestro parte operacional registra el enfrentamiento a las 0400 del último jueves.

Cameron asintió. Dejó a Mason Mason en el mostrador de la recepción y me llevó a un lado. Durante uno o dos minutos competimos con todas las metáforas que conocíamos del estilo "le falta un tornillo". Le falta un par de jugadores, no tiene todos los patitos en fila, ese tipo de cosas. Después me sentí mal por eso. Debería haber visto lo que se venía.

Pero Cameron ya estaba metido en otro cálculo largo y complicado. Era de una complejidad casi metafísica. Si registrábamos otro caso ese día, aumentaría nuestra cifra de productividad. Obviamente. Si lo resolvíamos, aumentaría nuestra tasa de efectividad. Obviamente. La pregunta era si nuestra tasa de efectividad aumentaría más rápido que nuestros números de productividad. Básicamente, ¿merecía la pena? Me pareció que la ecuación requería algún tipo de cálculo arcano, que a mí se me escapaba, y yo era un universitario imbécil que nunca ha tenido que esforzarse para nada. Pero Cameron parecía tener una regla práctica

a mano. Pareció sugerir que siempre merecía la pena registrar un caso si sabes que lo vas a resolver. En ese momento sospeché que esa era una superstición que no tenía nada que ver con las matemáticas, pero no lo pude demostrar. Todavía no puedo, de hecho, sin asistir a algún curso especial de capacitación. Pero en aquel momento no discutí la cuenta. Discutí los hechos.

—¿Pero tenemos un caso? —pregunté.

—Averigüémoslo —dijo.

Me imaginé que iba a mandarme a buscar un *Evening Standard,* para que corroboráramos los resultados de las carreras de galgos de Haringey. O que iba a mandarme a revisar los expedientes de incidentes, en busca de un pendiente de una serpiente robado, del último jueves por la noche. Pero no hizo ninguna de esas dos cosas. En vez de eso, me llevó de nuevo a ver a Kelly Key.

—Trabajas duro para ganarte tu dinero, ¿verdad? —le preguntó Cameron a Kelly Key.

Vi que Kelly no sabía hacia dónde iba esa pregunta. ¿Era una señal de empatía o le estaba haciendo algún tipo de propuesta? Kelly no lo sabía. Estaba a ciegas. Pero como todas las buenas prostitutas de cualquier parte del mundo, encontró una respuesta neutra.

—Puede ser divertido —dijo—. Con algunos hombres.

No agregó *Hombres como tú*. Habría sido demasiado descarado. Cameron podría haber estado tendiéndole una trampa. Pero la manera en que sonrió y la manera en que se acarició el antebrazo con la yema de los dedos dejaron suspendidas ahí en el aire las palabras *Puede ser divertido con hombres como tú*. Sin duda

Cameron las escuchó, alto y claro. Pero negó con la cabeza, impaciente.

—No te estoy pidiendo una cita —dijo.

—Oh —dijo ella.

—Te estoy diciendo que trabajas duro para ganarte tu dinero.

Ella asintió. La sonrisa desapareció y vi cómo la realidad le invadía la expresión del rostro. Trabajaba muy duro para ganarse su dinero. El mensaje era inconfundible.

—Haciendo todo tipo de cosas desagradables —dijo Cameron.

—A veces —dijo ella.

—¿Cuánto cobras?

—Doscientos la hora.

—No mientas —dijo Cameron—. Las que cobran doscientas libras son las chicas de veintidós años del West End.

Kelly asintió.

—Cincuenta por un rapidito —dijo.

—¿Qué te parecen treinta?

—Podría ser.

—¿Cómo te sentirías si un cliente te estafara?

—¿Te refieres a si se va sin pagarme?

—Si te robara noventa libras. Eso sería como cuatro veces sin que te paguen. Como si lo hubieses hecho gratis con él, y también con los tres anteriores, porque ahora ese dinero ya no está.

—No me gustaría —dijo ella.

—Supongamos que además te robó un pendiente.

—¿Un qué?

—Un pendiente.

—¿Quién?

Cameron miró hacia el otro lado del recinto, donde estaba Mason. Kelly Key le siguió la mirada.

—¿Él? —dijo ella—. No lo haría con él. Está loco.

—Supongamos que sí.

—No lo haría.

—Estamos jugando a "hagamos como que" —dijo Cameron—. Supongamos que sí lo hiciste con él, y que te robó tu dinero y tu pendiente.

—Eso ni siquiera es un pendiente de verdad.

—¿No?

Kelly negó con la cabeza:

—Es un colgante de una pulsera. No hay manera con vosotros. ¿No lo veis? Va enganchado a una pulsera. Con la arandelita de arriba. Se nota que el alambre del gancho no es de la misma pieza.

Los tres miramos la oreja de Mason Mason. Después yo miré a Cameron. Hizo de nuevo eso de vaciar la mirada. Lo de cambiar de canal.

—Podría detenerte, Kelly Key —dijo.

—¿Pero?

—Pero no lo haré, si colaboras.

—¿Colaborar cómo?

—Debes declarar que Mason Mason te robó noventa libras y una pulsera con colgantes.

—Pero no me robó nada.

—¿Qué parte no entiendes del "hagamos como que"?

Kelly Key no dijo nada.

—Puedes dejar de lado el tema de tu profesión —dijo Cameron—. Si quieres. Solo tienes que decir que entró a robar a tu casa.

Mientras tú estabas durmiendo. Que el dueño de la casa esté durmiendo en su cama siempre funciona.

Kelly Key dejó de mirar a Mason. Miró de nuevo a Cameron.

—¿Y después me devolverían mis cosas? —preguntó.

—¿Qué cosas?

—Las noventa libras y la pulsera. Si digo que me las robó, entonces eran mías, ¿no? Así que deberían devolvérmelas.

—Dios mío —dijo Cameron.

—Sería lo justo.

—La pulsera es imaginaria. ¿Cómo demonios te la podrían devolver?

—No puede ser imaginaria. Tiene que haber pruebas.

Cameron vació la mirada de nuevo. Cambió de canal. Le dijo a Kelly que se quedara donde estaba y a mí me llevó al otro lado del recinto, al rincón.

—No nos podemos inventar un caso —dije.

Me miró, exasperado. Como al hijo tonto.

—No nos estamos inventando un caso —dijo—. Nos estamos inventando un número. Hay una gran diferencia.

—¿Cuál es la diferencia? Mason irá a la cárcel de todas formas. Eso no es un número.

—Mason va a estar mejor así —dijo—. No soy tan insensible. Por robarle noventa libras y una pulsera a una puta, le van a caer tres meses, máximo. Va a recibir tratamiento psiquiátrico. Fuera no recibe ningún tipo de tratamiento. Lo van a hacer tomar de nuevo sus medicamentos. Va a salir como un hombre nuevo. Es como internarlo en una clínica. Una residencia. A cuenta del gobierno. Es hacerle un favor.

No dije nada.

—Todos salimos ganando —dijo.

No dije nada.

—No eches todo a perder, muchacho —dijo.

No lo hice. Debería haberlo hecho, pero no lo hice.

Me llevó de nuevo hasta donde estaba sentado Mason Mason. Le dijo a Mason que le entregara su pendiente nuevo. Mason se lo sacó del lóbulo de la oreja sin decir nada y se lo dio a Cameron. Cameron me lo dio a mí. La diminuta serpiente se sintió sorprendentemente pesada en la palma de mi mano, y caliente.

Después Cameron me llevó abajo por las escaleras hasta el almacén de pruebas. Las quejas públicas habían creado muchas cosas, dijo, en lo que respecta al trabajo policial. Habían creado los números, y los números se habían usado para conseguir presupuestos, y los presupuestos eran enormes. Ningún político podía resistirse a engrosar el presupuesto de la policía. Ni local, ni nacional. Por lo que la mayor parte del tiempo estábamos llenos de dinero. El problema era cómo gastarlo. Podrían haber puesto más lanudos en las calles, o podrían haber duplicado la cantidad de agentes en el Departamento de Investigaciones Criminales, pero a los burócratas les gustan los monumentos, así que en su mayor parte lo gastaron en la construcción de comisarías nuevas. En el norte de Londres había muchísimas. Había búnkeres de hormigón enormes por todas partes. Se habían dividido y amalgamado jurisdicciones y se habían trasladado las sedes centrales. El resultado de eso era que en todas partes del norte de Londres los depósitos de pruebas estaban repletos de cosas viejas que se habían traído de

cualquier parte. Había cosas viejísimas. Cosas a las que ya nadie les seguía el rastro.

Cameron mandó a comer al sargento de recepción y empezó a buscar en los libros de registros anteriores a las tecnologías más nuevas. Me dijo que las cosas más recientes estaban registradas en los ordenadores, y que las cosas un poco más viejas estaban todas en microfilm, y que las cosas de hacía veinte o treinta años estaban todavía en los registros originales, que se completaban a mano. Eso era lo que había que robar, dijo, porque se podía arrancar la página pertinente. No había manera de eliminar una página de un microfilm sin eliminar otras cien páginas más. Y había oído decir que si se borraban archivos de un ordenador quedaban rastros, aunque no debería ser así.

Por lo que nos repartimos el montón de viejos libros de registro polvorientos y empezamos a examinarlos, en busca de pulseras de colgantes extraviadas o recuperadas hacía mucho tiempo. Cameron me dijo que no había manera de que no encontráramos una. Me aseguró que en un depósito de pruebas de la policía grande como ese había de todo. Prótesis, pinturas al óleo, armas, relojes, heroína, paraguas, zapatos, anillos de boda, lo que uno necesitara. Y tenía razón. Según los libros que yo estaba revisando, detrás de la puerta que estaba detrás del escritorio de recepción había una caseta de Papá Noel.

Fui yo el que encontró la pulsera. Estaba en el tercer libro que revisé. Debería haberme quedado callado y haber pasado la página. Pero era nuevo y entusiasta, y supongo que hasta cierto punto estaba bajo el hechizo de Cameron. Y no quería echar todo a perder. Tenía una carrera por delante, y sabía qué cosas sumaban y qué

cosas restaban. Por lo que no pasé la página. En vez de eso, le avisé.

—He encontrado una —dije.

Cameron cerró el libro que estaba revisando y se acercó y miró el mío. En la descripción decía *Pulsera de colgantes, mujer, una, oro, con algunos colgantes puestos*. En la información se aclaraba que provenía de algún viejo caso olvidado de la década de 1970.

—Perfecto —dijo Cameron.

El depósito era como yo me imaginaba que debía ser la trastienda de un Argos. Había todo tipo de cosas en cajas, apiladas por todas partes en estanterías que llegaban a los tres metros de alto. Estaba todo ordenado de acuerdo con un sistema de numeración, pero con las cosas muy viejas se volvía un poco confuso. Tardamos uno o dos minutos en encontrar la sección indicada. Después Cameron sacó de un estante una caja de cartón y la abrió.

—Bingo —dijo.

La caja no era un joyero. Era una caja normal de una librería vieja de artículos de oficina. El interior no estaba forrado en algodón. Estaba la pulsera suelta. Era bonita, bastante pesada, muy dorada. Tenía algunos colgantes. Vi una llave, y una cruz, y un tigrecito. Más algunas otras cosas pequeñas que no pude identificar.

—Ponle la serpiente —dijo Cameron—. Tiene que parecer verdadero.

En la circunferencia de la pulsera había unas arandelas cerradas que coincidían con la arandela que la serpiente de Mason tenía en la parte de arriba. Encontré una vacía. Pero tener dos arandelas cerradas no me ayudaba.

—Necesito un alambre dorado —dije.

—Volvamos a los libros —dijo Cameron.

Pusimos a prueba su afirmación de que ahí había de todo. Y efectivamente encontramos una entrada que decía *Alambre dorado, de joyero, un rollo. Objeto perdido, de 1969*. Cameron sacó su navaja y cortó un pedazo de alambre, de unos dos centímetros.

—Necesito una pinza —dije.

—Usa las uñas —dijo.

Fue difícil, pero conseguí dejarlo lo suficientemente ajustado. Después la pulsera desapareció en el bolsillo de Cameron.

—Ve a arrancar la página —dijo.

No debería haberlo hecho, pero lo hice.

Cuatro días después me asaltó un enorme cargo de conciencia. Mason Mason había sido detenido. En el tribunal se declaró inocente, y lo mandaron a prisión preventiva a la espera del juicio y le fijaron una fianza de cinco mil libras. Creo que Cameron había acordado con la fiscalía que pusieran una cifra lo suficientemente alta como para que Mason no quedara libre pronto, porque le preocupaba un poco. Mason era un tío grandote, y se había quedado muy enfadado con la jugada que le habían hecho. Muy enfadado. Dijo que sabía que la policía tenía que llegar a determinadas cifras. Eso lo entendía. Pero dijo que nadie debía acusar a un marine de cometer un acto deshonroso. Jamás. Así que desapareció durante un par de días. Y después sorprendió a todos pagando la fianza. Apareció con el dinero y se fue. Todos especularon distintas cosas pero nadie sabía de dónde había salido el dinero. Cameron estuvo nervioso durante

un día, pero después se olvidó. Cameron también era un tipo grandote, y además era policía.

Después, al día siguiente vi a Cameron con la pulsera. Fue en las últimas horas de la tarde. La pulsera estaba encima de su escritorio. Cuando me vio se la guardó en el bolsillo.

—Eso debería volver al almacén —dije—. Con otro número de caso. O debería estar en la muñeca de Kelly Key.

—Le di las noventa libras —dijo—. Decidí quedarme con la pulsera.

—¿Por qué?

—Porque me gusta.

—No, ¿por qué? —dije.

—Porque conozco una casa de empeño que está en Muswell Hill.

—¿La vas a vender?

No dijo nada.

—Pensé que todo esto era por los números —dije.

—Hay números de distintas clases —dijo—. Hay dinero en mi bolsillo. Eso también es un número.

—¿Cuándo la vas a vender?

—Ahora.

—¿Antes del juicio? ¿No tenemos que presentarla como prueba?

—No estás pensando, muchacho. La pulsera ha desparecido. Mason Mason la vendió. ¿Cómo crees que consiguió el dinero para la fianza? Al jurado le gustan esos pequeños detalles coherentes.

Después me dejó solo en mi escritorio. Y ahí empezó el cargo de conciencia. Empecé a pensar en Mason Mason. Quería asegurarme de que no tuviera que terminar pagando por nuestros números. Si iba a recibir tratamiento médico en la cárcel, bien, ningún problema. Podía vivir con eso. Estaba mal, pero quizás también estaba bien.

Pero ¿cómo lo podíamos garantizar? Supuse que dependería de sus antecedentes. Si había algún tratamiento psiquiátrico previo, entonces quizás podía continuar como una cuestión de rutina. Pero ¿qué pasaba si no había ningún tratamiento anterior? ¿Qué pasaba si lo habían declarado sano pero malo? Decidí que lo dejaría pasar solo si Mason salía bien parado. Si no, haría volar todo por los aires. Incluida mi propia carrera. Ese fue mi pacto con el diablo. Es lo único que puedo decir en mi defensa.

Encendí el ordenador.

El hecho de que su nombre y su apellido fueran iguales descartaba cualquier tipo de confusión respecto a la persona que estaba buscando. Había un solo Mason Mason en Londres. Fui repasando toda su historia de adelante hacia atrás. Al principio, fue muy alentador. Había recibido tratamiento psiquiátrico. Lo habían detenido muchas veces por distintas infracciones, todas relacionadas con su convicción de que él era un marine de reconocimiento y Londres un campo de batalla. Montaba vivacs en los parques. Iba al baño en público. Ocasionalmente atacaba a algunos transeúntes porque creía que eran guerrilleros chiitas o paramilitares serbios. Pero por lo general la policía lo había tratado bien. Solían ser comprensivos y amables. Siempre que podían llamaban a profesionales de salud mental. Recibía tratamiento. Leyendo los expedientes en orden inverso parecía que cada vez lo trataban mejor. Eso quería decir que de alguna manera ya los tenía un poco cansados. Le prestaban cada vez menos atención. Pero lo entendían. Estaba loco. No era un delincuente. Así que vale.

Después me di cuenta de algo.

No había ninguna información de más de tres años. No, no era cierto. Retrocedí más y vi que había algunas cosas muy viejas. Cosas de hacía catorce años. En esa época Mason tenía poco menos de treinta años y se solía meter en problemas por desorden en la vía pública. Disturbios, peleas, borracheras violentas, detenciones por lesiones. Algunas cosas bastante graves, pero cosas normales. No problemas mentales.

Escuché la voz de Cameron en mi cabeza: *Casi no bebe. Es bastante inofensivo*.

Pensé: Hay dos Mason Mason. El viejo y el nuevo.

Con un agujero de once años en el medio.

Escuché en mi cabeza la voz de Mason, con su impresionante acento norteamericano: *Señor, once años en el glorioso Cuerpo de Marines, señor*.

Me quedé sentado quieto durante un minuto.

Después levanté el teléfono y llamé a la embajada norteamericana, que está en Grosvenor Square. No se me ocurría qué otra cosa podía hacer. Me identifiqué como oficial de policía. Me pusieron con un agregado militar.

—¿Un ciudadano extranjero puede incorporarse al Cuerpo de Marines? —pregunté.

—¿Está pensando en ofrecerse como voluntario? —me contestó el hombre—. ¿Se ha aburrido de ser policía? —Su voz sonaba un poco parecida a la de Mason. Me pregunté si habría nacido en Muncie, Indiana.

—¿Un ciudadano extranjero puede incorporarse al Cuerpo de Marines? —pregunté de nuevo.

—Por supuesto que sí —dijo—. Siempre contamos con un buen porcentaje de individuos extranjeros en nuestras filas. Después de todo, es un trabajo, y les da el beneficio de obtener la ciudadanía en tres años en vez de en cinco.

—¿Usted puede consultar los registros desde allí?

—¿Es urgente?

Pensé en Cameron yendo hacia Muswell Hill. Seguido por un marine de reconocimiento lleno de rencor.

—Es muy urgente.

—¿A quién estamos buscando?

—A un hombre que se llama Mason.

—¿Nombre?

—Mason.

—No, nombre de pila.

—Mason —dije—. Su nombre y su apellido, los dos son Mason.

—Manténgase a la espera —dijo.

Usé ese tiempo para pensar en cuál podría llegar a ser el recorrido de Cameron. Probablemente iría andando. Era un trayecto demasiado corto para ir en coche, demasiado incómodo para ir en metro. Así que iría andando. Cruzaría andando Alexandra Park.

—¿Hola? —dijo el hombre de la embajada.

—¿Sí?

—Mason Mason estuvo en el Cuerpo de Marines durante once años. Ciudadano originario del Reino Unido. Llegó al grado de sargento primero. Fue seleccionado para la Fuerza de Reconocimiento y estuvo destinado en todas partes del mundo. Beirut, Panamá, el Golfo, Kosovo. Recibió varias condecoraciones y le dieron el retiro efectivo con honores hace poco más de tres años.

Fue un excelente marine. Pero hay una nota en el expediente que dice que recientemente ha tenido algún tipo de problema. Una de las asociaciones de veteranos en el extranjero ha tenido que pagarle una fianza por algún motivo.

—¿Por qué se fue del Cuerpo de Marines?

—No aprobó una evaluación psiquiátrica.

—¿Y por eso se recibe un retiro efectivo con honores?

—Los invitamos a irse —dijo el hombre—. No los echamos a patadas.

Me quedé un momento ahí sentado, indeciso. ¿Qué tenía que hacer, mandar patrullas? No iban a servir de nada en el parque. ¿Tenía que mandar algunos lanudos a pie? ¿Estaba reaccionando de manera exagerada?

Fui yo mismo, corriendo durante todo el trayecto.

Estábamos cerca de fin de año y del final de la tarde, y ya estaba oscureciendo. Crucé las vías mientras un tren retumbaba debajo del puente por el que yo pasaba. Miré adelante hacia la calle, y los arbustos a ambos lados. No vi a Cameron. No vi a Mason.

Los portones de hierro de Alexandra Park ya estaban cerrados con candado. *Este parque cierra al atardecer*, decía el letrero. Trepé por las rejas, pasé al otro lado y seguí corriendo. Ya flotaba en el aire el olor a niebla nocturna. Se escuchaba a lo lejos el ruido del tráfico que llegaba desde North Circular Road. Se escuchaba el ruido que hacen los estorninos al atardecer, desde algún lugar más al sur. En Hornsey, quizás. Seguí por el camino principal y no encontré nada. Vi más adelante la silueta del Alexandra Palace y me quedé quieto.

¿Seguía o daba la vuelta? ¿Las calles de Muswell Hill o el parque? Sin duda la zona peligrosa era el parque. El parque era el lugar en el que un marine de reconocimiento llevaría a cabo su tarea. Di la vuelta.

Encontré a Cameron a un lado de un camino secundario.

Estaba a un metro del sendero, más o menos escondido entre unos arbustos bajos. Estaba boca arriba. Le faltaba el abrigo. Le faltaba la chaqueta. Le habían arrancado la camisa. De la cintura para arriba estaba desnudo. Lo habían abierto por el medio desde el esternón hasta el ombligo con una hoja afilada. Después habían metido las manos dentro del corte y le habían sacado el estómago y lo habían dejado apoyado en su pecho, pálido y púrpura y venoso. Como un globo blando. Lo habían apretado y presionado y palpado y colocado hasta que el débil resplandor dorado de la pulsera de colgantes quedara bien visible a través de la pared traslúcida del estómago. La vi claramente, a la tenue luz del atardecer.

Creo que la idea era que yo cumpliera el rol de la mujer kosovar. Yo era el cómplice de Cameron, y la idea era que yo recuperara las joyas. O Kelly Key. Pero no lo hizo ninguno de los dos. La escena que había montado Mason no se completó. Yo no lo intenté, y Kelly Key ni siquiera vio el cuerpo muerto de Cameron.

No reporté la situación. Esa noche salí del parque y dejé todo ahí para que alguien lo encontrara a la mañana siguiente. Y alguien lo encontró, por supuesto. Provocó una gran conmoción. Hubo un gran funeral. Fueron todos. Y después hubo una gran investigación, obviamente. Yo no aporté nada, pero aun así Mason Mason se

convirtió en el principal sospechoso. Pero desapareció y nunca nadie lo volvió a ver. Todavía está ahí en algún lado, un marine de reconocimiento, loco, mezclándose con la población local, donde sea que esté.

¿Y yo? Terminé mi año de prueba y ahora soy detective en Tower Hamlets. Hace ya un par de años que estoy ahí. Mis números son bastante buenos. No tan buenos como eran los de Cameron, pero en fin, todos los días se aprende algo nuevo.

OTROS TÍTULOS DE LEE CHILD PUBLICADOS EN BLATT & RÍOS

Sin fallos (JR #6)
Mañana no estás (JR #13)
El asunto (JR #16)
Oblígame (JR #20)
Escuela nocturna (JR #21)
La fila de medianoche (JR #22)
Tiempo pasado (JR #23)
Luna azul (JR #24)

Noche caliente
Sin segundo nombre
El héroe

Lee Child nació en Inglaterra en 1954. Es autor de más de treinta novelas policiales, entre ellas *La fila de medianoche*, *Mañana no estás*, *Escuela nocturna* y *El asunto*; de numerosos relatos, que Blatt & Ríos ha publicado en dos volúmenes: *Noche caliente* y *Sin segundo nombre*; y del ensayo *El héroe*, también publicado por Blatt & Ríos. Su personaje, Jack Reacher, ha sido llevado al cine y adaptado a una serie en Amazon Prime.

Sus libros fueron traducidos a medio centenar de idiomas y lleva vendidos más de cien millones de ejemplares en todo el mundo. Decidió dedicarse a la literatura después de quedarse desempleado debido a una reestructuración en una cadena de televisión británica. Actualmente vive en Estados Unidos.

© 2024, 2026, Lee Child
© 2026, por esta edición: Blatt & Ríos
© 2026, por la traducción: Aldo Giacometti

1ª edición: junio de 2026
1ª edición digital: junio de 2026

Título original: *Safe Enough and other stories*

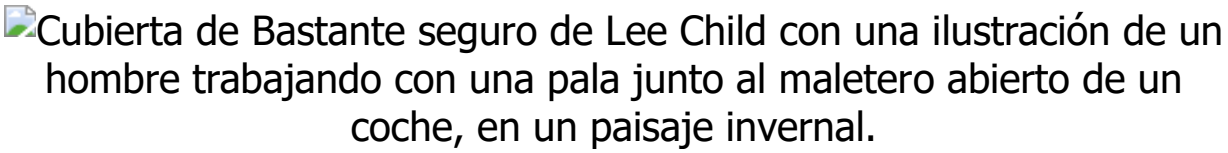
Diseño de cubierta: Iñaki Jankowski | www.jij.com.ar
Ilustración de cubierta: Daniela Zeppa
Adaptación de la traducción: Laura Badsey
Producción de eBook: Numerikes

blattyrios.es

ISBN: 978-84-129969-8-2

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

blatt & ríos


Cubierta de Bastante seguro de Lee Child con una ilustración de un hombre trabajando con una pala junto al maletero abierto de un coche, en un paisaje invernal.